El templo del crimen
Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

La Sombra/12

CAPÍTULO I
LABIOS SELLADOS

Un súbito escalofrío recorrió el cuerpo de Hasbrouck al alargar la mano para tocar el timbre. Titubeó un instante y luego miró hacia arriba, hacia las negras ventanas y extrañas torrecillas del viejo caserón.

La lluvia fuerte y fría azotábale el rostro. La noche, o la misma mansión lúgubre y siniestra le produjo un temor profundo e instintivo.

Enderezó los hombros haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad. No acertaba a comprender por qué vacilaba o de dónde provenía aquella extraña sensación.

Hallábase al final de una pista, dispuesto a entrar en un lugar que le era muy conocido. No había en aquel caserón nada ni nadie que pudiera constituir un peligro; mas su instinto, algún secreto e inexplicable temor, luchaba contra todos los raciocinios.

Un viento agudo y penetrante silbaba por la estrecha callejuela, como si fuese un aviso.

De repente, Hasbrouck sintióse aislado e inseguro en el corazón de Manhattan.

Avanzó poco a poco un dedo y, deliberadamente, oprimió el timbre.

El viento se había calmado y de pronto, percibió, procedente del interior de la casa, un sonido ahogado, como el de un gong fantasmal sonando en un silencio sombrío.

El sonido aumentó sus temores, mientras esperaba, sintió un súbito deseo de dar vuelta y huir.

De repente se abrió la puerta, lentamente.

Haciendo un esfuerzo, Hasbrouck penetró en el vestíbulo débilmente iluminado. Un joven de rostro pálido-un criado, a juzgar por su negra vestimenta-se apartó en silencio, dejándole paso.

-Buenas noches, señor Hasbrouck-saludó el joven, en un acento monótono-. El señor Glendenning lo está esperando. Aun no se ha acostado, porque desea verle. Le anunciaré que está usted aquí.

De pie en el tétrico vestíbulo, Hasbrouck observó al joven cuando ascendía por la escalera.

Una vez dentro de la casa, Hasbrouck trató de sacudirse la terrible impresión que le atenazara de modo tan sorprendente; Mas fue en vano.

Volvióse con rapidez, en respuesta a un impulso desconocido, y contempló con fijeza las obscuras cortinas de terciopelo que pendían enfrente de la entrada de la habitación lateral. Luego alargó una mano y tocó el cortinaje.

El pesado paño osciló ligeramente al toque.

¿Qué había tras aquella oscuridad? ¿Qué se ocultaba tras aquella profunda negrura?

Se estremeció involuntariamente y bajó con rapidez la mano. Percibíase el rumor de unas pisadas procedentes de la escalera.

Al instante adoptó un aire tranquilo.

Una voz calma invitó:

-Haga el favor de subir, señor Hasbrouck.

El visitante recobró la serenidad al ascender por la escalera y llegar al vestíbulo del segundo piso. Había una puerta abierta y penetró en la habitación.

Reclinado en su sillón y apoyado en unos almohadones, había un anciano vestido con una bata. Sus escasos cabellos grises aumentaban su aspecto envejecido. Tenía el rostro cubierto de pelo blanco.

Este hombre era Clinton Glendenning y era el dueño de la casa. Su rostro era lúgubre y se veía marcado por hondas señales de descontento.

Su aspecto tranquilizó al visitante, pues en verdad parecía inspirar un sentimiento de conmiseración y piedad.

Hasbrouck, alto y huesudo, parecía un espantapájaros en el centro de la habitación.

-Entre, Larkin-ordenó Glendenning.

El criado de rostro plácido que estaba en la puerta, obedeció. Cerró la puerta tras sí y luego permaneció de pie en la actitud de un criado esperando órdenes de su señor.

Aquellos tres hombres formaban un trío extraño. Larkin era el único que presentaba un aspecto pulcro. Permanecía inmóvil junto a la puerta. Su rostro pálido presentaba un marcado contraste con el traje oscuro y bien planchado que vestía.

-¿Bien?-interrogó el viejo Glendenning, con voz chillona-. ¿Qué desea, Hasbrouck? ¿A qué ha venido?

Respondió el visitante:

-Para lo mismo, señor Glendenning. Sigo buscando a Roberto Buchanan.

-¿Por qué me molesta, entonces?-replicó el anciano, en tono agresivo-. Ya le he dicho varias veces que no tengo la menor idea del lugar dónde puede estar el señor Buchanan.

Los ojos del anciano chispearon de repente. El brillo acerado sorprendió a Hasbrouck e instintivamente dirigió una mirada a los brazos del sillón del anciano, y al observar las manazas férreas, semejantes a unas grandes garras, empezó a sentirse intranquilo de nuevo.

Percibiendo cierta hostilidad no muy disimulada, trató de dar una explicación de su visita. Lanzó una mirada a Larkin y observó que éste no se había movido de su puesto.

-No deseo molestarle, señor Glendenning -manifestó el visitante-. Mas debe usted comprender que tengo la misión de dar con el paradero de Roberto Buchanan. Hasta ahora, no he descubierto más que un hecho de importancia. Roberto Buchanan está prometido a su sobrina Margarita Glendenning. La joven deseaba casarse pronto y tengo entendido que usted se opuso. La última noche que se vió a Buchanan fue la noche que vino aquí a hablarle a usted sobre ese casamiento...

-¿Para qué discutir eso?-interrumpió, irritado, el anciano-. Ya hablamos de ello la última vez que estuvo usted aquí, ¿no es cierto, Larkin?

El joven de rostro pálido asintió con la cabeza.

-¿Por qué me molesta usted, pues?-repitió Glendenning, volviéndose hacia el visitante-. Larkin es mi secretario. Él se ocupa de los asuntos triviales como este. Si tuviésemos alguna noticia de Roberto Buchanan - continuó en tono sarcástico - Larkin le informará. Tengo su tarjeta aquí.

Glendenning introdujo una mano en el bolsillo de su batín y sacó una tarjeta que exhibió de modo que Hasbrouck la viese. La tarjeta estaba impresa en estos términos:

H. Hasbrouck Agencia de Detectives Hasbrouck

El detective observaba a Glendenning y vió que en sus labios se dibujaba una expresión siniestra. AL verlo, volvió a sentir el mismo temor que poco antes le asaltara.

¿Qué pensamientos bullían en el cerebro de aquel anciano? ¿Qué secreto guardaba?

Hasbrouck estaba decidido a averiguarlo. Tratando de pillarle desprevenido, le preguntó de pronto:

-¿Ha oído usted hablar de un hombre llamado Jerry Middleton?

Glendenning levantó la cabeza. Respondió:

-No recuerdo a nadie por ese nombre.

-¡Es un amigo de Buchanan! -apuntó el detective.

-No he oído nunca hablar de él.

-El motivo de preguntárselo-explicó Hasbrouck-, es porque Buchanan y Middleton eran íntimos amigos. Antes de que el joven viniese aquella última noche a esta casa, pasó unas horas con Middleton.

-Supongo que éste habrá desaparecido también-dijo Glendenning con sequedad.

-Así es-declaró el detective-. Sin embargo, nada tiene de misterioso. Middleton ha sido siempre un hombre difícil de encontrar. Es un joven deportista, lo suficientemente rico para dedicar su vida a la búsqueda de nuevas emociones. Se aburre en Nueva York y anda siempre de viaje de un lado a otro... La última noticia que tengo es que la misma noche que Buchanan desapareció, salió para Florida.

-Quizá Buchanan se marchó con él-insinuó el anciano.

-Quizá-asintió el detective:-Mas no hay prueba de ello. Y el joven Buchanan no tiene la costumbre de Middleton, de desaparecer de vez en cuando. No obstante-tras una pausa, continuó:-este misterio quedará aclarado esta misma noche. Middleton regresa a Nueva York, pues tiene una cita con un amigo. Espero verle en casa de ese amigo y averiguar lo ocurrido.

La voz del detective tenía un tono de reto. Parecía ofrecer al viejo Glendenning una última oportunidad de revelarle lo que supiese.

No hubo respuesta de parte del anciano; simplemente le miró con fijeza.

El detective dirigió una mirada a Larkin y observó que seguía imperturbable.

-Esta entrevista-manifestó-, puede ser la última que celebremos, señor Glendenning.

-Será la última-replicó el anciano, con frialdad.

Al detective no le agradó el tono y, girando la vista lentamente en torno al aposento, observó el sencillo mobiliario. Meditó un instante y el aullido del viento turbó sus pensamientos. Recordábale el temor inexplicable que sintiera al llegar delante de la puerta principal de la casa.

-Nuestra última entrevista-dijo, en tono tranquilo-. Perfectamente, señor Glendenning. Esto me lleva al punto en cuestión. Concierne a su sobrina, a la señorita Margarita Glendenning.

-¿Bien?-preguntó el anciano, con acritud.

-Estaba prometida a Roberto Buchanan-observó el detective-. Por lo tanto, tal vez pueda facilitar una pista. Desearía hablar con ella.

-No veo el motivo-declaró Glendenning, con énfasis.

-Discrepo de su opinión-repuso Hasbrouck.

El anciano miró con fiereza al detective; luego se volvió de repente hacia Larkin, el secretario.

-Llame a la señorita Margarita-ordenó-. Dígale que deseo hablarle. Terminaremos este asunto ahora mismo.

Hasbrouck sonrió al salir el secretario. Había conseguido su propósito. En sus anteriores visitas, el anciano rehusó complacerle. Ahora había accedido a sus deseos.

Ninguno de los dos hombres pronunció una palabra durante el intervalo de espera. El silencio inquietaba al detective.

¿Por qué razón había capitulado tan de repente Clinton Glendenning?

Era evidente que el anciano no quería facilitar ninguna información sobre el paradero de Roberto Buchanan. Margarita Glendenning, la novia del joven, era la clave del misterio.

Otro pensamiento intranquilizaba al detective. ¿Acaso la muchacha había sido advertida y preparada para esta entrevista? De ser así, sus declaraciones carecerían de valor.

Y si hablase, ¿cuál seria el resultado? Le enemistaría aún más con el señor Glendenning.

Meditó un momento examinando la situación. ¿Sus temores eran acaso el presagio de alguna desgracia?

La llegada de Margarita Glendenning puso fin a estos pensamientos. La muchacha entró en el aposento, acompañada de Larkin.

Era extraordinariamente bella, pero el kimono que vestía acentuaba la palidez de sus blancas facciones. La joven miró con fijeza al detective, quien observó un aire de tristeza en sus ojos pardos.

-¿Qué desea usted saber?-preguntó la muchacha, sin esperar el formulismo de la presentación.

El detective se había levantado a su entrada y volvió a sentarse a una leve indicación de la muchacha.

Respondió:

-Desearía saber lo que usted conozca respecto de Roberto Buchanan. Algún dato que pueda facilitarme dar con su paradero.

-No sé dónde está.

La voz de la muchacha era llana; pronunció las palabras en un tono sosegado y solemne.

-¿No ha tenido usted noticias desde la última noche que estuvo aquí?-interrogó el detective.

-Ni la menor noticia-respondió la joven, con una mirada vaga.

-¿Dijo algo que podría darle a usted una idea del lugar dónde pudo haberse ido?

-Nada en absoluto--declaró Margarita solemnemente y al dirigir una mirada a su tío, en sus ojos apareció, una expresión de temor-. Roberto no me confió sus planes.

-¿Y estaba usted prometida a él?

-Sí. Pero esto ha terminado ahora.

-¿Por qué?

-Mi tío se opone. Aduce que, en su opinión, soy demasiado joven para casarme. Todavía no he cumplido veintiún años. Pero, -dirigió de nuevo una mirada al anciano-, mí tío no dijo nada en su presencia. Después que Roberto se marchó, sin decir una palabra, decidí que mi tío Clinton tenía razón. Eso es todo.

-¿Conoce usted a Jerry Middleton?

-No. He oído a Roberto hablar de él. Eran amigos, pero no conozco al señor Middleton.

Mientras el detective pensaba otra pregunta, Margarita Glendenning se levantó bruscamente y salió de la habitación.

La súbita acción de la muchacha llenó de perplejidad al detective, que entonces se volvió hacia el anciano.

Y dijo:

-Respecto de Middleton, debo mencionar que es un hombre rico e intimo amigo de Roberto Buchanan. Cuando esta noche le comunique que su amigo ha desaparecido sin dejar rastro, estoy seguro de que encargará que se lo busque a toda costa, Los parientes de Buchanan me han encargado que averigüe su paradero. He reunido algunos datos sobre el caso y tengo anotado el resultado de mis investigaciones. Incluiré con esos datos mis entrevistas con usted y la señorita Glendenning en el informe que me propongo presentar.

-Espero que su informe arroje mucha luz sobre el misterio-repuso el anciano-. Yo también confío en que su entrevista con el señor Middleton resulte fructífera. Pero ante la costumbre de este hombre de viajar constantemente de un lado a otro, no debe usted confiar demasiado en encontrarle esta noche.

Tras estas palabras pronunciadas en tono de despedida, Clinton Glendenning se levantó y se dirigió a un rincón del aposento, donde desapareció por una puerta que evidentemente conducía a su dormitorio.

Hasbrouck se quedó solo con Larkin, el secretario. El énfasis peculiar de las palabras de despedida de Glendenning produjo una nueva sensación de inseguridad.

¿Por qué se había marchado tan bruscamente Glendenning?

Dirigió una mirada al impasible secretario; deseaba interrogarlo, pero temió que el viejo podría estar escuchando.

Encogiéndose de hombros, se levantó y se dirigió hacia la puerta. Larkin se puso en marcha delante de él. Al llegar al vestíbulo, el detective se sintió más nervioso. Se había entrevistado con Clinton Glendenning otras veces y Larkin, el joven de rostro pálido, actuó siempre de testigo silencioso.

¿Qué sabía este individuo de la misteriosa desaparición de Roberto Buchanan? ¿Podía explicar la aversión que Glendenning y su sobrina mostraban a hablar sobre el asunto?

Comprendió que debía dirigir sus investigaciones en otra dirección.

Mencionó el nombre de Jerry Middleton, con la esperanza de obtener algún resultado y fracasó.

Pero Jerry Middleton no le fallaría cuando le viese esta noche. Sabia dónde encontrarle y tenia el propósito de ir inmediatamente a entrevistarse con él.

A la luz borrosa del vestíbulo inferior, tuvo de nuevo la sensación de un peligro inminente, de algún peligro desconocido que acechaba en aquella casa. Era necio, lo sabía, pero dentro de un instante estaría fuera.

Larkin no era, ciertamente, una amenaza, ni tampoco el anciano Clinton Glendenning. Reprimió una risa desdeñosa. ¡Qué ridículo! ¡Tener miedo en una casa habitada por un viejo, un encanijado de rostro pálido y una muchacha¡

Mientras se ponía el abrigo, miró a Larkin. EL secretario le despidió con una reverencia silenciosa.

De pie junto a la cortina de terciopelo, observó al joven cuando ascendía la escalera. Le había dejado solo, para que saliese de la casa cuando se le antojase.

Era otra señal de la brusquedad que mostraban todos los habitantes de aquella casa. Tuvo la sensación de que Larkin rehuía una entrevista.

Se encogió de hombro. No podía reprochar nada al secretario, que se limitaba a obedecer al viejo Glendenning; no podía arriesgar su empleo.

Cuando las pisadas de Larkin sonaron en lo alto de la escalera, el detective sacó una tarjeta de su bolsillo y miró unas señas que le indicaban su próximo destino: el lugar donde encontraría a Middleton.

Guardóse la tarjeta y miró una vez más hacia lo alto de la escalera. Tenia el sombrero en la mano derecha; los dedos de su mano izquierda buscaron el pomo de la puerta del vestíbulo. Su espalda rozó una de las dos cortinas de terciopelo.

Algo rozó el hombro del detective. Daba la sensación de ser un fino alambre moviéndose lateralmente y veloz. El objeto invisible iba moviéndose hacia arriba, hacia el cuello de su abrigo.

Pudo ser el roce casi imperceptible del fino alambre; pudo ser un súbito pensamiento que le asaltara; sea lo que fuere, el detective se estremeció de pies a cabeza.

Conteniendo el aliento, permaneció inmóvil, cual si percibiese un ligero movimiento detrás, a su espalda. Luego apartó lentamente la mano izquierda del pomo de la puerta y tocó temeroso la cortina.

¡Sus dedos encontraron un objeto sólido a través del terciopelo¡

Empezó a avanzar y de pronto se detuvo en seco.

En su rostro apareció una expresión frenética. Los ojos se le desorbitaron y se llevó las manos a la garganta. El fino alambre le apretaba la carne. Intentó aflojar la terrible presión, mas fue en vano.

Sonó una especie de siseo en la garganta del sentenciado detective.

Su cuerpo osciló hacia atrás, contra la cortina, poco a poco, regulando su caída aquel finísimo alambre que le rodeaba el cuello. El cruel cordón le mordía, le estrangulaba, le arrancaba la vida.

Unas manos invisibles surgieron de detrás de la cortina. El cuerpo inerte de Hasbrouck fue arrastrado hacia la oscuridad. Se oyó un sonido breve, de siseo, detrás de la cortina de terciopelo. Luego reinó un silencio sepulcral en el vestíbulo.

Diez minutos más tarde, Larkin descendió la escalera y cerró con llave la puerta principal. Luego volvióse y subió por la escalera, pasando por el lugar donde el detective estuviera unos segundos antes, por última vez.

No había nada que indicase que el visitante no había salido de la casa.

Los presentimientos del detective Hasbrouck se habían cumplido. Allí, en el caserón siniestro y silencioso, llegó su fin.

¡Sus labios fueron sellados por la muerte¡

CAPÍTULO II
LA RACHA DE SUICIDIOS

Un hombre de rostro plácido hallábase sentado en una oficina del piso noveno del edificio Badgar, La puerta de su despacho particular estaba abierta. AL otro lado, en una habitación contigua, había una joven sentada ante una mesa.

La puerta de entrada de las oficinas ostentaban el número 909. Debajo había la inscripción:

RUTLEDGE MANN AGENTE DE BOLSA

El hombre de la mesa era rechoncho do rostro y cuerpo, y, como la mayoría de las personas de sus proporciones, algo cachazudo.

Tomó una carta de la mesa y la contempló pensativo; luego se incorporó y cerró la puerta de su despacho particular. Volvió a su mesa, abrió un sobre con un cortapapel y extrajo un pliego doblado.

El papel contenía un mensaje en clave, que descifró sin la menor dificultad.

Cuando terminaba la lectura, la tinta de la carta empezó a desvanecerse.

Rutledge Mann rompió la hoja en blanco y la tiró al cesto de los papeles.

Descolgó el teléfono y llamó a la oficina de "El Noticiero". Conseguida la comunicación, pidió por Clyde Burke. Habló unas cuantas frases misteriosas y luego colgó el auricular.

Unos minutos más tarde, sonó un golpecito en la puerta del despacho. La taquígrafa abrió.

-El señor Burke deseaba verlo -anunció.

Un joven de mediana estatura entró en el despacho. Vestía sencillamente.

-¿El caso Andrews? -preguntó en voz baja.

-Sí -respondió Rutledge Mann-. ¿Qué opina usted?

-Es claro como la luz del día. Andrews sufrió un descalabro en algunas operaciones de Bolsa, despidió a sus criados y alquiló un departamento pequeño. Estaba arruinado. La situación empeoró y la solucionó ahorcándose.

Mann tomó un recorte de la mesa. El recorte relataba la historia.

Jorge Andrew, un joven deportista, perteneciente a la alta sociedad neoyorquina, se había suicidado colgándose de una claraboya en su estudio.

Después de introducir el cuello en el lazo de una cuerda, propinó un puntapié a la silla donde había subido.

El cadáver fue descubierto por una doncella la mañana siguiente.

Los amigos de la víctima declararon que el joven estaba deprimido por unas pérdidas que había sufrido en la Bolsa. Tal era la reseña de las primeras ediciones de los periódicos de la noche.

-Es una lástima -observó Mann-. Esta mañana hablé con un individuo que conocía a Andrews y me dijo que le vió ayer tarde.

-¿Qué más le dijo?

-Que Andrews se encontraba ciertamente en una situación financiera muy delicada, pero que, no obstante, se mostraba bastante optimista. Manifestó a mi informador que esperaba una visita de Jerry Middleton.

-¿El jugador de polo?

-El mismo Middleton es un gran viajero. Es evidente que Andrews esperaba su regreso a Nueva York anoche. Es hombre muy rico y es posible que Andrew pensase que le prestaría algún dinero...

-Pero...

-Middleton se negó, o bien no llegó, como se le esperaba. Me inclino a creer esto último.

-¿Por qué?

-Porque anoche telefoneé a su casa y me respondieron que estaba aún ausente y no esperaban su regreso. Me dijeron que ignoraban su paradero.

-Bien, a mi juicio el caso está claro. Andrews necesitaba dinero y por eso se suicidó. Pero desde luego -Burke titubeó-, el suicidio puede obedecer a otro motivo.

-¿Qué opina usted de esto, Burke? -preguntó Mann, cambiando el tema.

Sacó un recorte del cajón de la mesa.

Clyde Burke lo miró. La historia se había publicado unos días antes. Relataba que se había encontrado una gasolinera a la deriva en el estuario de Long Island. El propietario, un conocido deportista llamado Dale Wharton, había desaparecido. Se suponía que cayó al mar y se ahogó.

-Quizá haya un misterio aquí -observó Burke-. Se espera que el cadáver aparezca de un momento a otro. Cuando lo encuentren, quizá facilite una pista. Wharton salió de noche, solo, en dirección a Connecticut. Partió de Long Island; es todo cuanto saben.

Rutledge Mann asintió con la cabeza.

Comentó:

-Es un caso peculiar, y existe otro del cual los periódicos no saben nada. Un joven, de la buena sociedad, desapareció hace un par de meses.

-¿Quién es? -preguntó Burke, sorprendido.

Muy pocas noticias de esa clase escapaban a los finos sabuesos de "El Noticiero", el periódico donde trabajaba en calidad de repórter el joven Clyde Burke.

-Un joven llamado Roberto Buchanan -declaró Mann-. Sus parientes están intranquilos por su ausencia. Estaba prometido para casarse con Margarita Glendenning, quo vive con su tío, un fabricante retirado. Al parecer nadie conoce el paradero de Buchanan.

-¿Cómo averiguó usted eso? -preguntó Burke.

-Me entero de muchas cosas en el Club Cobalto -respondió Mann, con cierto orgullo-. Tengo la obligación, como usted sabe, de estar informado de todos los sucesos extraordinarios que ocurran. Supe hace unos diez días la desaparición de Buchanan.

-Y entonces...

-Mandé la información a... la persona interesada... y, desde luego, tomé unas notas sobre el caso de Wharton también. No obstante, he de confesar que no vi nada extraordinario en el suicidio de Jorge Andrews. Pero hoy he recibido instrucciones.

Burke asintió con la cabeza. Conocía lo que Mann significaba por "instrucciones". Pues los dos, Clyde Burke y el agente de Bolsa, eran agentes secretos de aquel personaje misterioso conocido por el nombre de La Sombra.

Rutledge Mann, trabajando en la seguridad de unas oficinas confortables, y pasando las noches en el aristocrático Club Cobalto, servía de enlace a La Sombra.

Clyde Burke, aparentemente repórter de "El Noticiero", puesto ideal para realizar Investigaciones, era un agente activo del implacable perseguidor de asesinos y criminales.

-He estado esperando órdenes -declaró Mann-, pero hasta hoy no había recibido ninguna. Leí el suicidio de Andrew en los periódicos y lo pasé por alto, no dándole importancia. Luego me llegó el aviso y por esto le he telefoneado a usted. Tiene usted que obtener inmediatamente alguna información sobre el caso de Andrews.

-¿En su piso?

-No. Eso carece de importancia o ya se ha hecho. Debe usted realizar la investigación en el depósito judicial. Es preciso examinar detenidamente el cadáver de Jorge Andrews.

-Eso es fácil -dijo Burke-. Puedo ir allá ahora mismo.

-Perfectamente -asintió el agente de Bolsa. Miró hacia la pared y habló como si repitiera las palabras que había leído-. Busque alguna cosa extraordinaria cuando examine el cadáver. Si encuentra alguna cosa notable, informe con todo detalle. Si no observa nada, informe al efecto. Averigüe cuanto pueda.

Mann guardó silencio.

Burke comprendió que la entrevista había terminado y, levantándose, salió de la oficina.

Mann permaneció sentado a la mesa, estudiando el recorte del periódico.

Luego lo guardó en un cajón, llamó a la taquígrafa y dictó unas cartas a sus clientes.

Unas horas más tarde, se encontraba nuevamente solo en su despacho particular cuando la taquígrafa apareció anunciando que el señor Burke había regresado. El repórter se encerró al instante con Rutledge Mann.

La voz de Clyde Burke tenia un tono de excitación reprimida al relatar los detalles de sus investigaciones del caso Andrews.

-Fui al depósito judicial –dijo-. Me topé con Esteban Brill que estaba preparando la historia para "El Noticiero". Brill me llevó a ver el cadáver. El espectáculo era muy desagradable, pero eso no me importaba. Me interesó la señal de una cuerda que presentaba alrededor del cuello. Veíase un gran costurón, semejante a una cicatriz. Podían verse las señales de los torcidos de la cuerda. He visto marcas semejantes y por lo tanto sabía lo que debía esperar. ¡Pude observarla de cerca y entonces fue cuando vi algo más¡

El periodista se inclinó hacia delante y su índice trazó una línea en la palma de su mano izquierda.

Continuó:

-Con la marca de la cuerda había otra línea, tan delgada que apenas era visible. Una línea levísima y estrecha, casi como un hilo. Es posible que antes fuera roja, pero es blanca ahora. La línea seguía a la señal de la cuerda tan de cerca que a veces se perdía. ¡Me dio la impresión de que se puso la cuerda para cubrir y disimular aquella línea¡

Mann escuchaba interesado las palabras de Burke; no tenia por costumbre teorizar o hacer comentarios con demasiada frecuencia.

Era un coleccionador de hechos. No obstante, comprendía perfectamente, la relación que Burke trataba de explicar. Mas no hizo ningún comentario.

El periodista prosiguió:

-AL ver eso, continué el examen. Entonces descubrí otra cosa. Miré el rostro del muerto y, en la frente, observé una señal como ésta. -Trazó un dibujo con el dedo-. Un punto, una marca redonda, pequeña.

-¿Una cicatriz?

-Más bien parecía una quemadura. Era más blanca que la carne circundante y no me habría fijado si no lo hubiese examinado muy de cerca. Brill no me miraba entonces, pues hablaba con el sargento detective Claghorn, que se ocupa del caso. Escuché su opinión. A juicio de Claghorn, se trata de otro suicidio. Tiene el propósito de sacar el cadáver del depósito judicial. Afirma que Andrew se colgó y que todas las personas estranguladas presentan el mismo aspecto. Tiene razón, pero ignora cómo fue estrangulado Jorge Andrew.

Rutledge asintió en silencio. Preguntó:

-¿Ha redactado ya su informe?

-No -respondió Burke-. Pensé que tal vez usted querría incluirlo en el suyo...

-Con uno será suficiente -interrumpió Mann, dando papel y una pluma al periodista.

Clyde Burke empezó a escribir un mensaje en clave. Escribía con rapidez y terminó su tarea al cabo de unos cinco minutos. Dobló el papel y lo metió en un sobre que Mann le proporcionó.

-Me marcho ahora -anunció, cuando sellaba el sobre.

Mann asintió con la cabeza. Clyde Burke salió del despacho. Llegó a la calle, tomó el "metro" y se apeó en la calle 23.

Allí penetró en un edificio lóbrego ruinoso, ascendió la escalera y metió el sobre en el buzón de una oficina desierta.

La puerta del despacho ostentaba un nombre en el cristal cubierto de telarañas. El título era:

B. JONAS

Clyde no había estado nunca dentro de aquella oficina. Jamás la había visto abierta. Sabía solamente que un mensaje echado en aquel buzón llegaría indefectiblemente a manos de La Sombra.

El periodista meditaba de regreso por el "metro". Pensaba en el informe que acababa, de despachar; y el informe le llevó a una escena determinada, al cadáver de Jorge Andrews tendido en el depósito judicial.

Con los ojos medio cerrados, se imaginó dos cosas: la finísima marca de la cuerda y la señal blanca y redonda en el centro de la frente del muerto.

El significado de ambos descubrimientos era clarísimo ahora.

Tenía la seguridad de que Jorge Andrews no se suicidó. El joven murió estrangulado, es cierto, pero no por la cuerda cuya señal fue hallada alrededor de su cuello.

Lo estrangularon con un cordón delgadísimo, que dejó una señal indeleble.

El asesino imprimió su marca sobre la frente del muerto, como horripilante símbolo de su horrendo crimen.

En breve otra persona conocería la verdad sobre la muerte de Jorge Andrews.

¿Qué significaría este asombroso informe a su misterioso jefe, La Sombra?

CAPÍTULO III
VIGILANTES DE LA NOCHE

La tarde siguiente, Rutledge Mann estaba de nuevo sentado en su despacho del edificio Badger. Una vez más examinaba un recorte periodístico. Este relataba un caso más sorprendente aún que el de la muerte de Jorge Andrews.

El cadáver de Dale Wharton habla aparecido en la playa de Long Island. Al parecer, esto ayudada a resolver el misterio que envolvía la muerte del conocido deportista. Pero los periodistas y la policía sufrieron una decepción.

El último informe, el que Rutledge Mann tenia sobre la mesa, manifestaba que la policía no encontraba indicios de que se tratase de un crimen.

Era sabido que Dale Wharton estaba algo embriagado cuando salió con su lancha a motor. En los bolsillos del abrigo se le encontró un par de botellas, una de ellas vacía y la otra, casi vacía también. Todo indicaba que Wharton cayó al mar y se ahogó.

La explicación era sencilla y, al parecer lógica.

Un hombre embriagado, en el timón, era fácil que perdiese el control de la embarcación. Al hacer un viraje, pudo caer al mar. Eso era, según la policía, lo sucedido a Wharton.

No obstante, el caso no quedaba liquidado, en lo tocante a Rutledge Mann.

EL agente de Bolsa esperaba paciente un informe de Clyde Burke.

Cumpliendo unas instrucciones de La Sombra, Mann mandó al inteligente y dinámico periodista a Long Island. Este no halló ninguna dificultad en convencer al director del periódico de que sería conveniente echar un vistazo al caso de la muerte de Wharton.

La tarde iba menguando. El informe de Burke llegaría pronto. Mann no mostraba señales de impaciencia, pero deseaba conocer algo más sobre el caso.

El teléfono sonó y el agente descolgó el auricular. Reconoció la voz de Clyde Burke.

El mensaje del periodista consistía en una sola palabra transmitida por el hilo telefónico.

-¡Idéntico!

Fue todo cuanto Rutledge Mann oyó.

Llamó al instante a un número y repitió la palabra al hombre que respondió a la llamada. Luego, esperó.

Eran cerca de las cinco cuando la taquígrafa entró en el despacho particular, llevando un sobre.

Dijo:

-Han tirado esto en el buzón.

El agente tomó el sobre y, cuando la joven me hubo marchado, cerró la puerta.

Luego empezó a leer un mensaje de La Sombra, otra de esas extrañas misivas redactadas en clave y cuya escritura se desvanecía de modo que ojos curiosos no pudiesen leerla.

Descolgando el auricular, telefoneó al hotel Metrolito. Le pusieron en comunicación con un huésped llamado Harry Vincent. Con voz queda preguntó con quién hablaba y luego dijo:

-Aquí, la Compañía Constructora Nacional. Ves nuestra maravillosa oferta, que ha de interesarle. Nuestro plan de edificación ofrece grandes ventajas a un hombre que desee invertir una pequeña cantidad. Aproveche esta oportunidad inmediatamente. Una vez que haya estudiado nuestra oferta, no vacilará en adquirir una de estas casitas situadas en las mejores playas del mundo.

-No lo creo -repuso la voz calma de Harry Vincent-. Yo paso los veranos en la montaña, en el Oeste. No me interesan esos solares.

Rutledge Mann colgó el aparato. En aquella breve conversación dio una orden concreta a Vincent. Había dado especial entonación a ciertas palabras que decía: "Vea a nuestro hombre inmediatamente".

Un cuarto de hora más tarde, Harry Vincent apareció en la oficina de Rutledge. Como el periodista, fue introducido inmediatamente al despacho interior, pues él, también, era uno de los agentes de confianza de La Sombra.

El agente de Bolsa colocó en sus manos dos recortes de prensa. Uno de ellos relataba la muerte de Jorge Andrews; el otro, h historia del hallazgo del cadáver de Dale Wharton.

-Ayer -declaró Rutledge Mann-. Clyde Burke vió el cadáver de Andrews. Hoy ha visto el de Andrews. En la garganta de ambos cadáveres había una línea blanca y delgada y casi invisible. En la frente presentaban una marca leve y redonda. Ambos hombres fueron asesinados; ambos presentaban la misma señal del asesino.

"Observará usted que Andrews y Wharton pertenecían a la buena sociedad. Ha desaparecido, además, otro hombre, del cual los periódicos no han publicado nada. Puede haber muerto a manos del mismo asesino. El desaparecido se llama Roberto Buchanan.

-¿Hay alguna pista de él? -inquirió Vincent.

-Ninguna, que sepamos -respondió Mann-, pero existe un lugar donde un investigador podría averiguar algo. Roberto Buchanan estaba prometido a una joven llamada Margarita Glendenning, la cual vive con su tío... Este hombre es un viejo maniático. Se llama Clinton Glendenning y es un fabricante retirado. Esta tarde, después del informe de Burke, recibí un importante mensaje indicando que visitase usted a Clinton Glendenning y le

interrogase respecto de Buchanan. Ha de ser una visita de sorpresa, y debe efectuarse durante la noche. Aquí tiene las señas de Glendenning.

Harry Vincent se entusiasmó. Había trabajado con frecuencia al servicio de La Sombra. Le encantaban las aventuras y ahora se le presentaba una.

Estuvo inactivo el mes pasado y había planeado una corta visita a su familia que vivía en Michigan, en un pueblecito llamado Colón. Mas ahora que La Sombra lo requería para un servicio, permanecería en Nueva York.

-Después de cenar -indicó Mann-, vaya a la casa de Glendenning. Entrevístese con el viejo y, si es posible, hable con la sobrina.

La conferencia terminó. Eran cerca de las seis.

Harry Vincent descendió a la calle y regresó al hotel Metrolito. Después de cenar, se dirigió a la casa de Clinton Glendenning. No presentía ningún peligro cuando se dirigía en un taxi hacia el distrito Norte.

Por el contrario, creía que iba a cumplir una misión sin importancia, que requería cierta astucia, sin otra dificultad. Dado que su misión era secreta, despidió al taxi cerca de la casa y caminó la distancia restante.

La calle donde se elevaba la tétrica mansión de Glendenning era muy tranquila y estaba desierta.. Esta noche no soplaba un viento tempestuoso como la noche de la visita de Hasbrouck.

No obstante, igual que el detective, sintió un indefinible temor cuando subió los peldaños de la casa.

Todo estaba envuelto en densas sombras. No podía sacudirse la sensación de que alguien acechaba en la oscuridad, vigilándole.

Mas, mientras aguardaba delante de la puerta, la sensación disminuyó. Tocó el timbre y percibió el sonido semejante al de un gong.

Abrióse la puerta y en el vestíbulo débilmente alumbrado apareció un joven de rostro pálido.

-Desearía ver al señor Glendenning -dijo.

-Lo siento, señor -fue la respuesta-. No puedo anunciarlo. Debería usted haber telefoneado antes.

Vincent penetró en el vestíbulo.

-Me llamo Harry Vincent –declaró-. Es urgente que yo vea al señor Glendenning.

-Lo siento…

La voz gruñona de Clinton Glendenning interrumpió desde lo alto de la escalera.

-¿Quién es, Larkin?

-Un caballero llamado Vincent -informó el secretario.

-¿Desea verme?

-Sí, señor.

-Acompáñalo arriba.

El anciano había vuelto a su habitación cuando Harry Vincent entró con Larkin. Su actitud reflejaba más bien la curiosidad que una cordial acogida.

Estaba sentado en su sillón y dirigió una mirada penetrante al joven.

En el momento en que mencionó el nombre de Roberto Buchanan, Clinton Glendenning cambió de aspecto. En su rostro apareció una expresión de furia y sus manos oprimieron con fuerza los brazos de su sillón. Luego, tras una pausa, habló lentamente.

-Ignoro el paradero de Roberto Buchanan –declaró-. Se marchó hace tiempo. Estuvo aquí la noche anterior a su partida. Por esta razón me ha estado molestando un individuo que trata de localizarlo. Este individuo vino aquí anteanoche y tuve que decirle una vez más que desconocía en absoluto el paradero de Buchanan. Si su visita es un subterfugio para averiguar algo sobre Roberto Buchanan, ha oído mi respuesta. No tengo la menor idea de dónde puede estar.

-Siento haberle molestado -contestó Harry Vincent, tranquilamente-. No vivo en Nueva York. En realidad, abrigaba el propósito de salir de viaje esta misma noche. Pero es urgente que yo vea a Buchanan. Me dijeron que estaba prometido a su sobrina...

Interrumpió Glendenning:

-Lo estaba. Mas eso ya está olvidado. Roberto Buchanan desapareció hace dos meses. Tendrá usted que buscarle en alguna otra parte.

-Nadie parece conocer su paradero -observó Vincent, en tono melancólico.

-Lo comprendo -dijo el anciano, ablandándose un poco-. Anteanoche vino a visitarme un detective llamado Hasbrouck. Es un detective particular que, según tengo entendido, han empleado los parientes de Buchanan. Ellos ignoran dónde está el joven.

-¿Un detective llamado Hasbrouck?

-Sí. Se marchó cuando le aseguré que ignoraba en absoluto el lugar donde podía estar Buchanan. Quizá si usted se pusiese en comunicación con Hasbrouck...

-Mi tiempo es muy limitado -manifestó Vincent-. Trataré de ver a ese detective. Pero ¿usted dice que él no ha logrado dar con su paradero?

-Quizá lo sepa ahora -declaró Glendenning-. Me dijo que visitaría a un amigo de Buchanan, a quien esperaba en Nueva York anteanoche. Veamos -el anciano se tocó la frente pensativo-. ¿Cómo se llamaba ese amigo? ¿Qué nombre tenía, Larkin? ¿Lo recuerdas?

-No en este momento, señor -respondió el secretario, vacilando.

-¡Ya lo tengo¡ -exclamó Glendenning-. Hasbrouck iba a ver a un señor llamado Jerry Middleton. Eso mismo. No he sabido nada más desde entonces de Hasbrouck. Mas no hay motivo para que yo tuviese noticias de él.

-Jerry Middleton-murmuró Vincent, pensativo-. Recordaré ese nombre. Es muy importante que yo vea a Buchanan. Quizá...

Interrumpiéndose se levantó de su asiento, cuando Margarita Glendenning entró de repente en la habitación.

La muchacha lucía un vestido encantador y Vincent se impresionó al instante por su belleza. Pero también descubrió una expresión de tristeza y preocupación en sus ojos.

La joven miró a Vincent y luego a su tío.

-Mi sobrina. Siéntate, Margarita. El señor Vincent y yo estábamos hablando de Roberto.

-¿Lo han encontrado ya?-La muchacha formuló la pregunta en un tono peculiar, con una nota de ansiedad reprimida.

Harry Vincent salvó la situación al instante. Evidentemente la muchacha estaba preocupada por la desaparición de Roberto Buchanan. Al mismo tiempo procuraba no enojar demasiado a su tío, quien no sentía la menor simpatía por Buchanan.

-Trato de encontrarle -declaró Vincent.

Miraba a la muchacha y observó que Larkin ya no estaba en el cuarto.

-No tenemos idea del lugar donde está Roberto -prosiguió Margarita Glendenning-. Creo que debiera habernos dicho adónde iba. Quizá -su voz se quebró momentáneamente-, quizá le ha sucedido algo.

-No lo creo -interpuso Glendenning-. Ya lo sabríamos, si ese fuese el caso. La gente no se esfuma en el aire, a menos que

tengan motivo para marcharse a lugares desconocidos. Buchanan se marchó de Nueva York porque deseaba olvidarte.

AL oír estas palabras, Vincent sintió un complejo sentimiento de honda antipatía hacia Clinton Glendenning y profunda simpatía hacia la muchacha, visiblemente emocionada.

Larkin volvió al cuarto mientras Vincent estudiaba a la muchacha.

-El mejor plan para ti, Margarita -dijo Glendenning, en tono casi bondadoso-, es olvidar a Roberto Buchanan. Nunca creí que fuese digno de ti. Has prometido olvidarle.

-Lo sé -respondió la muchacha, valerosamente-. Buenas noches.

Tras estas palabras, salió precipitadamente del cuarto, desviando la vista.

Vincent se imaginó oírla sollozar cuando descendía por el pasillo. La emoción de la muchacha era real. ¿Sabia ella más de lo que había dicho?

Observó que el secretario mostraba un rostro grave y pensó que seria conveniente interrogarle.

-Eso es todo -dijo Clinton Glendenning, con frialdad-. Le deseo buenas noches.

Y acto seguido se incorporó y salió del aposento, dejando a Vincent a solas con Larkin.

La entrevista había terminado, mas el joven Vincent había conseguido algo.

Sabia que un detective llamado Hasbrouck visitó a Clinton Glendenning hacia dos noches; y que dicho detective tenía el propósito de ver a un señor llamado Jerry Middleton. Ambos datos eran valiosos como información.

Acompañado del secretario Larkin, descendió las escaleras. Sentía cierta inexplicable aversión por esta vieja y tétrica mansión. Se puso el sombrero y el abrigo y, mientras estaba en el vestíbulo, Larkin subió al segundo piso, dejándole que buscase por sí mismo la salida.

La manga de Vincent rozó algo; volvióse con rapidez y miró con recelo unas cortinas de terciopelo que había a su lado.

Obrando por impulso, levantó la cortina y escudriñó la oscuridad de la habitación.

Luego, riéndose de su sospecha de peligro, soltó la cortina. Abriendo la puerta, salió a la calle. No había ningún taxi a la vista y empezó a caminar hacia la esquina.

Ordinariamente habría estado muy alerta. Ahora estaba tan absorto pensando en lo que había averiguado, que no prestó atención a lo que le rodeaba.

Antes de que hubiese andado una docena de pasos, hubo un movimiento en el lado opuesto de la calle. Un hombre acechaba en la otra acera, y cuando Vincent llegó a la esquina, se adelantó unos pasos para llamar a un taxi.

AL cruzar la calle, llegó cerca de un edificio que estaba envuelto en la oscuridad.

El hombre que le seguía permaneció silencioso al amparo de las sombras.

Vincent no miró en esa dirección.

-Al hotel Metrolito -ordenó al chófer.

Las palabras fueron pronunciadas lo bastante fuerte para que le escuchase el hombre que él vigilaba.

Cuando el taxi arrancó, el individuo salió a la luz. Era de mediana estatura y llevaba un abrigo negro que tornaba indistinta su figura en la oscuridad.

A la luz de la avenida, el rostro del individuo quedó visible. Era un continente siniestro, de labios malignos que sonreían con crueldad.

El individuo llamó silbando a un taxi que pasaba. El vehículo se detuvo.

-AL hotel Metrolito -ordenó, subiendo-. Rápido.

El taxi salió disparado.

De la espesa oscuridad de la vecina bocacalle surgió otra figura, alta y negra. Vestía una capa flotante que pendía de los hombros. Tenia el rostro oculto bajo un sombrero de alas anchas.

Desde un lugar invisible en la oscuridad, este hombre, semejante a una sombra, vió lo sucedido. Dando largas zancadas, atravesó la avenida en dirección a una cercana estación del "metro".

La alta y negra figura desapareció en el subterráneo. Un minuto más tarde, un expreso llegó veloz a la estación y se detuvo debajo de la calle.

El hombre de la capa negra se perdió entre el gentío y breves instantes después aparecía delante del hotel Metrolito. El sombrero de alas anchas casi le cubría los ojos. Un segundo después desapareció confundiéndose con la oscuridad en el costado del edificio.

Apenas se hubo apostado allí, cuando los frenos de un taxi chirriaron al detenerse junto al bordillo de la acera. Del taxi se

apeó el hombre de rostro siniestro. Anduvo unos cuantos pasos y adoptó la actitud de un hombre ocioso que observa la calle.

Un instante después llegó otro taxi. Harry Vincent se apeó y entró en el hotel. El Individuo que le siguiera esbozó una sonrisa sombría al observar las facciones de Harry Vincent.

Aquella sonrisa maligna significaba que reconocería a Vincent cuando volviera a verlo. Luego el desconocido se volvió y se alejó.

De la oscuridad del edificio brotó una risa suave y melancólica, apenas perceptible.

Una sombra fantasmal apareció siguiendo al hombre que estuvo vigilando a Harry Vincent. La figura era casi invisible cuando inició la persecución.

Arriba, en el cuarto del hotel, Vincent redactaba pensativo su informe.

Relataba los hechos que había averiguado aquella noche. Abrigaba la sospecha de que en la casa de Clinton Glendenning podría descubrirse la clave de la desaparición de Roberto Buchanan.

Vincent ignoraba por completo que le siguieran de regreso al hotel.

Desconocía que un hombre oculto le siguió en la oscuridad. Pero La Sombra lo conocía.

¡La Sombra trabajaba vigilando alerta!

CAPÍTULO IV
LA SOMBRA OYE

El hombre que vigilara a Harry Vincent se dirigió hacia Broadway. AL llegar al famoso cañón de Manhattan, se mezcló con la gente que salía de los teatros y siguió un camino rápido y desviado.

Convirtióse en una figura insignificante entre miles y tan hábilmente prosiguió su camino que ni el sabueso más hábil podía haberle seguido la pista.

Pues el individuo de rostro siniestro era un hombre que conocía los métodos de los bajos fondos y seguía un sistema deliberado en su marcha.

Penetró en un bar clandestino situado a corta distancia de la calle 42, se detuvo allí unos instantes y luego salió por la entrada lateral conocida de unos cuantos privilegiados solamente.

AL fin, satisfecho de que nadie podía seguirle el rastro, dirigióse hacia el Oeste y llegó a un viejo edificio.

Tras una mirada rápida y escrutadora entró en un vestíbulo oscuro y subió en silencio por unas escaleras alfombradas, desdeñando utilizar el ascensor de la casa.

A mitad de la escalera lanzó otra mirada hacia atrás, en dirección a la puerta. Vió solamente el vestíbulo oscuro y silencioso. AL llegar al rellano, sonrió siniestramente, como reconociendo su habilidad.

De ser así, sonrió sin motivo.

Un momento después de haber desaparecido del rellano, hubo movimiento en el vestíbulo. Una figura semejante a una sombra surgió de la oscuridad y se dirigió hacia la escalera.

Ascendió con asombrosa rapidez, siguiendo los pasos del otro hombre.

El camino conducía hacia arriba, pues el hombre que iba delante llegaba, al cuarto piso. Al llegar a su destino, se detuvo junto a una ventanilla que daba a un patio de altas paredes. Desde allí escudriñó la luz vaga y borrosa, que daba una leve visualidad a la reducida área del patio.

Mientras estaba allí, una masa negra apareció detrás de él y permaneció inmóvil como una estatua.

El hombre que miraba por la ventana se volvió y miró con fijeza casi directamente hacia la extraña figura que había a su lado, pero sus ojos no vieron nada. Luego se acercó a la puerta cercana y llamó dando unos suaves golpecitos.

La puerta chirrió y se abrió lenta y suavemente unos centímetros. El hombre entró y la puerta se cerró silenciosamente.

Cuando el hombre entró en el piso, la figura negra se acercó a la ventana.

Luego esta se abrió y la figura de un hombre se proyectó hacia fuera.

Después, la ventana se cerró lentamente.

La escasa luz del patio reveló una sombra posada en la pared del patio. Un brazo largo avanzó en sentido lateral, como un ser viviente, y encontró una columna de ladrillo. La figura negra siguió al brazo.

¡Palmo a palmo, la sombra fantasmal siguió un camino zigzagueante por el lado perpendicular de la pared¡

El hombre de rostro siniestro no se hallaba presente para observar el maravilloso alarde. Penetró en el piso, colgando su

sombrero y abrigo en un colgador en el extremo de una pequeña entrada.

Hecho esto, pasó a un cuarto débilmente iluminado, que tenia dos ventanas con vistas al patio. Los visillos estaban echados.

El cuarto tenia ya un ocupante. Un hombre hallábase sentado en un rincón junto a una mesa, sobre la cual había un teléfono. El individuo estaba debajo de la luz de la lámpara que iluminaba la habitación.

Bien vestido, afeitado y de aspecto plácido, podría haber sido un hombre de negocios recién llegado del teatro. Leía un magazine.

-Hola, Dip-saludó, sin levantar la vista. El individuo de rostro siniestro sonrió. Cruzó el aposento, tomó una silla de cerca de la pared y se sentó.

El hombre del rincón tiró el magazine a un lado.

Dip, el recién llegado, habló:

-Aquí estoy, Chispa. Seguí al sujeto. Averigüé lo que deseaba.

No habría podido encontrarse dos hombres más diferentes que este par. No obstante, Chispa Donegan y Dip Riker eran conocidos por los hermanos siameses de los bajos fondos del crimen. Eran íntimos amigos.

Dip Riker, con su faz siniestra y fea, y burlona sonrisa, no era el tipo de hombre que excitase la admiración. Chispa era de aspecto opuesto.

Su nariz recta, bien formada boca, ojos verdes convertíanse en un tipo determinado, en el gangster de lujo. El dominio que ejercía sobre la expresión de su rostro, dábale una superioridad sobre su compañero.

Chispa, manifestó gran interés cuando Dip habló. Sus párpados se achicaron y sus ojos brillaron de una manera extraordinaria. Este chispear extraño de sus ojos le había dado el apodo.

Más de un pistolero había temblado ante aquel chispear maligno. Algunos se fueron al otro mundo mientras afrontaban aquella mirada siniestra.

Dip Riker prosiguió:

-Vive en el hotel Metrolito. Llegué en un taxi antes que él. Esperé a que se apeara y le miré atentamente de cerca. Lo conoceré otra vez que lo vea. No se me despintará jamás.

-¿Estaba solo?

-Sí. No sé que se trae entre manos. Quizá sea un detective; quizá no. Ocupa la habitación número 806 del hotel, bajo el nombre de Harry Vincent, como me dijiste.

-¿Le seguiste al hotel?

-¡No! ¿Para qué? Le vi cuando entró y luego me largué. Entré en el bar de Frankie, donde encontramos a Pete Boutonne, y telefoneé desde allí al Metrolito. Averigüé el número de su habitación.

Dip Riker esperó a que su compañero hiciese algún comentario.

En lugar de ello, Chispa Donegan frunció el ceño al mirar hacia la ventana.

Se levantó, pasó por el lado de su compinche y alzó las cortinillas ligeramente. Examinó la ventana a la izquierda; luego metió la mano debajo de las cortinillas y palpó el pestillo.

-¿Qué sucede, Chispa?-interrogó Dip.

-Me pareció que los visillos se movían-murmuró Chispa-. Es extraño; tengo siempre esta ventana cerrada con el pestillo. Parecía que la brisa movía los visillos. Pero no es posible. El bastidor está bajado.

Levantó los visillos, abrió la ventana y sondeó la negrura del patio. No satisfecho aun, asomóse y escudriñó a su alrededor. Miró abajo, al suelo de cemento, cuatro pisos abajo. Escrutó las paredes interiores del edificio, pero no percibió una sombra que permanecía pegada a la pared encima de la ventana.

La Sombra semejaba un enorme y silencioso murciélago.

Chispa Donegan bajó el cristal y cerró con el pestillo. Descendió las cortinillas pero dejó un espacio diminuto para poder vigilar el fondo del bastidor. No se ocupó de la otra ventana. Finalmente regresó a su sillón.

-Cualquiera diría que estás nervioso, Chispa-comentó Dip Riker.

-¡Nervioso!-repuso su compañero-. Nada de eso. Estoy bien seguro, como también lo estás tú, porque trabajas conmigo. Nuestro negocio es el mejor de Nueva York, productivo y poco peligroso.

-Creo en tu palabra, pero debo confesar que aun no sé de qué se trata.

-No seas idiota. Tú sabes perfectamente lo que estamos haciendo. Protegemos esos almacenes de la parte alta de la ciudad, para que no sean víctimas de un robo. Es muy sencillo, ¿no es verdad? ¿Para qué te imaginas que he contratado a Martín y a Pete Boutonne? ¿Para darles una pensión vitalicia?

-No te burles, Chispa-replicó Dip-. Cuentas conmigo para lo que sea, como lo sabes. Pero no voy a tragarme esa. Conozco el trabajo del seguro contra el robo. Dime, Chispa, ¿por qué contratas a la gente, la tienes una temporada y luego la despides? Pete trabajó contigo un par de meses y luego se marchó. Martín

ha estado menos tiempo aún. Y hablas de substituirle; quieres que te busque otro en su puesto. Lo mismo ha sucedido con todos los otros...

-Escucha, Dip. -Chispa hablaba con la suavidad que le había conquistado su reputación en los bajos fondos-. Me conocen lo bastante para saber que yo trabajo de distinta manera que los demás "racketeers". Tengo mis métodos particulares.

"¿Por qué he de tener a sueldo a una pandilla numerosa para que se vuelva impertinente? Yo uso la cabeza. Asigna un trabajo fácil y cómodo a un sujeto, trátalo bien y págale generosamente. Luego, cuando lo necesites, trabajará con voluntad y sin hacer preguntas indiscretas.

"Tengo dos pistoleros a sueldo ahora: Martín y Lanza. Este volvió cuando Pete Boutonne se marchó. Tengo tres, incluyéndote a ti. Son suficientes. Cuando necesite más, no tengo más que transmitir una llamada urgente. Los muchachos volverían y todos son veteranos. Les gusta trabajar con Chispa Donegan.

Dip Riker sonrió:

-Eso está muy bien, Chispa. Pero no es la manera como solías trabajar. Tu primitivo plan era abarcar cada día más, aumentando tu poder. Según me decías al principio, yo debía mandar una pandilla, bajo tus órdenes. Y de pronto me dices que has encontrado la mejor faena de Nueva York.

"En lugar de aumentar la pandilla, la reduces y cambias a los hombres continuamente. Nada de atracar ni pasear a nadie, nada de cobrar impuestos, nada por qué preocuparse...

-Bien. Pero la pasta llega, ¿no es verdad?

-Cierto es. Estoy satisfecho sobre este punto. No me quejo de esto. Pero te conozco lo bastante bien para hablarte de este modo. Chispa. Comprendo tu idea. Estás explotando alguna mina productiva y temes tener a tu servicio demasiado tiempo a un mismo "gachó".

"No pretendo que me descubras tu faena. Solamente te digo lo que veo. Eso es todo, Chispa. Me comprendes, ¿no es cierto? Yo...

De los labios de Chispa Donegan brotó un juramento furioso al ponerse en pie de un salto.

Dip Riker pensó que había incurrido en el enojo de su amigo e iba a pronunciar unas palabras conciliadoras, cuando vió que se dirigía hacia la ventana. Esta vez Chispa levantó los otros visillos.

Con aire perplejo, levantó la ventana y de nuevo escudriñó la oscuridad del patio. Luego cerró la ventana y bajó las cortinillas.

-¿Qué sucede?-interrogó Dip.

-Esto me está poniendo nervioso-fue la respuesta-. Me aseguro de que una ventana está cerrada y no aparto la vista de ella, cuando de pronto las otras cortinillas empiezan a moverse. Esa ventana no está cerrada con el pestillo. ¿Estoy loco y veo visiones, Dip?

-Estamos en el cuarto piso-rió su compañero-. No puede haber nadie junto a esas ventanas. ¿Qué sucede? ¿Tienes miedo de alguien?

La voz de Dip sonó alarmada, al continuar:

-¿No has traicionado a nadie, verdad, Chispa?

-Yo no traiciono a nadie, Dip.

-Lo sé. No quería decir eso. Quería asegurarme de que no te buscaba nadie para darte el pasaporte...

-Escucha, Dip -Chispa habló en tono muy serio-. ¿Estás seguro de que no te siguió nadie?

-Completamente seguro, Chispa. Ya sabes cómo despisto y me escurro como una anguila. No suelo aventurarme ni dejar nada al azar.

Chispa parecía dudoso:

-Bueno... No lo entiendo. Me pareció que algún pájaro espiaba por esas ventanas.

-¿Hay alguna escalera de incendio en el patio?-preguntó Dip, con risa ronca-. Para espiar por esas ventanas, haría falta una escalera.

-No seas idiota, Dip.

Chispa abrió ambas ventanas.

-Echa un vistazo. No... espera. Salgamos al pasillo y miremos desde allí.

Dirigióse a la puerta del piso, seguido de su compinche y entraron en el oscuro vestíbulo, dejando entornada la puerta.

De las ventanas surgió un rozamiento suave. EL borroso resplandor del patio quedó oculto por una sombra que se extendía sobre una ventana abierta.

La sombra se convirtió en una figura humana, un hombre envuelto en una flotante capa negra, con las facciones ocultas por las anchas alas de su sombrero.

La Sombra -el misterioso personaje conocido por ese nombre-se inclinó.

Sacó dos dispositivos circulares de sus manos y de sus pies. En el suelo había cuatro especies de ventosas de caucho, de seis pulgadas de diámetro.

Con estos dispositivos de succión, el hombre de la capa negra se había adherido a la pared, deslizándose por su superficie como una mosca.

La Sombra permanecía apartado de la ventana y, por lo tanto, los gangsters no le vieron cuando vigilaban desde su puesto de observación.

Los finos oídos del misterioso personaje conocido por La Sombra, percibieron un sonido en el pasillo y, entonces, escondiendo los dispositivos de caucho, que semejaban unas ventosas, dirigióse hacia la puerta entornada.

Luego su figura espectral se fundió en la oscuridad del vestíbulo, convirtiéndose en una parte del abrigo de Dip Riker, que pendía de un colgador.

Chispa Donegan volvía al piso. Pasó por el lado de la oculta figura, sin verla. Fue a la ventana, y miró hacia el exterior y señaló a Dip. Luego, cerró las ventanas, echó los pestillos y corrió las cortinillas.

Dip Riker entró en el piso y cerró la puerta tras él.

Chispa Donegan meneó afirmativamente la cabeza y sus ojos brillaron ferozmente. Tomó asiento en su sillón, frunciendo el ceño.

Y dijo:

-Tal vez parezca extraño, Dip. Pero no quiero correr ningún riesgo ni quiero confiarme al azar. Tienes razón, estoy explotando una mina productiva. Pero guarda el secreto y no formules preguntas. ¿Comprendido?

-Puedes tener confianza en mi.

-Esta mina es tan segura, que resulta demasiada buena. ¿Te has imaginado alguna vez una cosa que fuese demasiado buena? A veces se apoderan los nervios de mí. He estado esperando que sucediese algo. Me tranquilizaría un poco, si tuviésemos que pegar algunos tiros.

"El primer trabajo... fue una cosa de niños... y es probable que haya más trabajos por el estilo. No me satisfizo del todo, pues resultó tan fácil, que me pareció increíble.

Tras una pausa, prosiguió:

-Pero esta noche... quizá te has dormido en tu vigilancia y no lograste despistar a algún pájaro que tal vez te seguía. De ser así, quizá vea satisfecho mis deseos de entrar en acción y salgamos de esta inactividad que resulta aburrida.

-Eso me parece estupendo-dijo Dip-. Pero he de advertirte que si alguien me siguió, lo despisté. No pienses en eso. Escucha,

Chispa, no entiendo aún la clase de trabajo que he estado haciendo. Estamos sentados aquí esta noche -Martín está en la parte alta de la ciudad-cuando de pronto llaman por teléfono, y sin saber lo que sucede, me encuentro esperando que un pájaro llamado Harry Vincent, salga de un viejo caserón...

-¡No hables de eso, Dip¡ En caso necesario, conocerías a ese Vincent, ¿no es verdad?

-Lo reconocería a una milla de distancia.

-Magnífico. Bien, no le pierdas de vista. Síguelo, pero no te acerques demasiado, no sea que sospeche algo. Vigílale durante la noche del jueves. No queremos que vaya a husmear esa noche. Procura apartarlo de allí.

-Déjalo de mi cuenta, Chispa.

-Perfectamente. Recuerda que tienes una jeta peculiar y que has de procurar no exhibirla demasiado. El jueves por la noche me acompañará Martín. Cuídate de tu cometido. Eso es todo.

-¿Martín? Creía que ibas a prescindir de sus servicios.

-Así es. Pero no antes del jueves. Espera hasta entonces y luego puedes buscar otro compinche. Diré a Martín que se largue de Nueva York, que está muy comprometido y que lo buscan.

-¿Lanza es de confianza?

-Seguramente. También trabajará con nosotros. Quiero asegurarme el jueves. No puedo descuidarme, no puedo dejar nada al azar. No hables a nadie de esto.

Dip sonrió. Observó a su compinche cuando se levantaba del sillón y se aproximaba a la ventana. La inspección resultó satisfactoria esta vez. Ambas ventanas estaban cerradas.

Dip se incorporó y se estiró. Miró un instante a Chispa y, luego, al ver que no le daba instrucciones, anunció bruscamente que se marchaba.

Dijo:

-Ya sabes dónde puedes encontrarme, Chispa. Déjalo de mi cuenta. Este Vincent será un juego de niños para mí, si inicia alguna cosa.

Dip se dirigía al vestíbulo mientras hablaba. Miraba hacia atrás por encima del hombro. Fue al colgador donde pendían su sombrero y abrigo y por este motivo, no observó que la puerta estaba cerrándose, lo cual le habría sorprendido sobremanera, pues fue cerrada antes desde dentro por él mismo Dip.

Pero el pistolero de rostro lobuno no vió moverse la puerta ni tampoco a Chispa que se había quedado en el cuarto.

Una vez se hubo puesto el sombrero y el abrigo, abrió la puerta. Chispa Donegan estaba a su lado ahora. Dip, al salir, le cuchicheó:

-Déjalo de mi cuenta, Chispa. Ya me cuidaré de...

-¡Chitón¡-avisó su compinche-. No hables.

EL gangster observó a Dip cuando descendía por el pasillo y cuando lo vió torcer para entrar en la escalera, cerró la puerta. Luego volvió al piso, con una sonrisa de satisfacción.

El se encontraba allí; Dip se dirigía a la calle. Todo estaba dispuesto para la noche del jueves.

Pero él no podía ver lo que sucedía al otro lado de la puerta cerrada, en el silencio del oscurecido pasillo, ni tampoco Dip Riker que en aquel momento llegaba al segundo piso.

En la oscuridad del pasillo, delante de la puerta del piso de Chispa Donegan, brotó una risa trémula y melancólica; una risa burlona y apenas perceptible, que, sin embargo, despertaba unos ecos cuchicheados en la oscuridad.

EL hombre que reía era invisible. No era más que una sombra invisible cuando se dirigía a la escalera, siguiendo el mismo camino que siguiera Dip Riker.

El sonido de la risa misteriosa continuó en una especie de eco que descendía el piso inferior. No había nadie cerca para oír aquella risa extraña y sobrenatural, ni tampoco para buscar al misterioso personaje que la emitía.

!Era La Sombra quien reía! !La Sombra, el rey de la oscuridad y terror de las hordas del crimen!

Su risa constituía un mal augurio para los gansters que acababan de discutir sus asuntos particulares en una entrevista privada.

Los temores de Chispa Donegan de que alguien escuchaba, fueron motivados por un ser viviente. El gangster habló solamente cuando creyó que no había nadie cerca para escuchar sus palabras.

Pero La Sombra le oyó.

¡La Sombra se enteró de los planea siniestros!

CAPÍTULO V
UN MENSAJE FANTÁSTICO

Un anciano barbudo y de hombros encorvados avanzó con paso lento y vacilante por el pasillo de un edificio dedicado exclusivamente a despachos.

Su encanecida barba y blanca y flotante cabellera dábale un aspecto patriarcal. Podría haber sido un buscador de minas, de regreso de una expedición infructuosa.

Apoyóse pesadamente en un bastón y parecía andar con grandes dificultades. No obstante, tenia unos ojos agudos y penetrantes y un aspecto juvenil raro en un hombre de su edad.

La gente que circulaba por los pasillos del edificio sonrió al verle entrar.

El muchacho del ascensor se rió cuando el anciano le preguntó con voz cascada si aquél era, en verdad, el piso 18, y le señaló cortésmente el camino de la oficina que buscaba.

El vejete llegó a una puerta y examinó con curiosidad el nombre que ostentaba. Era evidente que tenia dificultad en leer la inscripción.

Un mensajero que subía corriendo por el pasillo se detuvo a ayudarle.

Apoyándose en su bastón, el anciano señaló con la mano libre:

-¿Es ésta la oficina de Carlos Blefken? -inquirió en tono trémulo.

-Esta es-sonrió el mensajero-. ¿Desea entrar?

-Si que quiero entrar-afirmó el vejete-. Este es el lugar adónde me dijo mi hijastro que viniese. Esta ciudad es muy grande, pero apuesto a que no hay muchos abogados con un nombre como el de Blefken. Me parece que es él a quien deseo ver.

EL botones abrió la puerta y el pintoresco anciano entró con paso vacilante en la oficina del Blefken.

Había tres o cuatro taquígrafas trabajando; tres hombres y una señora sentados aguardaban su turno. Media docena de despachos particulares formaban la pared lejana, y todos ellos ostentaban los nombres de diferentes abogados.

El viejo empezó a examinar puerta por puerta, buscando el nombre de Blefken.

Una de las taquígrafas se la acercó y preguntó:

-¿A quién desea usted ver?

-Al abogado-respondió el vejete.

-¿Cuál abogado?

-Carlos Blefken.

-¿Está usted citado con él?

El anciano puso cara de perplejidad. Las otras taquígrafas y las personas que esperaban reprimieron una risa.

La taquígrafa dijo:-No me entiende. Quiero decir: ¿el señor Blefken le ha dado una hora para verle?

-Él me verá; ya lo creo-replicó el anciano-. Dígale no más que el padrastro de Juanito Rotingue desea verle. Él conoce a Juanito. Fueron compañeros en el ejército.

-Haga el favor de sentarse-indicó la joven.

El vejete dirigió una mirada triunfal por la fila de clientes que esperaban.

Parecía orgulloso de lo que acababa de decir. Masculló algo entre dientes y miró con aire de reto hacia la puerta por donde la muchacha taquígrafa entrara.

La joven reapareció un momento después, con un aire de sorpresa en su cara. Acercándose al patriarca, dijo:

-Puede usted pasar. El señor Blefken le recibirá enseguida.

En la faz del vejete se dibujó una expresión de triunfo al levantarse y avanzar penosamente hacia la puerta del despacho particular. Volvió la cabeza y su barba osciló al mirar a los otros clientes.

La taquígrafa giró el pomo de la puerta y el padrastro de Juanito Potingue, penetró en los dominios particulares de Carlos Blefken, el eminente abogado.

Un hombre de rostro firme hallábase sentado a una mesa, dictando una carta a una taquígrafa. Carlos Blefken parecía tener unos cincuenta años.

Era un hombre de personalidad dinámica y alta reputación. No se ocupó del visitante hasta que hubo terminado las últimas líneas de la carta.

-Nada más por ahora, señorita Smith-dijo-. La llamaré después.

La joven sonrió al observar al vejete, con su barba flotante y cabellera ondulada, se lo imaginó como un moderno Búfalo Bill, especialmente por el sombrero de alas anchas que no se había quitado de la cabeza.

La joven salió, cerrando la puerta tras sí.

El abogado cerró inmediatamente con llave la puerta, y se dirigió hacia su visitante cuando volvía a su mesa.

-No nos molestará nadie-murmuró en voz baja.

La blanca barba y espesa cabellera desaparecieron de la cabeza del anciano, y también el pintoresco chambergo. Mirando con fijeza al abogado estaba el rostro moreno de Jorge Cardona, as de los detectives de la policía de Nueva York.

Cardona sonreía ampliamente y Blefken hacia lo propio.

-Me alegro de poder quitarme estos cazamoscas-observó el famoso detective, a media voz-. Este disfraz de padre Noel es muy molesto.

-Cuando usted se disfraza, Cardona-dijo Blefken-, ciertamente lo hace de una manera maravillosa.

El detective se encogió de hombros.

-Por regla general, es una tontería-repuso-. Pero pienso: no me importa que sospechen o no de mí. Eso es inevitable. No obstante, es seguro que nadie puede imaginarse quién soy, disfrazado con este par de pelucas. También se me ocurrió que era posible que al venir aquí encontrase gente que no debía conocerme. Por eso me disfracé eficazmente.

-Me alegro, Cardona. Tal vez sea una tontería mía, pero estoy preocupado y quiero desahogarme comunicándole lo que me sucede. Tome un habano-ofreció una caja -, y escuche lo que tengo que decirle.

El detective encendió el puro y se reclinó con aire de satisfacción, con las barbas descansando encima de sus rodillas.

-Hemos trabajado juntos en otras ocasiones-continuó Blefken-. Usted conoce qué opinión tengo de usted. No es usted solamente el mejor detective de Nueva York, sino que es el único en su especialidad. Bucea usted en el futuro, y siempre se anticipa y lo prevé todo.

"Cuando atrapó al individuo que molestaba a la compañía Kingaley, me dijo que si alguna vez lo necesitaba particularmente, podía ponerme en contacto con usted de una manera: Llamando a la imprenta Havard y encargando una partida de membretes de la clase triple A.

"Recordé esto y telefoneé ayer dando el pedido. Ha venido usted y por la mañana, temprano, además.

Interrumpió el detective:

-Me encontraba fuera de Nueva York. De lo contrario, habría venido a verlo ayer tarde, Espero que la demora no ha...

-No me ha perjudicado. Voy a decirle por qué le he llamado. Ayer, a mediodía, recibí una carta, escrita por un hombre en su sano juicio, en la que me advierte de un peligro misterioso que amenaza, y no sólo amenaza sino que descarga sobre mí y otras personas, tan de cerca que casi forma una red.

Tras una pausa prosiguió:

-Ayer, a mediodía, vino un joven a mi oficina y pidió verme. Manifestó que era un chófer-lo cual resultó ser verdad, según pude averiguar,-el cual iba a querellarse contra un cliente mío.

Su historia parecía tan convincente, que la señorita secretaria de la oficina se alarmó.

José Cardona sonrió. Recordó el modo indiferente con que le recibiera la joven. Se imaginó que el chófer seria un individuo muy persuasivo y elocuente.

Blefken continuó:

-Cuando el hombre entró aquí, se negó a dar su nombre. Confesó que su historia era un pretexto. Su verdadero propósito era entregarme personalmente una carta; y me advirtió que no debía comunicárselo a nadie.

-¿Qué decía la carta?

-A eso voy. El chófer manifestó que se la dio un hombre en la oscuridad, un individuo que se le acercó y parecía estar muy nervioso.

"El desconocido le dijo que me entregase la carta antes de la noche siguiente; y, en pago, le dio un billete de cien dólares. Me enseñó el billete y dijo que deseaba cambiarlo.

Cardona rió; sospechaba una broma o una estafa.

-No, José-dijo Blefken, con una leve sonrisa-. No era un billete falso. Lo mandé cambiar y advertí a la muchacha que lo llevase a cierto cajero de mi banco. No dije ni una palabra de dónde había adquirido el billete. Mas conozco perfectamente a ese cajero; si él lo admitía, era legítimo. El billete pasó y la secretaria me trajo el cambio.

Miró a Cardona y prosiguió:

-Entre tanto el chófer intentaba convencerme de que él estaba obrando lealmente. Declaró que el sujeto que le entregó la carta subió a su taxi para suplicarle que le prestase ese servicio. El desconocido manifestó que era importante que dicho mensaje llegase a mis manos; que tenia miedo de mandarla por correo; que varias vidas dependían de dicha carta; que confiaba que el chófer me la entregaría. El mismo sugirió la historia que contaba el chófer y éste, ciertamente, cumplió al pie de la letra las instrucciones.

"El resultado es que he recibido la carta y estoy seguro de que nadie sabe que la tengo en mi poder, excepto usted. Es decir, nadie a excepción del portador y del remitente, aunque dudo de que éste haya visto al chófer desde entonces.

-¿Describió el chófer al individuo que le dio la carta?-preguntó Cardona.

-No. Simplemente declaró que estaba nervioso y parecía suplicar seriamente. No quiso decir dónde ocurrió el encuentro. Seguía fielmente las instrucciones que le dieron.

-Debería usted haberlo retenido aquí.

-En efecto. Pero sentía ansiedad por conocer el contenido de la carta y el hombre parecía veraz en su historia. Le dejé marchar y luego leí la carta. Aquí está.

Introduciendo la mano en un bolsillo, el abogado extrajo una hoja arrugada de papel azul y un sobre abierto, los cuales entregó al detective.

Este miró primero el sobre, luego la carta. Fue escrita precipitadamente y algunas de las palabras eran casi ininteligibles. Examinó después y lanzó una exclamación de asombro.

-De…

-¡Chitón!-avisó Blefken, alarmado del tono fuerte que empleaba el detective.

-!De Jerry Middleton¡-cuchicheó Cardona.

El abogado asintió con la cabeza.

-¿Está seguro de que es su escritura?

El abogado tornó a asentir. Dijo:

-Casualmente recibí en una ocasión una carta de Middleton, relacionada con un pleito y consulté el archivo. No creo que nadie más que yo recuerde esa carta que tengo en mi archivo.

Tras una pausa añadió:

-La firma es genuina. Y lo que es más, lleva la firma de Gerardo Middleton, aunque habitualmente se le llame Jerry Middleton. Tanto es así, que tuve una sorpresa al ver la firma de esta forma y me apresuré a confrontarla con la otra carta.

-¿Conoce usted a Middleton?

-No, aunque tal vez lo haya visto.

-Eso explica la firma.

Reinó un silencio mientras Cardona leía la misiva. Olvidando que Blefken lo había leído ya, leyó el mensaje en voz baja, apenas perceptible:

“Querido señor Blefken:

Se sorprenderá usted al recibir esta carta mía. Tómela en serio y no se lo comunique a nadie. Existe un grave peligro. No puedo decirle dónde. Lo sé y lo ignoro. Debo verle a usted, pero tengo miedo; no por mí, pues ya he pasado ese periodo de mortal aprensión, sino por usted. He procurado avisar a otros. Mis avisos significa la muerte. En consecuencia, le suplico que guarde

el secreto de esto. Temo escribir lo que deseo comunicarle, porque usted no me creería. Iré a su casa mañana por la noche. Esté allí, a menos que vea usted peligro. En ese caso, auséntese. Lo dejo a su criterio.

Gerardo Middleton."

-¿Qué opina usted de esto, Cardona?-inquirió Blefken.

-Es una carta extraña-respondió el detective, pensativo-. Es extraño en un hombre como Middleton. Es un hombre de buena posición, culto y un gran viajero. Creí que había regresado a Nueva York. ¿Lo ha averiguado usted?

-No-repuso el abogado-. Tomé en serio la carta. Dejo a usted el trabajo de realizar la investigación.

Cardona asintió con un movimiento afirmativo. Seguía estudiando la carta.

Al fin meneó la cabeza, desconcertado.

-¿Qué hay?-preguntó el abogado.

-Mala ortografía-comentó el detective-. Escribe "sorprenderá" sin "d". También escribe "serio" con "c".

-Ya lo observé-declaró Blefken-. Pero la carta parece estar escrita por un hombre inteligente, cuyo cerebro funcionaba con mayor rapidez que la pluma. Una escritura semejante es indicio de cultura. Un falsificador ignorante habría tenido mayor cuidado. Fíjese cómo cambian las frases. El individuo que la redactó no escribió todos sus pensamientos. Sugiere muchas cosas.

-Eso me parece lógico-reconoció Cardona-. Quizá ese hombre sufría una grave tensión nerviosa...

-Sin duda.

-O bien...

-¿Qué?

-Es un morfinómano o toma alguna otra droga.

-No es fácil. La carta no es tan extraña para deducir eso.

-No me comprende-repuso Cardona-. He conocido a muchos morfinómanos y cocainómanos. Cuando se encuentran bajo la influencia de la droga, están nerviosos, son volubles y se irritan con suma facilidad. Apuesto a que éste es un cocainómano.

Las palabras del detective fueron pronunciadas en un tono tan enfático que Blefken asintió con la cabeza.

-Bien-continuó Cardona-. Si realmente es cierto lo que manifiesta, podemos averiguar mucho de él.

-¿Cómo? ¿Buscando al chófer?-preguntó Blefken.

-No. Esperándole en casa de usted esta noche.

-¿Cree que comparecerá?

-Podemos verlo.

-Hum-observó Blefken, pensativo-. Hoy es jueves. No tengo mucho trabajo esta noche. Esperaba jugar una partida de bridge con tres amigos. Un bridge serio. ¿Podría usted hacernos compañía?

-Ciertamente. Mas, ¿en qué carácter?

-No en el de padre Noel-sonrió Blefken, aludiendo a las barbas-. No sería prudente que se dejara ver, disfrazado o no. Venga temprano y le buscaré un lugar donde no le vean.

Objetó Cardona:

-Este Middleton no se presentará, si hay mucha gente en la casa. No me lo imagino entrando por la puerta principal.

-¿Por qué no? No dice nada de una entrevista secreta.

-En efecto. Pero podemos dar por supuesto que espera encontrarle a usted solo.

-Ya arreglaré eso. Ha estado usted en mi casa y, como recordará, hay bastantes habitaciones en el primer piso. Una de ellas será la sala de juego. Yo estaré allí con mis amigos. Ordenaré a mi criado que haga pasar a Middleton al salón. Este aposento está al otro lado del vestíbulo. Allí estará usted para escuchar las manifestaciones de Middleton.

-Perfectamente. Lo probaremos.

Cardona volvió a examinar la escritura de la carta una vez más y luego, sin pronunciar una palabra, se la devolvió al abogado. Acto seguido se puso el disfraz de las barbas y la cabellera. A los pocos segundos, volvía a presentar el aspecto de un anciano minero.

Carlos Blefken abrió la puerta de la oficina y estrechó cordialmente la mano de su visitante cuando éste, ya disfrazado, se apoyó en su bastón.

-Buenos días, señor -saludó Blefken, parara que lo escuchasen todos los clientes que esperaban-. Buenos días y dé muchos recuerdos a Juanito. Es un gran muchacho. Pase a verme cuando guste y dígale al rapaz que haga lo mismo.

Cardona dirigió una sonrisa a la taquígrafa y echó andar penosamente, representando aun el papel del anciano.

Sin embargo, debajo de aquella peluca que cubría su cabeza, profundos pensamientos embargaban la mente del famoso detective. Seguía pensando en el fantástico mensaje que Carlos Blefken recibiera de Jerry Middleton.

-Esta noche -musitó mientras esperaba el ascensor-. ¡Esta noche! Y si no me equivoco, Middleton comparecerá. Ese mensaje está cargado de dinamita.

CAPÍTULO VI
DIP RIKER SUFRE UN CONTRATIEMPO

Dip Riker tenia una desgracia: su rostro. De no ser por sus facciones siniestras, de aire lobuno, hubiera podido ser el jefe y no el subordinado de Chispa Donegan.

Pero Dip, donde quiera que iba, era un hombre marcado. Por esta razón, procedía con cautela cuando tenia que realizar alguna misión especial.

Esa noche, jueves, debía cumplir un cometido concreto. Debía vigilar y seguir la pista del visitante de Clinton Glendenning.

No tenía que perder de vista, a Harry Vincent.

Chispa Donegan le asignó dicho cometido porque sabía que estaba capacitado para ejecutarlo. Mas Dip temía hacerse demasiado visible en el vestíbulo del hotel Metrolito, donde Vincent pasaba la mayor parte de sus ratos libres.

Eran más de las seis cuando Dip, juzgando que había llegado el momento crítico, decidió que sería más acertado vigilar más de cerca a Vincent. Había observado, al mirar por la giratoria, que Vincent estaba medio dormido.

Entró, se dirigió al quiosco, compró un periódico y se sentó, ocultando el rostro tras las páginas abiertas del diario, procurando vigilar con disimulo a Vincent.

El presentimiento del pistolero se realizó. Unos diez minutos después de su llegada, un botones empezó a vocear el nombre del señor Vincent.

El joven levantó la cabeza y llamó al muchacho. Este señaló entonces hacia el teléfono del vestíbulo.

Al parecer el teléfono no funcionaba satisfactoriamente y le oían con dificultad. Dip Riker escuchaba atento.

-Sí-dijo Vincent-. Estaré allí... ¿a las siete? Seguramente... sí... puedo esperar hasta la media... ¿A cenar contigo aquí?... Perfectamente. Quiero salir después de las ocho... No, no puedo ir al teatro esta noche... Lo siento... voy a salir... Escucha. No, no antes de las ocho... Estupendo... Entre siete y siete y media...

Harry Vincent colgó el auricular y se quejó al empleado de la oficina. Luego pidió la llave de su habitación, advirtiendo que estaría en su cuarto hasta que alguien viniere a verle. Después bajaría al comedor.

Dip Riker salió del vestíbulo. Ya había tomado una decisión. Era inútil permanecer allí hasta las ocho; esto le daba tiempo para dar una vuelta y pasar un rato en el bar de Frankie. La noche estaba húmeda y decidió que una copa le sentaría bien.

Subiendo por Broadway, empleó su acostumbrado sistema de despistar a un posible perseguidor. Se detuvo en un cruce, como si tuviese el propósito de pasar al otro lado de la calle. Pero vigilaba alerta, dispuesto a oponer un obstáculo a quien le siguiese.

En el momento en que las señales indicaron que podía cruzarse, pasó con rapidez al otro lado. Una masa de automóviles se puso en marcha, cerrando el paso.

Treinta metros más adelante, torció y, penetró bajo una arcada y regresó a la esquina donde antes cruzara. Llegó cuando el tráfico se detenía y cruzó al otro lado. Luego se dirigió hacia Broadway, como era su plan primitivo.

Más allá de la arcada por donde Dip entrara, un individuo corpulento lanzó un gruñido de despecho. Había estado siguiendo al astuto gangster que lo burló.

Aunque había perdido la pista, el corpulento perseguidor estaba evidentemente informado de las costumbres de Dip, pues sin pérdida de tiempo dirigióse presuroso hacia el bar de Frankie.

Vió, al entrar, que no se había equivocado; aunque perdió la pista a corta distancia del hotel Metrolito, volvió a encontrarla en el bar.

Observó que el pistolero estaba de pie en el extremo del mostrador y, sin vacilar, se le acercó y le rozó el brazo.

Dip le dirigió una mirada de enojo.

El recién llegado sonrió:

-Oye, tú eres Dip Riker, ¿no es verdad?

-Sí-gruñó el gangster-. ¿Qué pasa?

El recién llegado le cuchicheó al oído:

-He estado buscándote. Acabo de llegar de Chicago. Topé con Pete Boutonne en Búfalo. Me dijo que te viese.

-¿Sí? ¿Para qué?

-Pete me dijo que no te gustan los novatos que corren por Nueva York, que te gustan los veteranos. También me dijo que le diste un empleo porque no estaba mezclado con ninguna pandilla, que

tuvo que largarse de Nueva York y le dejaste marchar. Pensó que hacía un favor mandándome a verte.

Dip Riker escuchaba con interés. Recordó que Chispa Donegan abrigaba la intención de prescindir de Martín; y cuando ocurriese eso, tendría que recurrir a los servicios de otro pistolero.

No había pensado en el substituto y era oportuna la llegada de un veterano de Chicago, recomendado por uno de los más fieles secuaces de Donegan.

Preguntó:

-¿Cómo te llamas?

-Cliff Marsland-fue la respuesta,

Los ojos de Dip se dilataron. ¡Cliff Marsland! Había oído hablar de él y era de los buenos. Cliff Marsland era conocido por su audacia y tiro certero y había pasado una temporada en un retiro llamado Sing Sing.

Una vez en libertad, participó en algunos golpes sensacionales en Nueva York y luego desapareció. Corrían rumores de que el clima le resultaba peligroso.

Dip quería asegurarse. Dijo:

-He oído hablar de ti. ¿Por qué te esfumaste?

Marsland rió:

-No fueron las pandillas lo que me preocupó. Me mezclé con algunas, pero las más destacadas fueron disueltas. La policía tuvo la culpa de que me largase. Buscaban a todos los que hubiesen estado en Sing Sing. Un par de compañeros cumplieron condena allí y me figuré que me detendrían con ellos. En consecuencia me marché a Chicago. Ahora he vuelto. Fue una falsa alarma. Podría entrar mañana mismo en Jefatura y nadie me molestaría.

Las palabras de Marsland parecían sinceras y, además, explicaban el misterio de su desaparición de Nueva York.

En los bajos fondos se habían preguntado muchas veces adónde se habría marchado Cliff, pues desapareció de una manera súbita y sorprendente.

¡De manera que había estado en Chicago! Esto aclaraba el enigma.

Dip Riker estaba seguro de que la historia de Cliff Marsland era verídica, sin embargo se equivocaba. Ni Dip ni ningún otro gangster conocían la verdad.

Nadie ni siquiera sospechaba que era un agente de La Sombra, que no se trataba de un asesino profesional.

Cliff Marsland estaba casado con la hija de un empresario de teatro. Su esposa y su suegro se encontraban en Europa y durante su ausencia volvió al servicio del famoso personaje conocido por el nombre de La Sombra.

Era cierto que cumplió una condena en el presidio de Sing-Sing, pero no era menos cierto que no cometió el crimen por el cual se le condenó.

Era esto un secreto que solamente él y La Sombra conocían.

-¿Te gusta este establecimiento?-preguntó Dip, deseando trabar amistad con el famoso Marsland.

-Ni pizca-gruñó éste-. No puede compararse con los de Chicago. Puedo enseñarte otro mejor, aquí en Nueva York.

-¿Dónde?

Cliff mencionó el nombre del establecimiento y las señas.

Dip reflexionó. El lugar mencionado estaba más cerca del hotel Metrolito que el bar de Frankie. Se le ocurrió que sería un lugar más conveniente.

Dip asintió. Los dos hombres salieron del establecimiento. No eran aún las seis y media y Dip decidió pasar media hora con su compañero, con el objeto de sondearle.

Cliff Marsland le condujo a una puerta oscura de una travesía de la sexta Avenida. No era necesaria ninguna ceremonia para entrar. Cliff simplemente abrió la puerta y entraron. Era un establecimiento más grande que el de Frankie.

Había varias mesas en un rincón y los dos se instalaron en una de ellas.

Un camarero les trajo unas bebidas y unos emparedados. Dip apuró de un trago el contenido de su vaso.

-Buen sitio, ¿eh? -interrogó Marsland-. Mira esas botellas importadas que hay en los estantes.

Dip miró atrás. Cuando terminó su rápida inspección, se volvió de nuevo hacia su compañero, quien en ese momento depositaba en la mesa un vaso... vacío. Dip no le vió tirar la bebida a la pared.

Inicióse la conversación y los dos hombree hablaron brevemente.

Dip Riker le tomó simpatía a su compañero. El gangster era hombre cauteloso y reservado y rara vez comunicaba lo que sabía y Marsland parecía poseer el mismo carácter. La diferencia entre los dos hombres consistía en su aspecto.

Marsland era un individuo de facciones bien modeladas; su rostro indicaba un hombre dotado de fuerza y energía; no tenía las características del gangster vulgar.

Sirvieron otro vaso y Cliff Marsland aprovechó la ocasión de que su compañero miraba el reloj, para arrojar otra vez el contenido de su vaso.

Ya eran cerca de las ocho menos cuarto.

Dip Riker se movió en su silla.

-Tengo que marcharme –dijo-. No piensas salir de Nueva York por ahora ¿no es verdad?

-No. No, si encuentro algún trabajo que valga la pena -informó Marsland.

-¿Dónde puedo encontrarte?

-¿Qué te parece en el bar de Frankie?

-Perfectamente. Escucha: te veré allí mañana. Déjate caer a eso de las seis. No te aseguro ofrecerte algún trabajito, por ahora, a lo menos, pero podemos hablar. Tengo que ver a otro muchacho. Quizá Pete te habló al respecto.

Marsland asintió con la cabeza.

-Sí. Eso mismo me dijo. Pete es un gran muchacho. Cuando te dejó, cambió de vida. Ahora tiene una granja en Búfalo.

Esta información impresionó favorablemente a Dip, pues no había oído hablar de Pete desde hacía algún tiempo. Ignoraba que el paradero de éste era conocido de algunos de sus antiguos amigos de Nueva York y que Cliff Marsland lo sabia por mediación de La Sombra.

-Mañana por la tarde, entonces -recordó Dip.

-O. K. Toma otra copa antes de marchar -invitó su compañero.

El gangster se acercó al mostrador para aceptar la invitación. El hombre de Chicago pagó las copas y el gangster apuró de un trago el contenido de la suya. Cliff Marsland depositó la suya en el mostrador cuando el dependiente le dio el cambio.

-¿Qué es esto? -protestó el de Chicago-. Quieres timarme con el cambio ¿eh?

El dependiente proyectó su mandíbula en señal de reto.

-¿Qué bromita es esta? –repuso-. ¡No soy ningún idiota!

-¡Mira esto, Dip! -exclamó Cliff Marsland, volviéndose hacia su compañero y enseñando el dinero-. Quiere estafarme medio dólar. ¿Qué te parece? Me toma por tonto.

El altercado llamó la atención de los otros hombres que había en la sala; cuatro individuos robustos que estaban sentados a una mesa.

Uno de ellos avanzó.

Dip ignoraba que este hombre era el dueño del establecimiento y que los otros tres eran sus amigos.

Cliff lo sabía y observó que su compañero se resentía de la intervención. En consecuencia se volvió hacia el dependiente, dejando que el propietario se las entendiese con Dip.

Se cambiaron unas palabras acaloradas. El dueño asió el hombro de Cliff, quien se volvió y lo echó de un empujón a un lado; luego se dirigió hacia el dependiente que empuñaba una botella.

-¿Quieres darme un botellazo, eh? -le preguntó.

Acto seguido se lanzó sobre el mostrador.

Dip vió que el dependiente echaba atrás el brazo con que empuñaba la botella y pensó que su compañero intentaba arrebatársela; no comprendió que era en realidad el agresor.

El propietario fue a contener al hombre de Chicago y Dip volvió a interpretar mal la acción.

Ignoraba que el dueño intervenía con el propósito de evitar una pelea.

Y entonces, con rapidez, asestó un fuerte puñetazo en la mandíbula del dueño, que se desplomó al suelo.

Entre tanto, Cliff Marsland forcejeaba con el dependiente, consiguiendo arrebatarle la botella.

Dip fue a sacar una pistola pero no llegó a hacerlo. Los tres hombres de la mesa se precipitaron sobre él y lo abatieron a puñetazos. Un objeto duro le asestó un golpe en la cabeza y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, yacía en un banco de un cuarto trasero. El hombre de Chicago se inclinó sobre él y, a su lado, reconoció las facciones del propietario.

Cliff Marsland explicó la situación.

-Este hombre es el dueño del establecimiento. No deberías haberle golpeado. Yo hice mal en agredir al dependiente, pero me irritó al verle empuñando la botella. Una vez que se la arrebaté, la pelea terminó. Pero los muchachos tuvieron que asaltarte, pues de lo contrario quizá hubiese intervenido la policía. No quieren prácticas de tiro en el establecimiento.

-El incidente ha terminado -se excusó el propietario-. Yo no tenia la intención de causar ningún daño a su amigo. Cliff me conoce.

Dip Riker se enderezó en el banco y se frotó la nuca. Volvió a desplomarse, varias veces. Finalmente el gangster se quedó

dormitando. Poco después abrió los ojos de nuevo. Entonces empezó a comprender lo sucedido y estrechó la mano del propietario y se reclinó en la pared.

-¿Qué hora es? -preguntó.

El dueño del establecimiento consultó un reloj:- Cerca de las nueve.

El gangster profirió un juramento y exclamó:

-¡Tengo que marcharme¡ ¡No¡ -reflexionó, moviendo la cabeza estúpidamente-, es demasiado tarde. ¿Hay un teléfono en este tugurio?

El propietario apuntó hacia otra habitación.

Dip se incorporó y dirigióse tambaleándose en aquella dirección. Estaba aún demasiado aturdido para pensar en cerrar la puerta tras sí. No se dio cuenta de que Cliff podía oír la conversación.

Giró un número y recibió una respuesta inmediata.

-Hola, Chispa –dijo-. Escucha. Es demasiado tarde para atrapar a aquel pájaro,... Si, soy Dip. Me dejaron desvanecido, Chispa. Todavía estoy aturdido.

Hubo una pausa, durante la cual Dip evidentemente escuchó palabras de condenación del otro extremo del alambre.

-Tú sabes adónde va -protestó el gangster-. ¿Por qué no vas tú y lo atrapas?... Tú tienes que quedarte donde estás. Te llamarán antes de darle el pasaporte ¿eh?

Colgó el receptor y con paso vacilante salió del cuarto y tomó nuevamente asiento en el banco.

Cliff Marsland ya no estaba allí; entró el bar al terminar la conferencia.

Pensaba en la presente situación. Su misión consistía en vigilar a Dip Riker, a fin de que Vincent pudiese actuar sin que le molestasen. Otro enemigo, Chispa Donegan, estaba vigilado por La Sombra.

Mas por la conversación del gangster, adivinó que Chispa estaba inactivo aquella noche y que el peligro que se cernía sobre Harry Vincent consistía en dos pistoleros desconocidos, los dos sicarios llamados Martín y Lanza.

No había tiempo que perder. Tenia que anular a Dip Riker y avisar a La Sombra, con el objeto de salvar a Vincent. Comprendía que el aviso debía ser especifico. Era preciso averiguar dónde se encontraban los dos pistoleros. Un hombre podía decirlo: Dip Riker.

Se acercó al dependiente que ahora sonreía amistosamente.

-Ese amigo mío -le dijo-, está algo aturdido todavía. Mézclele una bebida fuerte.

Mientras el dependiente preparaba la poción, sacó una cajita de un bolsillo, la abrió y extrajo un par de píldoras.

Tomando el vaso de manos del dependiente, entró en el cuarto donde Dip permanecía sentado. Por el camino echó las dos píldoras en el vaso.

Eran unas píldoras que había traído para el caso de que no hubiera otro modo de maniobrar a Dip Riker.

Cuatro de aquellas píldoras provocaban el sueño; dos, producían una especie de vértigo. Abrigaba la intención de hacer hablar al gangster, sin que él sospechara nada.

-Bebe esto -invitó.

El gangster bebió con ansiedad el líquido. Se despejó pronto, mas pronto empezó a frotarse la frente.

-Me siento mal otra vez -se quejó-. Espera a que me tienda en este banco. Me parece que la cabeza se me abre...

Se tendió, con las dos manos en la frente. Parecía haber perdido le noción del lugar donde se encontraba.

Cliff se inclinó y habló en tono convincente:

-Escucha, Dip. Un individuo llamado Chispa te llama por teléfono. Dice que tiene que hablarte enseguida.

El gangster intentó levantarse, mas se desplomó en el banco.

-Háblale tú –dijo-. Dile que estoy indispuesto...

Cliff fue al cuarto del teléfono y al poco rato volvió.

-Quiere que vayas a reunirte con Martín y Lanza –dijo-. Dice que vayas inmediatamente.

-No puedo ir -replicó Dip, débilmente-. Te digo que no puedo ir... no puedo salir de aquí...

-Te meteré en un taxi -ofreció Marsland-. El aire te despejará. Dime dónde está ese lugar y le daré las señas al chófer.

-¿El lugar donde está Martín? En la parte alta de la ciudad. Cerca de...

El estupor venció al gangster. Sus palabras se convirtieron en un murmullo inarticulado.

Cliff Marsland le sacudió vigorosamente por los hombros. ¡Aquél hombre tenia que hablar! ¡La vida de Harry Vincent dependía de ello! No había tiempo que perder. ¡Dip Riker tenía que terminar la frase!

Sus esfuerzos fueron inútiles. El gangster perdió el conocimiento. !Las píldoras obraron con demasiada eficacia!

Pensó en planes fantásticos. ¿Llamaría a Chispa Donegan, simulando que era Dip Riker? Conocía el número del teléfono; sin embargo, comprendió que el plan era inútil y peligroso.

Harry Vincent se dirigía a una muerte cierta, sin conocer el peligro que le amenazaba. ¿Cómo podía salvarle?

Transcurrieron unos minutos preciosos. Se dio cuenta, por vez primera, que no había informado a La Sombra. Era lo menos que podía hacer para salvar a Vincent, aunque La Sombra, ignorando dónde estaban Martín y Lanza, tropezaría con el mismo inconveniente. Dirigiéndose con rapidez hacia el otro cuarto, descolgó el auricular y marcó un número.

Sonó una voz a través del alambre.

-Mi informe -anunció Cliff, en voz baja.

-Burbank al habla -fue la respuesta.

Burbank era el agente de enlace de La Sombra, y rara vez abandonaba su puesto.

En palabras breves, Cliff informó. Su voz tenía un tono de desesperación, pues sabia que aunque Burbank retransmitiese el mensaje, seria en vano, a menos-leve esperanza -que La Sombra supiese el paradero de Martín y de Lanza. Y esto era imposible.

La voz de Burbank sonó tranquilizadora, pero el joven agente abandonó toda esperanza cuando el otro colgó el aparato.

Vincent iba a caer en una emboscada y comunicarían la captura a Chispa Donegan, quien dictaría la sentencia de muerte. Antes de que La Sombra pudiese intervenir, Vincent habría sido asesinado.

Todo ello porque, Cliff, sobrecargó la bebida de Dip Riker, ¡Si hubiese usado una sola píldora en lugar de dos! Era demasiado tarde para rectificar.

Volvió presuroso al otro cuarto y encontró que el gangster no había vuelto en sí todavía. Intentó en vano espabilarlo. La dosis fue demasiado enérgica.

Conociendo la potencia de aquellas píldoras, gimió. El gangster no recobraría el sentido antes de una hora.

Un sentimiento de culpabilidad y remordimiento se apoderó de Cliff Marsland. Había fracasado en su misión.

¡Vincent iba camino de la muerte! ¿Dónde estaba La Sombra?

CAPÍTULO VII
MARGARITA VISITA A UN AMIGO

El reloj de la repisa de la chimenea de Clinton Glendenning tocó las nueve.

El anciano que dormitaba en su sillón, abrió loe ojos y vió a Larkin de pie delante de él.

-¿Qué sucede, Larkin? -gruñó.

-Recordará usted, señor -respondió el secretario-, que yo iba a salir esta noche. Dijo usted que podía hacerlo a las nueve.

-Lo recuerdo, Larkin. Márchese, márchese. ¿Dónde está la señorita Margarita?

-Creo que ha salido, señor, a visitar a una amiga.

-Bien. Es hora de que termine de lloriquear. No ha salido más de un par de veces durante el mes pasado.

-Desde luego, señor. Si cree que es preferible que no le deje solo…

-!Qué tontería! Ya le dije que saliese. Y también dije a la señorita Margarita que saliese esta noche. Se lo he estado diciendo todos los días. Quiero estar solo de vez en cuando. Y, Larkin…

EL secretario se volvió.

-Saque los timbres de los teléfonos; los de arriba y los de abajo. No quiero que me molesten. Alguien podría telefonear tontamente. Tal vez para preguntarme si he visto a Buchanan o a ese detective Hasbrouck. No quiero ni oír hablar de ellos. ¿Comprende?

-Sí, señor.

Larkin silenció los timbres del teléfono. Salió del aposento y el anciano le vió descender la escalera y se reclinó para dormitar otro rato.

El secretario se detuvo antes de llegar a la puerta. La cortina de terciopelo se movió a su lado. Luego oyó una voz cuchicheada y habló en voz baja.

Margarita Glendenning salió del otro cuarto.

-¿Está arreglado? -inquirió.

-Sí, señorita. Su tío cree que usted ha salido.

-¿Puedo salir con usted, entonces?

-A sus órdenes.

-Espere un momento. Larkin-La muchacha posó una mano temblorosa en el hombro del secretario-. ¿Está seguro de que este hombre querrá verme?

-Segurísimo, señorita. Telefoneó preguntando por usted una tarde. Recuerde el día que usted fue a la tienda y su tío dormía. La habló entonces.

-Era un gran amigo de Roberto -explicó la joven-. Roberto hablaba con frecuencia del señor Zayata. Debe ser un hombre maravilloso. Es un inválido, como usted sabe.

-Sí, señorita. También oí hablar al señor Buchanan; así conocía quién era cuando telefoneó. Muchas veces he extrañado...

El secretario hizo una pausa, cual si de repente percibiera que había hablado demasiado.

-¿Se refiere a mi tío Clinton? -apuntó la muchacha.

Larkin no respondió. Miró a la ventana y, luego, siguiendo un impulso, hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

Dijo la muchacha, quedamente:

-Larkin, yo también he extrañado muchas veces la conducta de mi tío. No acierto a comprender su odio a Roberto. La noche que vino el detective, yo quería hablar; más ¿qué podía decir? Después de todo, mi tío Clinton me quiere mucho; a lo menos cree que está velando por mi dicha. Nunca simpatizó con Roberto y ahora que el pobre ha desaparecido, yo...

La joven posó sus manos sobre los labios, como si se tapase la boca para no pronunciar algunas palabras dolorosas.

Los ojos de Larkin mostraban simpatía.

-Larkin -la voz de Margarita se convirtió en un suave y trémulo cuchicheo-. Me asaltan unos pensamientos fantásticos cada vez que hablo con mi tío Clinton, acerca de Roberto. Usted ha estado a veces presente y quizá lo ha observado también. Tengo la sensación de que oculta algo.

-¿Ama usted aún al señor Buchanan?- inquirió el secretario.

-Sí y no. Le amo porque era simpático y bondadoso. Pero si me ha olvidado, no abrigaría los mismos sentimientos hacia él. Si yo encontrase un hombre que me comprendiese como Roberto, entonces, quizá, podría olvidar mi antiguo amor por otro nuevo. Si pudiese marcharme de aquí, sentiría un profundo alivio. Pero a menos que yo supiese que mi tío era un hombre perverso, no seria justo que yo le abandonase.

Tras una pausa, añadió:

-Salgo con usted esta noche porque deseo hablar al señor Zayata. Él era amigo de Roberto y, por su mediación, quizá encuentre las respuestas a los problemas que me están consumiendo.

Larkin movió la cabeza en señal afirmativa, comprensivamente.

-No es prudente continuar aquí, señorita -murmuró suavemente-. Partamos.

La pareja salió a la noche húmeda. La oscuridad de la calle estremeció a Margarita Glendenning. Ella y Larkin se dirigieron hacia la esquina a través de la espesa niebla.

La muchacha miró una vez al otro lado de la calle y le pareció ver a un hombre en la niebla; pero desechó la idea creyendo que era una fantasía de su imaginación.

Al llegar a la iluminada avenida, Larkin dirigió una mirada cautelosa hacia atrás. Ayudó a la muchacha a subir al taxi y dio una orden en voz baja al chófer, quien movió afirmativamente la cabeza y murmuró una respuesta.

Margarita no oyó una palabra de lo dicho.

Cuando el taxi arrancaba, un joven surgió de la niebla y llamó a otro taxi.

Subió con rapidez y habló con decisión al chófer.

El chófer miró atrás receloso. Le pusieron en una mano un billete de diez dólares y entonces, sin otra objeción, partió veloz tras el primer vehículo.

Harry Vincent era el perseguidor. Miró por el cristal por encima del hombro del conductor y observó al otro coche. Comprendió al instante que el taxi que iba delante seguía una ruta desconcertante.

-Hum –murmuró-. Esto promete ser interesante. Es muy sospechoso.

El vehículo que iba delante doblaba a cada instante metiéndose por unas callejuelas mal alumbradas.

Su chófer perdió el rastro, mas al fin lo divisó a una cuadra de distancia, al llegar a una avenida. Aumentó la velocidad, torció una esquina y de repente frenó.

-Se han parado -avisó.

-Apague las luces -ordenó Vincent, con rapidez-. Pare el motor.

El chófer obedeció.

Vincent vió a Larkin y a la muchacha apearse. Luego el secretario pagó.

Evidentemente el chófer de Larkin se había equivocado de destino, pues el secretario y Margarita echaron a andar y luego tomaron otro coche que estaba de punto.

-Encienda las luces -ordenó Vincent-. Póngase en marcha.

Una vez más el taxi de delante empezó a torcer calle tras calle; pero el viaje no fue tan largo como el anterior. El primer taxi se detuvo en una callejuela.

No había otros vehículos a la vista y por lo tanto Vincent tuvo la seguridad de que habían llegado a su destino.

El conductor de Vincent apagó las luces y paró el motor sin necesidad de que se lo ordenasen.

Al ver apearse a Larkin y a Margarita, Vincent abrió la portezuela y saltó a tierra.

-Guárdese el billete de diez dólares -dijo al chófer-. Arranque después que el otro coche y hágalo de modo que se figuren que es simplemente un coche que pasa.

Espiando al amparo de la oscuridad de un almacén, Vincent observó que el primer taxi partía y que el suyo le seguía al instante y luego le pasaba como si surgiera de la avenida.

Harry Vincent inició las operaciones. Dirigióse lenta y cautelosamente hacia el lugar donde estaba seguro de que las otras dos personas estarían. Los vió momentáneamente avanzando por la calle. Luego desaparecieron.

Larkin y la muchacha habían entrado en un pasaje situado entre dos almacenes.

Margarita habló en tono de sorpresa cuando entraron súbitamente en una densa oscuridad.

Preguntó:

-¿Está seguro de que éste es el lugar adonde vamos, Larkin?

-Completamente seguro, señorita -respondió el secretario-. El señor Zayata me dijo que viniese aquí. Tiene una entrada particular a su casa.

Mientras hablaba, asió el brazo de la muchacha, conduciéndola a lo que parecía ser una pared.

AL toque de Larkin, abrióse una puerta hacia el interior y los dos entraron en un corredor oscuro.

Margarita se estremeció pero, sin mostrar la menor vacilación, siguió adelante.

Se abrió otra puerta y se encontraron en un pasillo largo e iluminado que parecía haber sido perforado a través de unas paredes de cemento.

La muchacha estaba demasiado asombrada para extrañar que Larkin estuviese tan familiarizado con el extraño lugar. Al llegar a la mitad del pasillo, el secretario la condujo a lo que parecía ser una hendidura cuadrada en la pared.

Antes de que la muchacha se diera cuenta del lugar en que se hallaba se oyeron dos agudos chirridos: el primero cerró una puerta; el segundo, encendió una luz.

¡Subían en un ascensor pequeño¡

Fuera, Harry Vincent caminaba a tientas entre los dos almacenes. Sacó una linterna sorda y siguió andando hasta llegar a la calle siguiente. Luego volvió sobre sus pasos.

Se hallaba ante un misterio. En aquel pasaje había perdido la pista.

De pronto profirió una exclamación cuando su lámpara reveló una hendidura en la pared. Parecía ser una puerta.

Empujó, pero esta no cedió ni se movió. Tornó a empujar, pues estaba seguro de que la pareja entró por aquel lugar.

Mas la barrera estaba cerrada.

Proyectó la linterna sorda sobre la pared. No vió lo que sucedía a su espalda.

Dos hombres avanzaban cautelosamente, uno a cada lado del pasaje.

Un instante después, unas manos férreas hicieron presa en los brazos de Vincent y echándolo hacia atrás, lo agarrotaron.

Una cosa dura le hurgó las costillas; sabia que era el cañón de una pistola.

-AL menor gruñido te dejamos seco, ¿sabes? -advirtió una voz.

Vincent no se movió.

-Sujétalo, Lanza. Voy a amordazarle -continuó la misma voz.

Le metieron en la boca un trapo mugriento y, empujándolo con la pistola, le obligaron a descender por el pasaje. Antes de llegar al final de la callejuela, el hombre de la pistola abrió una puerta en el costado de otro almacén y un instante después, Vincent se encontró atado y tendido en el suelo.

Al encender una luz, observó que se hallaba en un local que servia de garage, donde había un coche de turismo en el centro.

Sus aprehensores eran gangsters de tipo siniestro, de los más bajos fondos del hampa. Parecían deleitarse de tenerlo en su poder.

-Ha sido una faena rápida, ¿eh, Lanza?

El que hablaba era el más repulsivo de los dos. Su rostro mostrábase lleno de cicatrices y le faltaba un dedo en la mano izquierda.

-Ayúdame, Martín -dijo el otro, un individuo de rostro moreno-. Vamos a meterlo en el coche.

Depositaron al prisionero en el asiento trasero del coche de turismo y luego los gangsters se alejaron.

Harry Vincent se revolvió, intentando desatarse pero las cuerdas le mordieron las muñecas.

-Ya está preparado para el último paseo -manifestó la voz de Lanza.

-Si -respondió Martín, con un gruñido-. Pero no salimos todavía. El jefe tiene que darnos más instrucciones. Espera a que arregle esa luz trasera. No es necesario que la policía nos moleste. Luego telefonearé a Chispa y partiremos.

Vincent cerró los ojos, resignado. De manera que ese iba a ser su fin.

Comprendió que lo apresaron por casualidad, sin un plan preconcebido, y que, por vez primera, La Sombra no estaba allí para auxiliarle.

CAPÍTULO VIII
EL MENSAJE DE LA MUERTE

-Dispensen -observó Carlos Blefken, levantándose de la mesa de bridge-. No jugando esta mano, voy a aprovecharlo para averiguar por qué no me ha telefoneado mi esposa todavía.

Los caballeros reunidos con Carlos Blefken eran íntimos amigos suyos. Uno era Winthrop Morgan, otro abogado. Jaime Rossiter era un médico. Carew, el último del grupo, era un acaudalado deportista.

-Carlos ha estado algo nervioso toda la noche -observó Morgan, cuando Blefken salió de la habitación-. No ha jugado tan bien como de costumbre.

-Está preocupado por la mujer -repuso Rossiter-. La tiene en Cleveland y está delicada de salud.

Carlos Blefken cruzó el pasillo, entró en un cuarto y habló en un cuchicheo:

-¿Está preparado, Cardona?

Se oyó un gruñido procedente de detrás de un sillón situado en un rincón.

Cardona, el famoso detective, estaba oculto allí, extrañando que se hubiese molestado en ocuparse de esta fantástica misión.

Empezaba a dudar de que Middleton compareciera y, como Blefken, pensaba que el redactor de la fantástica carta era un individuo de una imaginación exuberante.

-Me parece que han transcurrido algunas horas desde que llegaron sus invitados -fue la respuesta del detective-. ¿Cómo va el juego?

-Pierdo unos veinte dólares. No puedo concentrarme en lo que hago.

-¿Qué hora es?

-Más de las nueve. Cerca de las nueve y media.

Tocó un timbre y al instante apareció un criado.

El detective se ocultó; nadie podía sospechar que se encontraba en aquella habitación.

-Recuerde, Stokes -ordenó Blefken-. Si viene alguien a verme, páselo aquí. ¿Comprende?

-Sí, señor.

-Recuerde también decirme que me llaman por teléfono, a una conferencia.

El abogado salió del aposento unos momentos después de marcharse el criado. El vestíbulo estaba a oscuras; lo dejó así adrede.

El y Cardona convinieron que un exceso de iluminación podría preocupar al excéntrico Middleton.

Blefken pasó por el pequeño vestíbulo que daba a la puerta lateral de la casa. Quizá Middleton llamaría por aquella puerta. No era improbable.

La gente conocida de la casa, solía entrar por allí. Cardona entró por esa puerta, como también Morgan y Carew. El doctor Rossiter llamó a la puerta principal. Rossiter era el médico de cabecera de la familia de Blefken.

Los minutos transcurrieron lentamente para Cardona, después de marcharse el abogado de la habitación. Luego el paciente detective oyó el rumor de pisadas por el vestíbulo y se imaginó que el criado iba a abrir la puerta principal. Así fue, en efecto.

Dos personas entraron en el cuarto y el detective no se arriesgó a mirar desde detrás del sillón. Pero reconoció la voz del criado.

-Haga el favor de esperar un momento -rogó el criado-. Avisaré inmediatamente al señor Blefken.

-Bien -respondió una voz baja y nerviosa.

El tono impresionó al detective, que entonces tuvo la seguridad de que el visitante era Middleton.

El criado había salido y el recién llegado empezó a pasear nervioso de un lado a otro del cuarto. Su pesada respiración indicaba que estaba, sin duda, agitado. El detective presintió la situación y se alegró de encontrarse allí, pues sea cual fuese el propósito de Middleton debía ser importante.

Resonó una fuerte pisada y Middleton, que seguía paseándose de un lado a otro, se detuvo.

Cardona comprendió que Blefken había regresado. La puerta se cerró.

Luego se oyó la voz del abogado.

Al decir “hola", Blefken lo hizo de una manera significativa. Con el detective había convenido en que ello seria una señal que indicaría que Middleton estaba de cara al otro lado.

Cardona se acercó al costado del sillón, obteniendo así un puesto de observación, a fin de ver lo que sucedía.

El detective vió que el recién llegado estaba sentado a corta distancia y divisó su rostro pálido aunque no le veía bien de perfil.

-¿Recibió mi carta? - inquirió Middleton, en tono quejumbroso.

-Sí -respondió Blefken-. Me intriga aún el significado.

Desde su observatorio, Cardona logró ver al abogado. Hallábase éste de pie, con las manos a la espalda, y estudiaba al visitante, con el ojo sagaz y experto de un profesional.

-Me alegro de encontrarme aquí -manifestó Middleton, nervioso-. Me alegro, porque he llegado a tiempo...!por primera vez¡

En la pronunciación de las tres palabras finales había una nota significativa, que Blefken observó.

-¿Qué quiere decir? -observó éste.

Middleton habló jadeante, respirando entrecortadamente.

-Blefken, por Dios, no me someta a un interrogatorio. Sea indulgente. He venido contra mi voluntad... ¡porque existe un grave peligro!

-¿Quién le amenaza?

-Haga el favor de no interrogarme. No se preocupe de mí. Piense en usted mismo. ¡Su vida corre peligro!

-No he recibido ninguna amenaza -repuso el abogado-. ¿De qué se trata, Middleton?

-Observo que no tiene confianza en mi -declaró Middleton, con amargura-. Si supiese lo que he sufrido... lo que sé..., lo que intento evitar... cómo me encuentro atado... lo terrible que es...

-Cálmese -aconsejó Blefken-. Cálmese. Hay que procurar que no nos oigan. Está usted seguro aquí...

-Estoy seguro, sí -cuchicheó Middleton, en un excitado cuchicheo-. Estoy seguro, siempre.., Hasta que llegue mi hora. Mi hora, ¿comprende? Falta aún mucho. Sin embargo, usted está muy cerca de ella.

Cardona sacó su pistola automática y encañonó a Middleton. Tuvo la sensación de que el individuo era peligroso.

-Middleton -dijo el abogado-, debe usted calmarse un poco. Se han apoderado de usted los nervios. Estoy a su lado. Sé que tiene que comunicarme alguna cosa importante. No se preocupe. Estoy seguro, aquí, en mi propia casa...

-Procuré calmarme hace mucho tiempo -Middleton bajó la voz-, pero cuando vi que no podía evitarlo... después traté de olvidar...

-¿Usted trató de olvidar?

-Sí. Lo tomo con más calma ahora, Blefken. Sea usted indulgente. No puedo explicárselo todo de una vez. Sabía que existía un grave peligro, que a mí me alcanzaba también, si no prometía participar en el crimen. Accedí, equivocadamente, desde luego... Después me marché, buscando olvidar. ¿Me comprende?

-Le escucho. Continúe. Estoy interesado.

-Durante un tiempo logré olvidar, porque... no importa... lo esencial es que olvidé. Luego pensé en el peligro que yo corría, por haberme ausentado, lleno de horror. Soy un criminal, Blefken, aunque tan sólo moralmente. Me detuve a tiempo ante el abismo, antes de llegar a los hechos. Al pensar en mi propio peligro, me preocupé de los otros. Se cometió un crimen y traté de evitar dos asesinatos más, en vano. Me espanté y recurrí a usted.

-¿Por qué a mí? Tiene usted muchos amigos -indicó el abogado.

-¿Amigos? Renuncié a ellos; estaba dispuesto a traicionarles. Mas quise rehabilitarme y por este motivo le escribí a usted. ¿Me comprende?

-Comprendo.

La voz de Carlos Blefken no sólo era tranquilizadora, sino que logró calmar las inquietudes de Cardona.

Era evidente que Middleton iba a hablar. Sufría una grave tensión nerviosa y se iba tornando más coherente.

-Comprendo -repitió el abogado-. No estaría escuchándole, si no le comprendiese. Puedo asegurarle, Middleton, que estoy completamente seguro en mi casa, que no corro ningún peligro. Crea en mi palabra, y yo creeré en la suya. Imagínese que soy un abogado en este momento.

-Nunca me inspiraron mucha confianza los abogados -declaró Middleton-, pero sé que puedo contar con usted, Blefken. Lo que tengo que decirle, pesa mucho en mi espíritu. No obstante, empiezo a encontrarme algo mejor... Deme un minuto de tiempo.

-Middleton -dijo el abogado-, no estoy solo esta noche.

Cardona contuvo el aliento, temiendo que el abogado cometiera el error de delatar su presencia.

Blefken continuó:

-Tengo algunos amigos en otra habitación. Ignoran que usted se encuentra aquí y se figuran que estoy telefoneando.

-¿Amigos? -murmuró Middleton-. ¡No hay amigos!

Cardona exhaló un suspiro de alivio al observar que Blefken no había incurrido en la equivocación que temiera; pero le sorprendió la amargura de la respuesta de Middleton.

-Puedo confiar en estos amigos -repuso el abogado-. Uno de ellos es el médico de cabecera de mi familia. Quizá querría usted verle; tal vez le recetaría algún calmante...

-¡No! -exclamó Middleton-. No hay nada que pueda ayudarme en este mundo, excepto -titubeó-, lo que no puedo conseguir jamás. Lo he probado, Blefken. Tomé morfina en Florida y me sentó muy mal; no hizo más que agravar mi situación. Ya lo comprenderá usted, cuando termine de hablar. Déjeme descansar un momento.

-Perfectamente.

Blefken permaneció silencioso mientras Jerry Middleton descansaba la cabeza entre las manos, sin pronunciar una palabra.

Middleton era joven, pero parecía mucho más viejo de su edad. Su rostro pálido consumido, parecía fantasmal comparado con sus ojos oscuros y errantes. Aquellos ojos tenían un aspecto de animal acorralado. Estaban cerrados ahora.

La llegada del criado no produjo ninguna impresión en Jerry Middleton. El joven deportista permaneció inmóvil, sin respirar apenas.

Blefken llamó al sirviente cuando apareció en el umbral.

Le dijo:

-Stokes, vaya a la sala de juego y diga que me han interrumpido la conferencia. Diga que suspenderemos el juego un rato. Sirva unos refrescos. Volveré a la sala inmediatamente.

Cuando el criado se hubo marchado, el abogado posó una mano en el hombro de Middleton. Y dirigió una mirada hacia Cardona, indicándole que permaneciera oculto donde estaba.

-¿Se encuentra bien aquí, no es cierto? -preguntó a Middleton-. Podemos esperar unos minutos hasta que se tranquilice.

-Desearía descansar cinco minutos -manifestó Middleton.

-Bien. Si quiere, puede pasar a conocer a mis amigos. Quizá le sentaría bien charlar un rato; luego podríamos hablar.

-Prefiero quedarme aquí.

-Perfectamente. Siéntese y descanse.

El abogado abrió la puerta y entró en el vestíbulo y cerró la puerta tras sí.

En otras circunstancias habría sido peligroso dejar a Middleton solo; mas quedando en calidad de observador una persona tan capacitada como Cardona, no había nada que temer.

El detective sonrió al observar la astucia de Blefken y observó atentamente a Middleton.

Durante unos minutos, el joven permaneció inmóvil; luego gimió y se enderezó en su asiento, mirando hacia delante, como si intentase darse cuenta del lugar donde se encontraba. De pronto rió suave pero nerviosamente, se incorporó y empezó a pasear de un lado a otro, murmurando para sí.

Al fin, dijo:

-Ya debería haber vuelto.

Después el detective oyó que se acercaba a la puerta y la abría. Se disponía a salir de su escondite, cuando oyó a Middleton pasear de nuevo por el cuarto. El paseo se interrumpía de vez en cuando y entonces no se oía ni la respiración del hombre.

Tras una de estas pausas, Cardona asomó la cabeza y observó que la habitación estaba desierta. La puerta entornada indicaba a donde había ido Middleton; Probablemente en busca de Carlos Blefken.

Extrañó el sigilo con que salió Middleton. Sabia que no podía hacer más de un minuto que salió y quizá ya se encontraba reunido con Blefken y sus amigos. Sin embargo, conocía que los segundos eran preciosos cuando el crimen rondaba. Middleton y su conversación tenían sabor a crimen.

Empujando el sillón a un lado, entró presuroso en el vestíbulo. Penetró en la sombra de la puerta, pues sabia que Middleton podía volver y al observar a un desconocido quizá pensaría que le habían traicionado.

Un instante después, Cardona se encontraba delante del pasillo que conducía a la puerta lateral reservada de la casa. Sospechaba de ese pasillo y esperó mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. Deseaba investigar en esa dirección, y pensó en esconderse allí, por el acaso Middleton volviera.

De pronto percibió que había una cosa tendida en el pasillo, un bulto voluminoso, muy semejante al cuerpo de un hombre.

¡Debía ser Middleton! ¿Acaso éste se disponía a salir de la casa y se cayó?

¿O estaba allí agazapado, para algún fin desconocido?

El detective avanzó hacia el extremo del pasillo y escuchó atento. No oyó ningún sonido de respiración ni se acercaba nadie.

Proyectó la luz de su linterna eléctrica y sus rayos revelaron el cuerpo de un hombre tendido de costado. El cuerpo no se movía.

-Middleton -murmuró el detective, avanzando con rapidez.

Jamás, en todos los años de su carrera, jamás había visto cosa tan asombrosa. No era Middleton quien yacía allí,

¡El cuerpo era el de Carlos Blefken¡

En las facciones del abogado dibujábase una expresión horrible; sobre su garganta veíanse las señales de unos dedos que dejaron una profunda impresión. El cuello de la chaqueta había sido arrancado dejando al aire el cuello desnudo.

Cardona permaneció un momento paralizado de asombro. Luego su agudo silbido sonó la alarma. La respuesta fue inmediata.

Se oyeron rumores de pisadas de hombres que acudían corriendo. La puerta se abrió y al instante el pasillo quedó inundado de una luz deslumbradora.

El detective estaba de pie; su chapa de policía brillaba a la luz. Contó cuatro hombres que venían de la sala de juego: tres eran los invitados del abogado.

EL cuarto era Stokes, el criado.

-¿Dónde está Jerry Middleton? -inquirió Cardona.

-¿Quién? -preguntó alguien, sobresaltado.

-Middleton. El hombre que estaba aquí.

-No hemos visto a nadie -contestó la voz de Morgan, uno de los tres amigos de Blefken-. ¿Quién es usted?

-El detective Cardona. ¿Estaban ustedes todos en ese cuarto?

-Todos nosotros.

-¿Estaba Blefken con ustedes?

-Hasta hace cinco minutos.

-Lo han atacado -declaró el detective, apartándose para que viesen el cuerpo-. Salgan todos. Tenemos que cazar a Jerry Middleton. Dense prisa -se dirigió a los tres invitados-, y usted, Stokes, telefonee a la jefatura de policía.

Morgan fue el primero en responder; pasó por el lado del cuerpo de Blefken, dirigiéndole una mirada rápida, y salió presuroso por la puerta lateral reservada. Carew le siguió. Stoke fue rápidamente al teléfono.

Tan sólo el doctor Rossiter se detuvo al acercarse al cuerpo de Blefken.

-Soy el médico de la familia -manifestó.

-Bien -repuso Cardona.

Cardona le observaba.

-¿No debería usted haber retenido a todo el mundo aquí? -inquirió el médico, con frialdad.

-Ordinariamente, sí -fue la respuesta del detective-. Pero he visto la situación al instante. Todos ustedes estaban juntos y se alarmaron. Sé lo que sucedía, pues he estado toda la noche. Es asunto mío, doctor, y estoy cuidándome de él. Usted tiene su deber que cumplir y espero que me preste ayuda.

-Ya es tarde -repuso el doctor, con voz calma.

-¿Ya es tarde? -inquirió el detective.

-Sí -fue la respuesta: - Nuestro amigo Blefken está muerto.

CAPÍTULO IX
EL HOMBRE DE LOS OJOS HIPNÓTICOS

-Ya estamos aquí -sonrió Larkin.

Margarita Glendenning exhaló un suspiro de alivio. El extraño viaje en compañía del secretario de su tío, la había llenado de asombro.

La subida en el ascensor fue una experiencia inusitada. Ascendieron lentamente a través de un hueco que parecía haber sido cortado en una columna sólida.

Al salir del ascensor, atravesaron un pasillo mal alumbrado, con una entrada oscura a un lado Luego cruzaron una habitación que estaba envuelta en tinieblas.

Al fin descendieron unos escalones que formaban una estrecha espiral, por donde Larkin abría la marcha. Luego abrióse una puerta corrediza y entraron en una habitación pequeña. La puerta se cerró tras ellos. Quedaron encerrados en un cuarto que, al parecer, no tenia salida, excepto por donde entraran.

De pronto la habitación misma ascendió lentamente hasta que poco después se detuvo.

Se encontraron esperando en lo que parecía una habitación sin puertas.

Las palabras de Larkin indicaban que el penoso viaje había terminado; mas, a medida que transcurría el tiempo, Margarita empezó a intranquilizarse de nuevo.

Estaba arrepentida de haber ido a hacer esta asombrosa visita. La experiencia fue interesante, al principio; mas ahora resultaba

demasiado arriesgada. No sólo se había extraviado en Nueva York, sino que ignoraba dónde había entrado.

Pensó en su tío. ¿Había hecho bien en dejarle solo? A lo menos, su tío sabia dónde se encontraba él, mientras que ella ignoraba dónde se había metido.

Miró a Larkin y éste la devolvió la sonrisa. Esto era más tranquilizador.

Después de todo, él sabia lo que se hacía y podía confiar en él.

-Mire -indicó el secretario.

EL costado del cuarto estaba abriéndose; la mitad iba subiendo mientras que la otra mitad descendía. Margarita no había observado la separación en el centro de la pared. Las porciones que se separaban revelaron una antesala con una puerta en el otro extremo.

La muchacha respiró. Avanzó con Larkin y se volvió a observar como la pared de la habitación movible se cerraba tras ellos.

Larkin permaneció mirando la puerta. La muchacha tuvo entonces la seguridad de que él había estado antes allí.

El punto determinado que el secretario miraba, ostentaba una talla peculiar, encima del centro de la puerta. Representaba la cabeza solemne de un león, de unos quince centímetros de anchura.

El león tenía la boca abierta y la lengua de roble que proyectaba, daba a la talla un aire realista.

Margarita estaba fascinada. Miró los ojos del animal, que eran unos puntos negros y huecos; y luego, la lengua y, por último, los ojos de nuevo.

Al dirigir aquella última mirada profirió una exclamación de horror. Los ojos del león ya no eran negros; eran ojos humanos, los ojos verdosos de un ser viviente, mirando furtivamente.

Larkin contuvo a la muchacha cuando ella retrocedió, dándole una sensación de seguridad; No obstante, ella no pudo hablar, tal fue la impresión.

Antes de que Larkin diese una explicación, la puerta se abrió lateralmente y Margarita vió el motivo de su alarma. En otras circunstancias la habrían sobresaltado; mas ahora, en contraste con la talla viviente, le produjo un alivio. Un hombre de piel bronceada se inclinaba en una cortés reverencia detrás del lugar donde antes estuvo la puerta.

Fueron sus pupilas las que la muchacha vió, las que la estuvieron mirando a través de unos agujeros formados por los

ojos del león, La muchacha divisó el brillo verde, cuando el hombre se irguió.

Era una figura extraña, vestida a estilo oriental, tocado con un turbante adornado con una pluma alta y recta, que daba al hombre un aspecto de ser mucho más alto de lo que realmente era.

Hallábase en el aposento más lujoso que jamás había visto la muchacha.

La habitación empezaba en forma de estrecho vestíbulo y luego iba ensanchándose gradualmente hasta triplicar su anchura. Veíanse a ambos lados tallas y tapices de grotescos dibujos.

Una fuentecilla tintineaba en el extremo de la sala. Más allá veíase un escudo adornado con alhajas que brillaban a través del agua movediza.

La muchacha se creyó transportada al palacio de un rajá. El criado se aproximó en silencio e hizo una reverencia, primero a ella, y luego a Larkin y después habló en una voz suave, que parecía modulada para armonizar con el soberbio aposento.

-El señor se alegrará de su visita-manifestó-.Voy a anunciarles.

Se acercó a unos tapices y al instante se levantó una piedra negra y pulida.

Luego pasó debajo de la piedra, volviendo a cerrarse la barrera.

La muchacha se volvió hacia Larkin y preguntó:

-¿Ha estado usted aquí antes?

El secretario movió la cabeza en señal afirmativa.

-No me lo había dicho-reprochó la joven.

-No pude-se disculpó Larkin-. La explicación habría sido demasiado larga. Lo comprenderá usted cuando conozca al hombre que vive aquí.

-¿El señor Zayata?

-Sí. Creo, señorita Margarita-sonrió el secretario-, que usted prefiere saber que yo he estado aquí, ahora que ha visto el lugar.

-Es misterioso-cuchicheó la muchacha-. Misterioso y maravilloso. Me gusta mucho; no obstante me infunde miedo.

-Produce ese efecto-asintió Larkin;-mas creo que usted comprenderá...

No terminó la frase. El criado había vuelto y estaba haciendo una reverencia, señalando el camino a los visitantes.

Larkin se volvió hacia Margarita. Esta se dirigió hacia la puerta, pasó y luego se detuvo en seco, los ojos llenos de sorpresa.

El deslumbrante vestíbulo era una cosa trivial comparado con el aposento adonde había entrado. El salón era una maravilla de esplendor oriental.

Unas telas riquísimas, recamadas de oro, adornaban las paredes. Veíanse en abundancia estatuillas valiosísimas; por el suelo había muchos cojines exquisitos. La alfombra era muy espesa. De un brasero de cobre ascendía una espiral de incienso hasta el techo. EL esplendor del aposento era abrumador.

Margarita permaneció como si estuviese en un trance. Su mirada recorrió la habitación entera y al final se posó en el lugar más destacado, en un diván situado en el rincón más apartado.

Reclinado en gran pompa, había un hombre bronceado. EL diván era una especie de cama.

El hombre estaba sentado bajo un montón de túnicas y ropas. Lucía una chaqueta oriental chispeante de esmeraldas sobre terciopelo rojo. Cubríale la cabeza una cabellera negra y espesa. Tenía afeitada la cara cetrina.

La belleza del rostro del hombre atrajo al instante a la muchacha, y cuando el hombre inclinó la cabeza haciendo una leve reverencia, perdió la noción del lugar y sólo vió al diván y a su ocupante.

El hombre extendió una mano enjoyada, señaló un montón da almohadones, bordados en oro que formaban un asiento a su lado.

Sorprendiendo la señal, Margarita tomó asiento al lado del diván y tendió una mano que el hombre estrechó cordialmente.

-¿Es usted el señor Zayata?-preguntó.

-Sí-respondió el hombre en tono suave-. Usted es la señorita Glendenning, ¿no es cierto?

-Margarita Glendenning.

-Margarita-sonrió el hombre.

-Sí.

Los ojos de la muchacha encontraron los de Enrique Zayata. No había visto nunca ojos semejantes. Eran obscuros, aunque de matiz indefinible.

A la suave luz del aposento, los ojos de Zayata eran misteriosos y ejercían una fascinación hipnótica. Tan sólo la expresión era constante y parecían querer inspirar confianza.

Ante esa mirada, Margarita Glendenning sintió de pronto una simpatía y comprensión que jamás sintiera antes.

-Me alegro de que haya venido-dijo Zayata en su voz suave-. Hace mucho tiempo que deseaba conocerla. En realidad, había previsto su visita y deseo que la recuerde.

Miró al otro lado del aposento y la muchacha, libre de su influjo, siguió su mirada. Luego, palmoteó y el criado del turbante, haciendo una reverencia, se acercó. En sus manos llevaba una cajita dorada, que ofreció a su dueño, quien, a su vez, la depositó en manos de la muchacha.

Esta contuvo el aliento al observar el hermoso dibujo de la cajita.

Comprendió que era un regalo de Zayata y levantó la cabeza para expresarle su gratitud.

-Ábrala-invitó Zayata.

Margarita se sobresaltó al levantar la tapa y contemplar su contenido.

Dentro de la cajita habla un anillo con una exquisita esmeralda, una piedra, maravillosa y de gran valor.

-Póngasela en el dedo-sugirió Zayata.

No esperó que la muchacha lo hiciese. Inclinándose, tomó suavemente la caja de sus manos y la depositó en su regazo; luego deslizó la sortija en el dedo meñique de la mano izquierda de la muchacha.

Margarita suspiró al observar el efecto mezquino de su anillo de prometida en contraste de este principesco regalo. Pues la muchacha llevaba la sortija que Roberto Buchanan le regaló hacia meses y que ella no abandonaba nunca, cuando estaba fuera del alcance de su tío.

-Pero... pero.. –tartamudeó-. No puedo aceptar este maravilloso regalo...

-Es una insignificancia-declaró Zayata-, se ha molestado usted en venir a hacerme una visita y deseo mostrarle mi gratitud.

La muchacha no protestó más. Parecíale hallarse en un mundo fantástico; Semejaba un sueño de las "Mil y Una Noches".

Sin darse cuenta, se encontró hablando a Zayata, comunicándole sus pensamientos, que se había propuesto callar.

Murmuró en tono compasivo:

-Roberto me dijo que usted era un inválido.

Zayata movió la cabeza solemnemente en señal afirmativa y sonrió:

-Tengo los brazos y las manos en perfecto estado-extendiólos al hablar;-mas, aparte esto, soy virtualmente un inválido.

Comentó la muchacha:

-Es una lástima.

-¿Una lástima?-sonrió Zayata-. De ningún modo, cuando se puede olvidar, como en este momento. ¿Cómo es posible pensar en cosas tristes, teniendo a usted delante?

Margarita sonrió. El tono sincero de Zayata le permitió aceptar sin objeción sus comentarios.

La atmósfera exótica de la asombrosa habitación parecía haberse apoderado, de ella. Todo era suave y maravilloso, hasta la extraña fragancia del incienso.

Transcurrió el tiempo y se encontró hablando de muchas cosas, de sus penas durante los últimos dos meses y de las esperanzas perdidas.

La modesta instalación de la casa de su tío, le pareció mísera. Así lo dijo y Zayata esbozó una sonrisa.

No tenía noción del tiempo que permanecía allí. A veces se daba cuenta de la presencia de Larkin, que se había sentado a los pies del diván.

Mas, en otras ocasiones, observó que el secretario había salido; no sabia adonde, pero no la importaba.

La ida a aquella casa maravillosa le pareció ser una experiencia terrible y el marcharse le resultaba imposible. Al fin observó que Larkin reaparecía.

La mirada de Zayata le llamó la atención al respecto. Zayata miraba hacia Larkin y la muchacha observó que el secretario movía lentamente la cabeza en señal afirmativa.

-Margarita-dijo Zayata-, me alegro de que me haya hablado esta noche. Ha sufrido usted mucho, y yo también; en esto, nos comprendemos mutuamente.

-Sus penas deben haber sido mayores que las mías-murmuró la muchacha.

-No, pues las mías han pasado, mientras que las suyas han de venir aún. Siempre he tenido un hogar... y riquezas.

-Yo tengo un hogar y... y comodidades -observó la muchacha, lentamente.

-Ha tenido un hogar-corrigió Zayata-. Pero existen motivos para que no vuelva a él.

Palmoteó las manos y el criado se acercó.

-Este es Chandra-presentó Zayata-. Es un birmano. Obedecerá sus mandatos, como obedece los míos. Chandra, abre la puerta de las habitaciones de los invitados.

Haciendo una profunda reverencia, Chandra fue a la pared y oprimió una palanca invisible.

Abrióse un espacio y ante los ojos acombados de Margarita, apareció una miniatura de habitación tan maravillosa como el aposento donde estaba sentada.

Levantándose, fue a la entrada y contempló con admiración la lujosa instalación, los muebles, los tapices, las alfombras, el hermoso diván y el decorado.

Luego volvió al asiento de almohadones. Mirando por encima del hombro, vió que la puerta de la habitación continuaba abierta.

-¿Le gusta?-inquirió Zayata, el inválido.

-¡Es maravillosa!-exclamó la muchacha.

-Es suya.

-No... no entiendo...

-No me comprende. AL decir que es suya, quiero decir que le pertenece, que tiene derecho a quedársela, aunque, como la sortija con la esmeralda, no puede llevarse consigo, es decir, sacarla de la casa. Quiero decir que si necesitase un hogar, será usted bien acogida aquí.

-Pero... pero... yo tengo un hogar.

-Usted abrigaba la intención de abandonarlo.

-¿Cuándo?

-Cuando Roberto Buchanan estuviese dispuesto a ofrecerle otro.

-Desde luego. Pero Roberto no está aquí. ¿Adónde puede haberse ido?

-Roberto no volverá.

-Pero mi tío...

-Suponga que su tío no estuviese ya en su casa, estaría usted sola, sin amigos, preocupada, muy triste, sufriendo mucho ....

La muchacha asentía con la cabeza aunque no comprendía.

-¿Adónde iría?-preguntó Zayata.

-Lo ignoro.

-¿Vendría usted aquí, sabiendo que estaría libre de penas y preocupaciones, sabiendo que sería feliz?...

-Supongo que sí...

-Margarita-dijo Zayata, con firmeza-, cuando salga de aquí, irá usted al encuentro de la mayor desgracia que haya experimentado jamás en su vida. Le esperan tristezas, dificultades económicas, dolores sin cuento...Puede usted evitarlo...

-¿Cómo?

-No marchándose de esta casa.

-Pero mi tío... extrañaría...

-No extrañará nada. Puede escribirle una carta. Larkin la dejará en su habitación, ¡Pobre Larkin! Tiene que volver allá, porque él sabe...

-¿Larkin sabe?...

-Sí. Larkin conoce la verdad y no debe abandonar su puesto. Usted lo ignora todo; su presencia no es necesaria.

-Aun no entiendo.

-Debo decírselo, entonces, aunque le duela. Suponga que averiguase que es peligroso para usted vivir en casa de su tío; que se vería obligada a acusarle; que supiese que ya no puede confiar en él; que tendría que declarar en contra suya...

-No podría hacer tal cosa...

-Pero si supiese que todo eso es posible, ¿qué haría entonces? ¿No será preferible que se alejase? ¿No será mejor que desapareciese, para librarse del desprecio de la sociedad y del dolor, para estar en esta casa, feliz y segura?

-Sí.

-¿Se quedaría aquí, si estuviese convencida de que todo eso no sólo es posible, sino que es inminente?

-Sí.

-Traiga tinta y una pluma, Larkin-ordenó Zayata.

-Pero yo no puedo escribir nada-protestó la muchacha-. A menos que yo sepa que lo que ha dicho puede ser verdad. Dígame...

-¿La verdad?

-Sí. La verdad.

Zayata, el inválido, acarició las manos de la muchacha. Había en su toque algo que la tranquilizó, aunque temía lo que él pudiera decir.

El fin del mundo surgía a su vista, pensó de una manera vaga, y aquí había un santuario, mientras que en la casa de su tío la acechaban graves y extraños peligros.

-La verdad no debiera doler nunca-empezó Zayata, con suavidad-. Nunca, cuando es un verdadero amigo quien la dice.

Margarita se mordió los labios.

-Mi tío...-se interrumpió.

-Su tío-dijo Zayata-, su tío... ¡es un asesino!

-¿Un... asesino?-tartamudeó la muchacha, con voz remota.

-Sí-repitió el inválido, con voz calma-. Un asesino. ¡El asesino de... Roberto Buchanan!

Margarita contuvo el aliento. Las palabras la aturdieron. Apartó la vista y vió a Larkin, de pie, con un pliego de papel y una pluma..

El secretario de faz pálida asentía con la cabeza, solemnemente, con una expresión de tristeza en el rostro.

La muchacha miró en los ojos de Zayata. Aunque había pronunciado la terrible verdad, comprendió que lo había hecho para ayudarla.

Sus ojos obscuros estaban llenos de comprensión. Tenía la seguridad de que eran los ojos de un amigo sincero.

CAPÍTULO X
LA PANDILLA DE ASESINOS

Cliff Marsland acertó al suponer que La Sombra vigilaba a Chispa Donegan.

Conocía, después de oír las palabras vagas de Dip Riker en el teléfono, que el gangster estaba seguro en alguna habitación, sin la menor intención de salir a la calle aquella noche; y se imaginó que La Sombra rondaría cerca.

Se equivocó, pues La Sombra estaba lejos de la guarida del jefe de la banda.

Cuando Cliff llamó a Burbank esa noche, usó un número nuevo, lo cual no era extraordinario. Burbank cambiaba su número con frecuencia; el antiguo quedaba olvidado y los agentes de La Sombra recordaban constantemente el nuevo.

El despacho o lugar de observación de Burbank constituía un secreto y, en consecuencia, Cliff no extrañó que hubiese cambiado de residencia.

Burbank estaba sentado en el cuarto oscuro de un piso, adonde se había instalado aquella tarde. El piso estaba en un viejo edificio, donde los inquilinos eran escasos y los nuevos eran acogidos sin muchas preguntas curiosas.

No le fue difícil pues conseguir las habitaciones que deseaba. Como consecuencia, el agente de enlace de La Sombra estaba instalado en una habitación situada debajo mismo del piso de Chispa Donegan.

Delante de él, en una mesa, Burbank tenía dos teléfonos: uno, el que dejó el anterior inquilino; y había sido puesto de nuevo en servicio aquella misma mañana.

El otro, pertenecía a la instalación particular de Burbank. Tenía un alambre que ascendía al techo. A su lado había un cuadro de distribución. Burbank había estado escuchando por ese teléfono antes de que Cliff llamase.

Burbank marcaba un número, al que llamara antes de que Cliff telefonease, sin que obtuviese respuesta. Terminada la conferencia con Cliff Marsland, volvió a marcar el número.

Oyó el repiqueteo del timbre y luego una voz cuchicheada sonó en el receptor.

-Burbank al aparato-contestó.

-Hable.

Una linterna eléctrica proyectó su luz, iluminando una hoja de papel cubierta de notas taquigráficas.

Burbank empezó a leer. Su informe consistió en un relato completo de la conversación telefónica sostenida entre Chispa Donegan y su compinche, Dip Riker.

Mas, distinto a Cliff Marsland, pudo comunicar ambas partes de la conversación.

-¿Donegan no ha telefoneado?-fue la pregunta, cuando Burbank hubo terminado de hablar.

-No.

-Comunique cuando Donegan reciba una llamada.

-Bien.

Burbank colgó el auricular y permaneció silencioso. Era hombre dotado de extraordinaria paciencia y su cometido consistía precisamente en esperar con paciencia. No obstante, aquella tarde se dedicó a otra cosa.

Chispa Donegan salió durante la tarde. Burbank se enteró por una llamada.

Entonces entró en el piso del gangster, mediante una llave especial que le facilitaron.

La Sombra, experto en cerraduras, no olvidó examinar la de la puerta de piso de Donegan la noche que siguiera a Dip Riker.

Burbank investigó con rapidez y, una vez terminada su labor, salió sin dejar rastro. El alambre de Chispa Donegan fue empalmado y conectado con el segundo teléfono de la habitación inferior.

Por este medio, escuchó la conversación que sostuvieron Chispa Donegan y su lugarteniente Dip Riker.

Estando Burbank en su puesto de observación. La Sombra quedaba libre para ejecutar otros trabajos. El hombre que se movía con la rapidez fantasmal, buscaba localizar la base de

operaciones de Chispa Donegan, el lugar donde Martín y Lanza estaban de servicio.

No era una tarea fácil. Tan sólo dos hombres podían haber revelado el lugar: Chispa y su lugarteniente.

Había motivos para que La Sombra no quisiera preguntárselo a ninguno de los dos; pero, ahora, desde que Burbank oyera la conversación telefónica, era de suma importancia que La Sombra lo averiguase sin pérdida de tiempo.

Burbank continuó su paciente espera. Conocía la situación. La Sombra no había conseguido aún su objetivo.

Martín y Lanza acechaban aguardando a quien quiera que fuese por el lugar donde estaban apostados. Harry Vincent iba camino de su perdición.

Una llamada telefónica a Chispa Donegan comunicaría la captura del agente de La Sombra.

Transcurrió el tiempo. De pronto brilló una luz en el cuadro de distribución de Burbank, quien al instante entró en actividad.

¡Chispa Donegan recibía una llamada!

Burbank marcó el número de La Sombra. La respuesta fue inmediata. El hombre habló una palabra de explicación y con rapidez enchufó una clavija.

La Sombra fue puesto en comunicación con el alambre de Chispa Donegan.

Burbank se ajustó unos auriculares y por un oído oyó la conversación del gangster; por el otro, escuchó a La Sombra.

-¿Eres tú, Martín?-preguntó la voz de Chispa.

-Si, Chispa-fue la respuesta.

-¿Qué noticias hay?

-Buenas. ¡Lo atrapamos!

Arriba, en su cuarto, Chispa Donegan contemplaba sonriente el teléfono. A su lado había una botella vacía. Había estado bebiendo fuerte, pero continuaba sereno.

-El paseo enseguida-indicó el gangster.

-O. K., jefe-respondió Martín-. Salimos inmediatamente.

Sonó un zumbido en el oído derecho de Burbank. La Sombra daba una orden. Burbank respondió y sus dedos hábiles cambiaron las clavijas.

La situación había cambiado.

Había tres hombres telefoneando: Chispa, Martín y La Sombra. Ninguno de los dos gangsters conocía lo que había sucedido. La conversación tomó un giro extraño, que no sorprendió a Martín,

pero que intrigó sobremanera a Chispa, pues Martín oía aún la voz de su jefe, mas no lo que decía.

La explicación de esta paradoja era sencilla. Martín escuchaba a otra persona, a un hombre que simulaba la voz del jefe de la pandilla, tan bien que Martín no observó la diferencia..

¡El criminal recibía instrucciones de La Sombra!

Arriba, el jefe de la banda gruñía en la bocina; oía las respuestas y las instrucciones de Martín, pero éstas carecían de sentido. Chispa no acertaba a comprender lo que sucedía. ¿Acaso su secuaz se había vuelto loco?

-Pasapórtalo rápido-ordenó.

Martín no oyó; en lugar de la orden, percibió una voz-que le pareció ser de su jefe-que decía:

-¿Has hecho cantar a ese pájaro?

-No-respondió el pistolero-. No hemos probad.

-¡Que no has probado!-exclamó el verdadero Donegan-. Te dije que le pasaportases. No pregunté si habías terminado la faena.

Martín no oyó tampoco estas palabras. En su lugar, percibió la voz falsa que decía:

-Quizá sabe algo, Martín. Hay que hacerle cantar.

-O. K., jefe-respondió el pistolero-. ¿Cómo quiere que lo hagamos?

-¡Que le hagamos!-rugió Chispa Donegan-. Ya sabéis cómo hacerlo. No hagáis el tonto. ¡Dadle el paseo... pronto!

En lugar de esta orden, Martín oyó:

-Será mejor retenerlo hasta que yo llegue.

-O. K.,-repuso el pistolero-. Lo esperamos aquí.

-¡No dije que esperéis! - tronó Chispa Donegan-. Dije que no perdáis tiempo. ¡Poneos en marcha en el acto!

Martín no oyó la protesta. La otra voz, la voz parecida a la de Donegan decía:

-Quizá no sea prudente tenerlo ahí. Sacadlo e iré a buscaros.

-Estupendo, jefe-fue la respuesta entusiasta de Martín-. Usted conoce aquella callejuela detrás del garage de Howley, en la calle ciento...

-De acuerdo... - interrumpió la voz falsa.

Las palabras servían dos fines: aseguraban a Martín que su jefe comprendía y eran una señal a Burbank. EstE cambió una clavija.

La voz del verdadero Donegan llegaba a Martín, pero Burbank permanecía alerta, esperando cambiar las líneas en cuanto recibiese otra señal, lo cual resultó Innecesario.

-Llegaremos dentro de un cuarto de hora-decía Martín.

-¡No hables más!-ordenó Donegan-. ¡No hables más! ¿Me oyes?

-Seguramente que le oigo-replicó Martín-. Le he estado oyendo perfectamente, jefe...

-¡Entonces ponte en marcha! ¿Me comprendes?

-Estupendamente. Lanza está esperando en el coche. Saldremos enseguida.

-Eso es todo, pues. No pierdas tiempo con ese pájaro.

Sonaron unos sonidos agudos: uno, cuando Martín colgó el auricular; el otro, del receptor del cuarto de Chispa Donegan.

Burbank cambió las clavijas y habló en voz baja:

-Han terminado.

Hubo una respuesta sibilante.

Burbank oyó el ruido del aparato que colgaban. Se quitó los auriculares y, de nuevo, esperó paciente en la oscuridad del cuarto silencioso.

Arriba, en el piso superior, Chispa Donegan mascullaba:

-¿Qué le sucedía a Martín? No tenía más que recibir mi O. K. ¡Mira que preguntarme cómo quería que pasaportase al individuo! ¡Y que me esperarían cuando esta tarde le advertí que no quería intervenir cuando atrapasen a un espía! Y luego que si va a la callejuela, detrás de Howley... bueno... no es mal sitio para darle el paseo a uno. Allí nadie puede oír los disparos. Es extraño como ese Martin se hizo un lío... Bueno; no importa... ya está informado.

Pronunciando estas palabras, se sirvió otro vaso.

La suerte de Vincent ya no le interesaba; ya estaba decretada. Aquel joven iba a recibir el castigo de su osadía, iba a sufrir la pena que merecía el pisar los dominios de Chispa Donegan.

El gangster había resuelto el problema de la manera más sencilla: dejándolo en manos de unos pistoleros tan expertos y capacitados como Martín y Lanza.

En tanta Donegan saboreaba su copa, Martín pasaba las instrucciones a su compinche.

-Abre la puerta, Lanza-dijo-. Yo sacaré el coche. Sube a mi lado.

-¿Qué sucede, Martín?

-El jefe manda que hagamos cantar a este pájaro.

-Perfectamente. Es fácil.

Lanza se dirigió hacia el asiento trasero del coche de turismo, como si ya tuviese pensado un procedimiento.

-Aquí no-protestó Martín-. El jefe se cuidará de hacerle hablar. Nos encontraremos con él detrás del garage de Howley.

-No dijo nada de esto-observó su compañero. Dudoso-. No sé por qué...

-Este sujeto no es un pájaro vulgar-replicó Martín-. Tiene algún plan; de lo contrario, no habría entrado detrás de los otros. Ya conoces las instrucciones. Después de haber entrado alguien mediante la señal, tenemos que vigilar ojo alerta.

-Tal vez seria mejor telefonear al jefe otra vez...

-De ninguna manera. Se enojó porque hablé demasiado, aunque fue él quien empezó la conversación. Anda, abre la puerta.

Un momento después, el coche de turismo salía a la calle. Lanza vigilaba el asiento trasero, para asegurarse de que el prisionero seguía atado y amordazado.

-Soy partidario de suprimirlo rápidamente-gruñó-. Es lo que el jefe nos ordenó que hiciéramos. Lo liquidaremos detrás del garage de Howley y luego nos largaremos. Así no habrá equivocación. Yo puedo hacer cantar al lucero del alba; pero, a veces, no es fácil...

-Sería estupendo, ¿eh?-se mofó su compañero-. Luego vendría el jefe y...

-Debe llegar allí tan pronto como nosotros. Tiene un coche siempre a punto. No tardará mucho...

-Puede retrasarse.

-Escucha, Martín-insistió su compinche-. Quizá sufres una equivocación. Deberías hablar con el jefe nuevamente. Sabes lo que nos dijo: dad el paseo...

-Sí. Pero me ordenó que le avisara esta noche, si atrapábamos a alguien. Eso es lo que dijo. Esperemos. Pongámonos de acuerdo. Iremos despacio. Si el jefe no está allí, sabremos que no comparecerá. Dale unos minutos de tiempo... luego... se levanta la tapa de los sesos a este espía.

-Ahora estás hablando-asintió Lanza, satisfecho.

El coche de turismo continuó su marcha silenciosa. Pasó cerca de un agente de tráfico, que ni siquiera lo miró. Finalmente, el automóvil dio vuelta a una esquina y Martín, tras una mirada rápida, lo condujo a una estrecha callejuela.

El lugar se ensanchaba unos veinte metros más allá. Era un espacio abierto, detrás de un edificio desierto: un antiguo garage abandonado.

-Es un lugar estupendo-comentó Martin-. Teníamos la intención de venir aquí. Y al jefe le gustó. Pero no lo veo...

-Agáchate-indicó su compañero.

Estacionaron el automóvil en un costado del espacio libre. Las luces estaban apagadas y el vehículo quedaba invisible.

-Esperemos un par de minutos, Lanza-dijo Martín.

Reinó un silencio sepulcral mientras el pistolero miraba con fijeza hacia delante.

Lanza fue a la parte trasera y hurgó con una pistola a Harry Vincent, con el objeto de asegurarse de que seguía amarrado.

-Voy a echar un vistazo -cuchicheó Martín y se apeó. Lanza percibió las suaves pisadas de su compañero, que andaba alrededor del coche.

Empezó a ponerse nervioso, pues no le agradaba el retraso. Silenciosamente sacó su pistola automática y la inclinó hacia el prisionero.

Unos disparos terminarían la espera. Martín volvería al instante al coche y tendrían que salir disparados. Luego explicaría que el prisionero se estaba soltando de sus ligaduras.

Con una risita diabólica, hurgó con la pistola las costillas del cautivo. La tentación bastó.

-Aquí va-murmuró, al poner el dedo en el gatillo.

En ese momento, una mano férrea asió la muñeca del pistolero.

La portezuela del automóvil se había abierto tan suavemente que el gangster no lo había oído,

La mano que hacia presa férrea, era invisible, semejaba una cosa negra surgida del vacío. Levantó el brazo de Lanza y el disparo de la pistola automática destrozó la ventanilla trasera del coche.

Profiriendo un juramento, el pistolero buscó a tientas a su invisible adversario.

Descendió otra mano negra, blandiendo un pesado revólver. Lanza esquivó, casualmente, el golpe, al lanzarse sobre la parte trasera del asiento.

El pistolero era vigoroso y corpulento.

Era uno de los criminales más duros de los bajos fondos. Atacó con furia, pues ya no empuñaba la pistola que cayó al suelo cuando le retorcieron la muñeca.

Surgió una figura para detenerle, pero se precipitó sobre ella. Esta retrocedió cuando el cuerpo del pistolero chocó contra ella.

Rodaron juntos por el suelo. Lanza cayó encima y sus manos buscaron ávidamente la garganta de su enemigo. EL cuerpo que estaba debajo recibió el golpe de la caída.

Y el pistolero estaba seguro de que su adversario estaba aturdido o privado de conocimiento.

En ese momento, el pistolero recibió una sorpresa que le dejó mudo de asombro. Percibió un ruido metálico sobre el suelo: el revólver de su adversario había caído sobre el pavimento.

Y cuando el pistolero asió la garganta del otro, dos férreas manos hicieron presa en él.

Un antebrazo le rodeó el cuello. Su cuerpo de ochenta kilos dio un salto de campana, lanzado con la espalda hacia arriba, a unos cuantos metros de distancia.

La nuca del pistolero chocó contra el pavimento, dejándole aturdido e impotente. Alguien subía al coche por el otro lado. Era Martín.

Acercándose al cuerpo del prisionero, el gangster comprendió que Lanza, fue atacado por un desconocido en la oscuridad.

Una linterna sorda brilló en la mano de Martín, iluminando la escena. Lanza estaba en el suelo, aturdido. A su lado, cerca del coche, distinguió a un hombre vestido con una capa negra, levantándose del suelo.

La capa del hombre dábale un aspecto extraño. Parecía una masa informe coronada por un sombrero de anchas alas.

En un abrir y cerrar de ojos, Martín observó que una mano enguantada se extendía hacia el suelo. La mano se disponía a recoger una pistola del pavimento.

El gangster disparó a la cabeza que coronaba la capa. "Tira a la cabeza" era su norma.

Sabia que una bala en la cabeza era la muerte segura para el asaltante de Lanza. Pero el hombre de la capa negra adivinó la acción y pareció desplomarse cuando el pistolero disparó.

El tiro del gangster atravesó la copa del sombrero de alas anchas.

Simultáneamente, la pistola automática del suelo escupió una llama al ser levantada.

Si La Sombra hubiese errado el tiro, no habría disparado nunca más, pues Martín apuntaba para tirar un segundo disparo que no habría errado el blanco.

La puntería de La Sombra fue certera. No había más que un punto sobre el cual podía disparar y estar seguro de tocar el blanco. Su bala encontró el punto: la linterna sorda que Martín tenía en la mano izquierda.

La linterna eléctrica se rompió en mil pedazos. La mano del pistolero descendió herida e impotente. Esto detuvo sus tiros por el momento; luego empezó a disparar como poseído, rebotando las balas por el pavimento.

¿Dónde estaba La Sombra? Parecía increíble que se hubiese incorporado y hubiese huido del lugar en tan pocos segundos.

Martín se inclinaba hacia delante, disparando otro balazo, cuando un revólver le respondió desde abajo. La Sombra había rodado debajo del coche de turismo, La chispa final de la pistola de Martín reveló la posición del cuerpo del pistolero.

La puntería de La Sombra fue certera, otra vez. La bala hirió el hombro de Martín, quien, perdiendo el equilibrio, quedó colgado del lado del coche.

La mano enguantada de La Sombra le arrebató el arma. Luego el hombre vestido de negro se incorporó y lanzó al pistolero del coche.

El motor arrancó y el coche salió disparado hacia delante y luego retrocedió.

Tornó a avanzar e hizo un amplio viraje hacia la estrecha callejuela. Sus faros iluminaron escena. Martín gemía en el suelo. Lanza, apoyado en un codo, trataba de escapar de las luces.

El coche pasó como una exhalación por el costado de los desarmados pistoleros.

Vincent, atado aún en la parte trasera del automóvil, no vió nada de esto.

Pero sabía que La Sombra le había salvado y que su liberación estaba cercana, pues, cuando el coche avanzó rugiendo hacia la calle, oyó un sonido que oyera otras veces antes, un sonido escalofriante que temía, aunque sin motivo para ello.

Era la risa burlona de La Sombra, la risa fantástica y sardónica que infundía el terror a todos los criminales y asesinos.

La Sombra, llevando a Vincent a la libertad, se burlaba de los gangsters a quienes había derrotado y se burlaba con una risa triunfal.

CAPÍTULO XI
CARDONA SIGUE LA PISTA DEL CRIMEN

La muerte de Carlos Blefken constituyó la noticia más sensacional del año.

El asesinado gozaba de gran reputación.

El crimen ocurrió en su propia casa, donde estaban varios amigos y un detective y era una prueba de que el asesino era hombre audaz e implacable.

Cardona había estado ocupado con el caso toda la noche. A mediodía se encontraba en Jefatura. Unas cuantas horas de descanso bastaron para recobrar su vigor.

El detective informaba a los periodistas.

-Me encontraba allí porque se esperaba que ocurriese algo desagradable-declaró-. Pero, escuchen bien, Blefken mismo se metió en la trampa. Obró con prudencia al llamarme. Su equivocación vino después. Si no hubiese abandonado aquella habitación, estaría vivo ahora.

-Escuche, Cardona-dijo uno de los periodistas-. Hemos publicado su nota. Nos han mandado aquí a obtener más detalles, si tiene algo que decir. Todo el mundo se pregunta: ¿por qué dejó usted salir a Middleton de aquel cuarto?

-Déjeme ver uno de los periódicos de la mañana-repuso el detective-. No he tenido tiempo de leer ninguno.

Un repórter sacó un periódico de un bolsillo.

Cardona abrió el diario y miró la primera página. Los periodistas le observaban atentamente.

En el rostro moreno de Cardona apareció un ceño. Sus labios se apretaron y durante un momento pareció poseído de furia. Luego arrugó el periódico y lo tiró a un rincón. Crispó los puños y lanzó una mirada colérica a los periodistas. Después se calmó.

-Me censuran, ¿eh?-dijo-. Han desvirtuado el caso y me presentan como un idiota. Soy un inepto, ¿eh?

-No es culpa mía, Cardona-replicó el repórter que hablara anteriormente-. Me han mandado a recoger datos. Quizá tenga usted razón al decir que Blefken cayó por su propia culpa en la trampa. Pero fíjese en los hechos. Usted dejó escapar al asesino. Sus declaraciones demuestran que Middleton era peligroso. El factor tiempo también resulta incomprensible. Declaró usted que hacía un momento que se había marchado. Y, sin embargo, logró estrangular a Blefken y escapar mientras usted encontraba el cadáver y daba la alarma...

El periodista se interrumpió.

Los ojos de Cardona centelleaban de furia y el repórter comprendió que no era prudente continuar. Los otros periodistas se movieron nerviosos.

-Mantengo mis declaraciones-dijo Cardona, con firmeza:- Es cuanto tengo que manifestar. Me ratifico en mis declaraciones.

-Perfectamente,

El periodista se encogió de hombros y salió de la sala. Los demás esperaron.

-Vean al inspector Klein, si desean saber algo más-gritó Cardona, furioso-. Véanlo. Véanlo. Vean si opina que soy un inepto...

Se interrumpió, comprendiendo que esta escena no le beneficiaría. Sonrió con acritud, se sentó a la mesa y empezó a estudiar algunos informes.

Los muchachos de la prensa salieron de la sala y cuando el ruido de sus pisadas se desvaneció, por el rostro rígido del detective se dibujó una sonrisa leve. Buscó entre un montón de papeles y sacó una fotografía.

Era una reproducción de las huellas de un pulgar. A continuación sacó un sobre. Se detuvo antes de abrirlo y miró a su alrededor, consciente de que le observaban. Vió entonces a Clyde Burke, de pie, a corta distancia.

-¿Qué hace usted aquí?-interrogó el detective-. Creí que se había marchado con el resto de esos sabuesos reporteros.

-Me he quedado, para hablar con usted, Cardona.

-Usted oyó lo que dije. Es suficiente.

-No para mí-sonrió Burke-. Le conozco a usted demasiado, Cardona.

-¿Qué quiere decir?

-Esa cara de póquer suya no se habría alterado a menos que viese algo en el periódico, a menos...

Cardona miraba con interés a Clyde Burke, cuando éste hizo una pausa para que sus palabras causasen más impresión.

-...a menos que-continuó Burke-, estuviese pensando en alguna otra cosa. A no ser que estuviese tan seguro de sí mismo que los sabihondos de la prensa le produjeran alguna sorpresa.

-¿De modo que le parece que tengo algo en cartera?

-Estoy seguro de ello-repuso Clyde-. Estaba convencido cuando se marcharon los otros y por este motivo me quedé. He estado observándole.

-Es usted un buen chico-declaró Cardona, mirando pensativo hacia la pared-. Siempre me ha tratado decentemente y, en consecuencia, voy a devolverle el favor. Voy a darle una historia para El Noticiero, que dejará pasmados a esos sabihondos.

Burke sonrió.

-Me critican-continuó el detective-, porque dejé escapar a Middleton. Ya están llamando a Middleton "el deportista asesino". Eso decían los titulares de aquel periódico.

Cardona apuntó con el pulgar hacia el rincón, adonde tirara el diario.

Clyde Burke asintió en silencio.

El detective prosiguió:

-Pues bien, todos están en la luna, excepto usted, Burke. Critican mis declaraciones y afirman que he demostrado mi ineptitud. Ninguno de esa caterva ve que mis declaraciones demuestran que no tuve la menor probabilidad de echar el guante al asesino.

-¿Cómo es eso?-Inquirió Burke, con interés.

-Fíjese en el factor tiempo, que esgrimen en contra mío. Seguí a Middleton cuando no hacía un minuto que había salido. ¿Ha visto usted el cadáver?

-Sí.

-¿Observó las señales que tiene en la garganta?

-Sí.

-¿Aquellas profundas huellas de unos pulgares?

-Si.

Cardona hizo una pausa para dar a Burke tiempo de reflexionar.

El repórter meditaba, pero sus pensamientos eran diferentes de lo que suponía el detective.

Pensaba en una línea delgada y blanca, una señal casi invisible, que rodeaba el cuello de Carlos Blefken. También recordaba una marca en la frente del asesinado. Clyde Burke había visto ambas cosas, porque las buscó; pero era evidente que Cardona no las había visto.

-Las huellas de unos pulgares -repitió el detective-. Muy profundas, ¿no es verdad? Oprimieron con terrible fuerza ¿no es cierto? Ahora fíjese que Middleton estaba en aquel cuarto y que, cuando salió, le seguí...

-Comprendo -exclamó Burke, entendiendo dé repente-. Middleton no tuvo más que un minuto para salir al pasillo, estrangular a Carlos Blefken y escapar...

-Eso es. Dele medio minuto a lo menos para estrangular a Blefken. No pudo hacerlo, Burke. Es materialmente imposible. Además, desde que Blefken salió de la sala de juego hasta que se encontró su cadáver, transcurrieron más de cinco minutos, quizá diez. ¿Dónde estuvo aquel tiempo?

-Entonces el asesino le acechaba...

-En el pasillo...

-...que estaba a oscuras -apuntó Cardona

-¡Y el asesino lo atrapó! -prosiguió Burke-. Le cazó cuando volvía. Le estranguló. Luego el criminal debió salir rápidamente.

-En efecto. Y calculo que salió antes de que Middleton llegase -afirmó Cardona.

-¿Cómo explica la acción de Middleton? -preguntó Burke.

-Muy sencillo. Pudo salir para ir en busca de Blefken. Eso me imaginé al principio; pero he cambiado de opinión. Creo que Middleton se marchaba. Estaba nervioso. Se dirigía hacia la puerta de la calle, tal vez titubeando, pero, al tropezar con el cuerpo, huyó como alma que lleva el diablo.

-¿Por qué?

-Por muchas razones. Habría sido la victima; le habrían acusado. ¿Qué hacía en aquella casa? Fue a evitar el asesinato de Carlos Blefken. Fracasó en su empresa. Tan sólo conocía la verdad; al menos eso pensó Middleton.

-Comprendo -dijo Burke-. Esas explicaciones son lógicas, Cardona, ¿Cree usted, entonces, que Middleton era sincero?

-No garantizo semejante cosa -repuso el detective-. He visto a muchos asesinos. Quizá fue un cómplice. Una cosa es evidente: él no fue el asesino.

Cardona había empezado sus declaraciones en tono reservado. Sus últimas palabras fueron pronunciadas con firmeza.

El detective se inclinó hacia Burke.

-Podía haber dicho a esos mentecatos muchas cosas -dijo en tono confidencial-. Se lo digo a usted, porque voy a permitirle que me acompañe. Pero ni una línea en su periódico hasta que yo le avise; luego podrá usted explotar las noticias. ¡Dentro de una hora habré echado el guante al asesino de Carlos Blefken!

Clyde Burke no esperaba este sorprendente anuncio. Conocía muy bien a Cardona y no dudó por un instante de sus declaraciones. Cardona no solía contar la caza hasta que la tenia en el zurrón.

-Mire esto -dijo el detective.

Abrió un sobre y extrajo un pedazo de tela que desdobló. El trozo de paño fue arrancado del abrigo de un hombre. En la parte superior había un pedazo de etiqueta, con la siguiente inscripción:

HELMEF Sas Nueva

-¿Saca algo en claro de esto? -preguntó el detective.

-Parece una etiqueta de una prenda de vestir -opinó Clyde.

-No es muy difícil de adivinar, ¿verdad? -rió Cardona-. Probablemente no conoce usted la casa. Helmsford, sastre, Nueva York. Es uno de los mejores sastres. ¿Ve usted esos trozos de paño gris, arrancado con el forro?

Clyde Burke movió la cabeza en señal afirmativa.

-Perfectamente -continuó Cardona-. Esto fue encontrado en las manos crispadas de Carlos Blefken. Lo hallé cuando el doctor declaró que estaba muerto y me lo quedé.

"Al examinarlo, comprendí que Middleton no era el criminal. Middleton vestía un traje azul marino; y este trozo de paño gris indicaba otra persona.

"No quise esperar a que se hiciera de día. A las tres de esta misma madrugada, tenia a Jaime Helmsford, gerente de la sastrería, en su establecimiento.

"Tuve suerte, Burke. Este sastre es de postín, muy caro; viste a la gente rica. Conocen el paño que usan, en cuanto lo ven. Helmsford me enseñó el resto de una pieza de la misma tela. Al confrontarlo, encontró que la reservaban para un señor llamado Clinton Glendenning, quien se ha mandado hacer un par de trajes del mismo material.

"Mandé a Williamson a vigilar la casa de Glendenning desde entonces. Esta mañana, a las diez, salió un joven llevando un traje gris. Lo llevó a una sastrería, sita a una cuadra de distancia. Williamson y sus ayudantes le detuvieron.

"Llevaron al joven y el traje a la comisaría del distrito y me telefonearon. Acabo de venir de allí, Burke. A aquel traje le falta un trozo exactamente igual a éste.

Burke observó que los ojos del detective brillaban de júbilo y comprendió que iba a comunicarle algo más.

-Siguen vigilando la casa -prosiguió Cardona-. Interrogué al joven detenido. Se negó a hablar hasta que me vió. Entonces empezó a cantar. Es el secretario de Glendenning. Trabaja con él desde hace varios años. Declaró que estaba preocupado por las cosas extrañas que sucedían allí. Dijo que Glendenning le mandó fuera anoche y que, cuando regresó, el viejo no estaba en casa.

"Llegó más tarde y Larkin -así se llama ese joven- observó que se conducía de una manera extraña. El viejo le dio esta mañana el traje y le dijo que lo repararan enseguida, que se había roto en la portezuela de un taxi.

"Larkin tenia que ir a otros recados y no le esperaban hasta la una. Así ordené a los muchachos que retuviesen al detenido hasta mi regreso y vine aquí rápidamente, dejando a Williamson vigilando la casa.

"Tenemos la llave de la puerta principal. Larkin me la entregó. Ese secretario va a resultar una joya.

"Tenemos la casa vigilada y el caso resuelto. Y cuando vengo aquí, entusiasmado ¿qué encuentro? ¡Una pandilla de mentecatos, de periodistas idiotas, que quieren saber qué me sucede! Pronto lo sabrán. Es usted el único repórter inteligente entre esa caterva de imbéciles, Burke.

Entró un hombre en la habitación. Era el inspector Klein.

Cardona recogía una placa fotográfica cuando entraba el inspector. Al verlo, corrió a su encuentro y se la enseñó.

-Si las manos de Glendenning son iguales, le tenemos –exclamó-. Pongámonos en marcha, jefe. Le iré informando en el trayecto.

El inspector Klein miró con desaprobación a Clyde Burke.

Cardona sonrió indicando que era de confianza.

-Burke nos acompañará –dijo-. Dejaremos que un repórter presencie nuestro sistema de trabajar. Este es un chico que nos tratará decentemente. Merece las primicias.

Cardona cuchicheaba al oído del inspector mientras los tres se dirigían con rapidez en un coche de la policía a la parte alta de la ciudad.

Burke oyó muy pocas palabras de la conversación. Breves instantes después llegaban a una esquina, donde se apearon.

-La casa está en la calle próxima -indicó Cardona-. No quisimos acercarnos demasiado con el coche. No hay nadie a la vista. ¡Magnífico! Williamson vigila estupendamente. Quédese aquí, jefe. Yo me cuidaré de esto.

Clyde Burke se quedó con el inspector, Klein. Vieron a Cardona entrar en un portal. Evidentemente sostuvo una breve conferencia con un agente que estaba oculto allí.

Pocos momentos después, el famoso detective reaparecía y se dirigió a una casa que tenía unos escalones de piedra. Subió, abrió con una llave la puerta y desapareció en el interior.

Dos hombres vestidos de paisanos aparecieron como por arte de magia.

Entraron por la misma puerta, en calidad de refuerzos para su jefe.

Tras unos momentos de tensión sonó el silbido de un pito. Media docena de hombres aparecieron a la vista.

-Vamos allá -dijo el inspector.

Acompañado de Burke, avanzó por la calle, siguiendo a los hombres que iban delante. AL entrar en la casa, observaron que los agentes ya estaban abriendo las puertas y examinándolo todo. Entraron en la habitación de delante.

Allí, en un cómodo sillón, hallábase sentado un anciano de cabellos grises, con las manos en alto. Profería amenazas incoherentes.

Cardona encañonaba a Clinton Glendenning con una pistola automática y cuando entró el inspector, hizo una señal a dos de sus agentes, que al instante detuvieron al anciano.

Glendenning pareció tener la intención de oponer resistencia y asió en una férrea presa uno de los brazos de su aprehensor. Mas, al ver la pistola, volvió a alzar las manos. Esposado, fue conducido afuera.

-Conducidlo a Jefatura, Williamson-ordenó Cardona, a un detective de rostro solemne que se hallaba de pie junto a la puerta-. Volveremos pronto allá.

En la mesa de Glendenning había un manojo de llaves. Cardona lo cogió y miró hacia la puerta que conducía al dormitorio del viejo. Entró, seguido del inspector Klein y de Burke, y al apartar unas cortinas que allí había, descubrió una estrecha escalera que conducía al piso inferior. Oíase un rumor de pisadas abajo.

Cardona llamó. Era uno de sus hombres que acudió al instante.

-¿Qué hay abajo? -le preguntó.

-Nada -fue la respuesta-. Un pasillo que conduce al primer piso.

-Bajaremos por el otro lado -observó Cardona.

Cruzaron el vestíbulo y, deteniéndose en el extremo, el detective probó abrir una puerta que estaba cerrada con llave.

-Glendenning tiene una sobrina-explicó-. Esta es su habitación, cuando está en casa. El secretario ha declarado que se marchó. El viejo lo ignora.

Probó varias llaves y finalmente abrió la puerta. El aposento era sencillo pero estaba bien instalado. Luego el detective cruzó el cuarto para examinar una cosa que había en la mesa. Era una carta que leyó en voz alta.

Decía:

"Querido tío Clinton:

Me he marchado. No puede soportar mas vivir aquí. He sido engañada. Ahora conozco lo que se ha hecho del hombre a quien amaba. No puedo olvidarlo nunca. No tema que yo diga jamás lo que he sabido de Usted. Simplemente sepa que he desaparecido su vida para siempre.

Margarita

El detective pasó la misiva al inspector quien la examinó cerca de la ventana.

-La muchacha estaba enterada -comentó Cardona-. Debió averiguar las fechorías de su tío. Quizá podamos dar con su paradero.

Llamaron desde abajo y Cardona se dirigió presuroso en esa dirección.

Clyde Burke siguió. ¡Qué triunfo para "EL Noticiero" sería esta historia!

Aún más -esto era lo más importante para Burke- sería un valiosísimo informe para La Sombra.

-¿Y esta puerta? -preguntó a Cardona un detective vestido de paisano, en el vestíbulo de la parte posterior de las escaleras-. Parece conducir a los sótanos.

Cardona abrió con una de las llaves y la luz de su linterna encontró el interruptor, que oprimió. Las luces no se encendieron.

Proyectando los rayos luminosos de su linterna, sorda, el detective empezó a descender la escalera y llegó al sótano con Burke y el otro detective.

Una carbonera, en cuya puerta se habían clavado unas tablas, llamó la atención de Cardona, quien al instante se adelantó a investigar. Su ayudante y Clyde Burke arrancaron las tablas y luego pasaron todos.

En el rincón del interior de la carbonera había una caja pesada, cerrada con un candado. Ninguna de las llaves le iba bien. El ayudante de Cardona desapareció y breves instantes después volvió con un martillo.

El candado resistió el primer golpe, pero un segundo martillazo, más certero, lo rompió. Cardona levantó la tapa y alumbró el interior con su linterna eléctrica.

Un segundo después el detective se volvió hacia los dos hombres, su ayudante y Burke, que estaban en la entrada de la carbonera.

El brazo de Cardona estaba metido en el interior de la caja y la luz de su linterna se proyectaba hacia arriba. El rostro del famoso detective presentaba un aire extraño a la luz que lo iluminaba.

-¿Qué es? -preguntó Clyde, sobresaltado al observar el súbito cambio de Cardona.

-Un cadáver -respondió el detective, lentamente-. Un cadáver. El cuerpo de un hombre asesinado. ¡Otra víctima del horrible monstruo que acabamos de capturar!

CAPÍTULO XII
CHISPA DONEGAN SE PREPARA

Era un viernes por la noche. Chispa Donegan estaba malhumorado, sentado en su piso. Dirigió una mirada hacia la pared y profirió un juramente furioso, pues no estaba satisfecho del giro de los acontecimientos.

Alguien llamó a la puerta.

Chispa Donegan reconoció la manera de llamar y dijo:

-Adelante.

Abrióse la puerta y Dip Riker entró.

Chispa, saludó con un gruñido a su lugarteniente.

-Es hora de que aparecieras -le dijo-. Eres muy grande. No te quedes ahí plantado con la boca abierta. Entra y siéntate. Quiero hablar seriamente contigo.

Dip Riker obedeció. A pesar de creerse el igual de Chispa, sabía que había cometido una falta grave. Algo salió mal la noche anterior. Ignoraba aún lo que ocurrió. Tomó asiento y trató de sostener con firmeza la dura mirada de su compañero, mas le fue imposible y se movió nervioso en su silla.

-Ha ocurrido un desastre por tu culpa -acusó Chispa-. Si hubieses cumplido tu cometido, no tendríamos nada que temer ahora. ¿Por qué causa no seguiste la pista de ese Vincent?

Dip protestó:

-Le seguí, Chispa. Pero tú sabes perfectamente, con pies de plomo. El asunto se habría estropeado si ese pájaro me hubiese visto. No podía arrimarme demasiado.

-No vigilabas mucho a ese espía mientras te emborrachabas o ganduleabas en un bar clandestino -replicó, con acritud, Chispa-. Deberías haber estado rondando por las cercanías del hotel. Anoche fue la noche y... dormías!

-Sufrí un accidente, Chispa -alegó Dip-. De veras, creí que un sujeto iba a achicharrarme y fui a sacar la pistola. Entonces una pandilla me asaltó. Me encontré en un aprieto. Pero había allí un tipo que me ayudó. Escucha, Chispa, hay un tío de pelo en pecho que puedo contratar, en cualquier momento que lo necesitemos. Cliff Marsland. Es un as y amigo de Pete...

-No hables de eso ahora-interrumpió Chispa Donegan-. No estoy pensando en quien voy a contratar. Pienso en la manera como puedo desembarazarme de idiotas como tú. Reflexiona eso.

Dip Riker reflexionó. Permaneció sentado, silencioso, vigilando a su compañero con el rabillo del ojo. Le desagradaban los

reproches pero no sabía qué replicar. Hubo un momento en que estuvo a punto de estallar, pero se contuvo.

Chispa no volvió a abrir la conversación.

Transcurrieron unos veinte minutos y Dip seguía intrigado sin saber por qué le habría llamado Chispa Donegan.

Ciertamente no adelantaban nada con aquel silencio. Quería hablar, pero cada vez que abría la boca, al ver la cara de Chispa, se contenía. Chispa tenía un humor de mil diablos y Dip no quería enojarlo más.

Sonó otro golpecito en la puerta y Chispa gruñó en respuesta.

Entró el pistolero Lanza y Chispa le señaló una silla. Lanza miró a Dip Riker y adivinó la situación. Tampoco tuvo prisa de hablar.

Pero Chispa empezaba a pedir cuentas y obró como si tuviese a dos miserables delincuentes ante sus ojos. Estaba dispuesto a reprender a los dos pero escogió a Lanza como víctima.

-De modo que echaste a perder el trabajo, ¿eh? –acusó-. Fracasaste como un novato ¿eh? Martín está medicándose. Le está bien empleado por no cumplir lo que le ordené. Tú tienes la culpa también. ¿Por qué dejaste escapar a aquel espía? ¡Eres un cobarde!

Los ojos de Lanza relampaguearon pero se contuvo. En su rostro apareció una expresión de astucia. Sabía lo que Chispa esperaba: excusas. Y contraatacó a su vez.

-Preguntas qué sucedió anoche, ¿eh?-interrogó-. Pues bien, a eso he venido a verte. Anoche nos diste a Martín y a mi unas instrucciones estupendas, que no tienen más que una explicación: nos estabas traicionando.

Chispa Donegan se incorporó, amenazador. Arrimó los puños crispados al rostro de Lanza, que no se inmutó.

-¡Retira esas palabras! -rugió.

-Quizá tú también retirarás las tuyas-replicó Lanza.

-¡Me has llamado traidor!

-¡Y tú me has llamado cobarde!

Dip Riker intervino con una risa áspera. La escena le parecía muy divertida.

Dijo:

-No seáis un par de niños. No se adelanta nada con insultarse mutuamente. ¿Qué te sucede esta noche, Chispa? ¿Qué mosca te pica? No dejas hablar a nadie. Cálmate.

Chispa Donegan se volvió, gruñendo. Comprendió que Dip tenía razón; al mismo tiempo, no podía olvidar la conducta torpe de sus

secuaces. Tras un momento de reflexión, decidió que no era conveniente obrar con demasiada ligereza.

No fue Lanza quien cometió la mayor torpeza; Martín fue el mayor culpable. Volviéndose, miró a los dos hombres y, finalmente, habló a Lanza.

-Está bien, Lanza –dijo-. Olvidemos la discusión. Quizá yo estoy equivocado. Explícame por qué fracasó la faena anoche.

-En primer lugar, fue aquella llamada telefónica -declaró el pistolero, tranquilo ahora que Chispa se había calmado-. Estábamos en nuestro observatorio. La muchacha y su acompañante pasaron, dieron la señal, a lo menos la dio el hombre. Luego apareció el espía y le echamos el guante. Martín te telefoneó, como habíamos quedado convenidos. Cuando terminó de hablar contigo, me dijo que tú querías encontrarte con nosotros...

-!Martín está loco!-tronó Chispa, furioso.

-Eso mismo me figuré -asintió el pistolero Lanza, satisfecho-. Yo era partidario, y así se lo dije, de darle el paseo inmediatamente a aquel pájaro. Pero Martín dijo que íbamos a esperarte detrás del garage de Howley. Fuimos allí, como él te dijo cuando te telefoneó. AL llegar allá, se apeó para echar un vistazo por los alrededores.

-¡Una ocurrencia estúpida! - bramó Chispa.

-Eso mismo le dije -insistió Lanza-. Aquello me puso nervioso y decidí terminar con semejantes tonterías. El espía estaba amarrado en el asiento trasero del coche. Empuñé mi pistola y fui a pasaportearlo.

-¿Por qué demonios no lo hiciste?

-Lo habría hecho, irremisiblemente. Pero de pronto apareció un tío que me atacó en la oscuridad, por sorpresa. Si Martín hubiese estado en el coche conmigo, lo habríamos liquidado. Pero el pájaro aquel me arrebató la pistola y cuando iba a lanzarlo del coche, me dio media vuelta y aterricé de cabeza. Perdí el conocimiento, Chispa.

-Lo mismo que yo -exclamó Dip.

-Cállate -gruñó Chispa-. Lanza tiene una excusa y tú no. Continúa, Lanza.

El pistolero prosiguió:

-Disparé un tiro, un solo tiro, antes de perder el conocimiento. Pero el tiro no dio en el blanco y no sirvió más que para despertar a Martín, donde estuviese. Mientras yo estaba desvanecido, Martín intentó achicharrar al desconocido, pero fue éste quien lo abrasó. Luego el pájaro que nos atacó, se largó con el coche.

-Bueno, no te portaste mal, Lanza. Martín es el culpable de todo. Desde ahora está borrado de la lista.

-Tienes razón que está borrado de la lista -asintió Lanza-. Estaría en el otro barrio, si no hubiese estado yo allí. Lo recogí y llevé a casa de un médico mudo. No volverá a trabajar antes de un mes.

-Podemos prescindir de él -dijo Chispa.

-¿Sí? -murmuró el pistolero, en tono que sorprendió a Chispa-. Quizá podrías prescindir de mí también. No quiero trabajar, si no se aumenta el personal. De ninguna manera, después de lo que he averiguado. Hablé a Martín mientras gemía en el coche.

-¿Y qué?

-Pues averiguó quién lo acribilló.

-¿Quién fue?

-¡La Sombra!

Chispa Donegan miró fijamente a Lanza, lo mismo que a Dip Riker. En su rostro apareció una expresión de incredulidad y sus labios dibujaron una sonrisa avinagrada. No obstante, la expresión cambió al mirar a Dip.

El rostro siniestro de éste, se puso blanco como una sábana y sus ojos parecían los de un animal acorralado. El nombre de La Sombra le había aterrado.

Chispa se intranquilizó al observar el espanto de su lugarteniente. Miró de nuevo a Lanza y comprobó que éste estaba tan asustado como Dip.

-¡La Sombra! -murmuró, intentando repetir el nombre, ridiculizándolo.

Rió brevemente y añadió:

-Alguien te ha engañado, Lanza ¿Qué aspecto tenia el pájaro que te atacó?

-No le vi -respondió el pistolero-. Hice presa en él, pero estaba oscuro. No hay ningún hombre corriente que sea capaz de anular mi presa de estrangulación. Jamás me he topado con un tío como éste. Cuando recobré el conocimiento, me pregunté qué diablos había sucedido. Y cuando Martín me contó su historia, supe quién era.

-He oído contar muchas tonterías acerca de ese impostor que llaman La Sombra -dijo Chispa, con voz calma-. Siempre me figuré que eran unos cobardes los que tenían miedo de ese fanfarrón. Los valientes, como vosotros pretendéis ser, no creen esas tonterías.

-Escucha, Chispa - interrumpió Dip-. Lanza no está contándote ningún cuento tártaro. Si Martín dijo que el atacante era La Sombra, no está bromeando. Martín lo ha visto y lo conoce. Además, no es el único, que yo sepa, que lo ha visto. Si hemos de toparnos con La Sombra tendremos que andar con cuidado; la batalla será dura y todos lo pasaremos mal.

Hizo una pausa y añadió:

-Hay muchos en el otro barrio, que no pueden decir lo que les sucedió por intentar liquidar a La Sombra.

Estas palabras impresionaron a Chispa. Le asaltó un temor al oír la revelación de Lanza, pero adoptó un aire impasible para que sus secuaces no se alarmasen más de la que estaban.

-¿Qué averiguaste de ese individuo? -interrogó Dip-. ¿Qué se proponía? ¿Quién es?

-Me pareció que era un detective -respondió el interpelado-. No le encontré nada encima.

-Pues bien, yo te diré lo que hace -dijo Chispa-. Trabaja con La Sombra. Seguramente, llegó al almacén antes que su jefe. La Sombra lo sacó del aprieto, librándolo, de la muerte, pero no volverá a hacerlo más.-Tras estas palabras, empezó a pasear tranquilamente de un lado a otro del cuarto, hablando en voz baja, para sí. Lo hacía deliberadamente, con el objeto de inspirar confianza a sus dos secuaces.

-La Sombra ¿eh? -se mofó-. Conque peligroso, ¿eh? Duro de pelar ese fanfarrón, ¿eh? Si es lo que pretende, volverá allá, a espiar. No conseguirá nada. No puede echar abajo aquella puerta ni con una carga de dinamita. No dejaremos escapar ninguna probabilidad más. ¡Vamos a cazar a La Sombra!

Contempló con aire solemne a sus secuaces. Continuó:

-Hemos vigilado únicamente cuando había alguna faena. Pero, desde ahora en adelante, vigilaremos todas las noches. Martín está fuera de combate, lo cual significa que quedáis más que dos. Dip no puede estar allí continuamente.

-Tengo un amigo -indicó Lanza.

-Necesitamos más de uno -repuso Chispa-. Voy a reunir una banda, muchachos. ¡Será el fin de La Sombra! Tened cuidado con la lengua. Aseguraos de los individuos que contratéis. Buscad algunos buenos tiradores y que no tengan miedo de usar una pistola. No me importa a quien haya de liquidarse, con tal que cacemos a La Sombra. Recordad que os aumentaré el sueldo y que cuento con vosotros.

-¿Cuántos hombres necesitas? -inquirió Dip, su lugarteniente.

-Cuatro, además de vosotros dos -fue la respuesta,

-Yo traeré dos -ofreció Lanza.- Traeré a Tony Caprona y a Gringo Butz, para que empiecen a trabajar esta misma noche. Iban a ingresar en la banda de Bush, antes de que lo liquidasen.

-¿Y tú, Dip? -preguntó Chispa-. Me interesa el individuo de quien me hablabas,

-Cliff Marsland. Es un as. Acaba de llegar de Chicago. No le teme a la muerte y es hábil con la pistola. Vale por dos...

-Contrátalo, entonces. Además, busca a otro. Vigila alerta, desde ahora tú actuarás de jefe, allá arriba, Lanza. Continúa teniéndome al tanto de lo que ocurra, como hasta ahora, Dip. Y examina a esos dos hombres que traerá Lanza. Dime si te inspiran confianza. Si alguno te parece sospechoso, dale el paseo.

Los dos gangsters asintieron con la cabeza y Chispa Donegan los despidió con un gesto de la mano. Cuando se hubieron marchado, sacó una botella de detrás de la mesa y se sirvió una copa.

-De manera que La Sombra está mezclado en esto ¿eh? –gruñó-. Pues lo va a pasar mal. Conozco sus artimañas. La Sombra trabaja solo, por regla general. Eso dicen. Pues bien, yo no trabajo solo; cuando necesito una pandilla, la busco. Contra eso tiene que enfrentarse La Sombra, contra una banda.

Se sirvió otra copa y contempló sonriente la botella.

-Ni Dip ni Lanza saben qué negocio nos llevamos entre manos –murmuró-. Si ellos no lo saben, La Sombra no lo va a saber. ¡La Sombra... el terror del hampa... bah! Me guarda las espaldas un personaje más poderoso que La Sombra. Más poderoso de lo que La Sombra puede jamás soñar con llegar a ser. La Sombra... que venga... estamos dispuestos a recibirle...

CAPÍTULO XIII
EL TEMPLO DEL SILENCIO

La noche siguiente, Chispa Donegan salió de su piso, torció la esquina, a la derecha, y se dirigió al lugar donde estacionaba su coche. Procedía con cautela, pues llevaba una misión concreta.

Era cerca, de medianoche cuando salió de su casa y, cuando subió al coche, partió veloz en dirección a la parte alta de la ciudad.

Al llegar cerca de su destino, dejó el automóvil en una callejuela y se apeó.

Avanzó tranquilamente a través de la densa oscuridad hasta llegar al pasaje situado entre los dos almacenes, por donde entraran Larkin y Margarita Glendenning.

Vigilaba alerta, con el propósito de descubrir alguna señal que indicase la presencia de los miembros de su pandilla, mas todo estaba envuelto en un profundo silencio. Sonrió para sí, pues ese puesto de observación invisible le agradaba.

Penetró en el pasaje, aguzando los oídos para escuchar algún sonido. El estrecho pasaje, con sus salidas a calles paralelas, era una trampa ideal.

Los pistoleros que vigilaban tenían instrucciones concretas, al efecto, de que cualquiera podía entrar allí, pero la salida era otra cuestión muy diferente, Harry Vincent averiguó esto y Chispa Donegan sonrió al recordarlo.

Al llegar a la mitad del pasaje, se detuvo y, metiéndose una mano en el bolsillo del abrigo, sacó una linterna eléctrica. Una lucecita verde guiñó tres veces... Era ésta una señal que Vincent no vió hacer a Larkin.

Luego se volvió hacia la izquierda, y tocó la pared. Una puerta se abrió hacia el interior y el gangster entró en el pasillo Oscuro como boca de lobo.

La puerta se cerró silenciosamente detrás de él. Atravesó la segunda puerta y pasó al iluminado corredor. Había dado unos cuantos pasos cuando se detuvo en seco.

Tuvo la sensación de que no se encontraba solo y miró atrás, hacia la puerta por donde entrara. No había en el extraño corredor más que una profunda oscuridad, punteada por unas lucecitas en el centro.

Escudriñó las sombras negras que oscurecían el extremo de la pared y, durante un momento, sintió el impulso de retroceder y examinar detenidamente aquel trozo de negrura.

Luego se rió de su locura y su risa lúgubre resonó hueca en el corredor.

Siguió adelante, haciendo eco sus pisadas. Penetró en la oscuridad del pasillo lateral y esperó un momento. No se oía el menor sonido.

Continúo avanzando. Estaba satisfecho de que no había nadie acechando.

Llegó al ascensor y entró. Un instante después, cerróse la puerta al mismo tiempo que la luz se encendía. Mientras el ascensor subía, contemplaba atento las paredes.

El gangster estaba impaciente por la lentitud con que el ascensor subía. Miró hacia arriba, sin preocuparse del pequeño compartimiento en que ascendía.

Tan cerca de él había una figura alta y vestida de negro, que un simple movimiento de su brazo le habría advertido su presencia. Silenciosamente, deslizándose en el interior como un fantasma, la figura había entrado en el ascensor, en la oscuridad, al mismo tiempo que Chispa Donegan.

El hombre envuelto en una capa negra podría haber sido la sombra del gangster, pues la figura entera tenía un color negro. Chispa llevaba un sombrero de alas anchas, un abrigo desabrochado y una bufanda pendiendo de sus hombros.

La sombra sólida que había detrás de él era casi su doble. El sombrero de amplias alas, el abrigo, y las manos calzadas de guantes negros, constituían una representación fantástica. Pero esta sombra era una sombra viviente.

Era... ¡La Sombra!...

El ascensor paró en lo alto al llegar a una abertura. Chispa salió y echó a andar por el mal alumbrado corredor. Suave y silenciosamente, seguíale el hombre vestido de negro.

El gangster penetró en un vestíbulo oscuro en un lado del corredor.

La Sombra le siguió, pegado a la pared, lo cual fue oportuno, pues el gangster, obedeciendo a un súbito impulso, volvió la cabeza desde la abertura y dirigió hacia atrás una mirada recelosa, a lo largo del corredor.

No vió nada y la luz del ascensor le aseguró que no había nada anormal.

Profiriendo un gruñido de satisfacción, avanzó hacia la escalera de espiral.

Sus pisadas resonaron sobre el metal, al descender la escalera. La Sombra siguió al gangster, sosteniendo la misma marcha, sin hacer el menor ruido.

Si Chispa hubiese mirado hacia arriba, no habría visto a nadie, pues la pronunciada curva de la escalera mantenía a La Sombra fuera del alcance de la vista. AL llegar al pie de la escalera, el gangster fue a la puerta corrediza, que se abrió. Entró y la puerta se cerró tras él. Una vez dentro, contempló la habitación empapelada con un papel que ostentaba dibujos extraños.

Hallábase solo. La Sombra no le había seguido hasta allí. Unos instantes después encontróse de pie delante de la puerta tallada que ostentaba la cabeza del león.

Divisó el brillar verdoso de unos ojos escrutadores. Pasó satisfactoriamente la inspección y la puerta deslizóse hacia un lado. Entró en la sala de recepción.

No pasó de allí. Evidentemente era innecesario que viese al dueño de la casa. Chandra, el birmano, se aproximó y Chispa Donegan sacó un sobre arrugado del bolsillo del abrigo.

-Espere -dijo el criado, y se retiró.

Al volver, trajo una pizarra grande. En ella, inscrito en letra menuda, había un mensaje que Chispa leyó. Era la respuesta a la misiva que el gangster enviara a Enrique Zayata.

-El señor no puede verlo ahora -informó Chandra-. Está ocupado. Esta es su respuesta.

Chispa Donegan asintió con la cabeza, soltó una risita. Devolvió la pizarra al birmano y se volvió hacia la puerta de roble. La respuesta de Zayata era suficiente.

Chandra abrió la puerta y el gangster salió a la habitación moviente. La puerta de roble se cerró y Chispa descendió y salió al llegar al pie de la escalera de espiral.

No vió a nadie allí. Reinaba una profunda oscuridad detrás de la base de la escalera de hierro y no prestó atención al estrecho espacio que allí había.

Inició la marcha hacia arriba y el rumor de sus pisadas resonó cada vez más apagado a medida que llegaba a lo alto.

En ese momento una figura surgió del espacio que había en la base de la escalera. Surgió de la nada, cual una forma negra que adoptaba el aspecto de un ser humano.

La Sombra, una figura alta y misteriosa, se encontraba a solas. Avanzó hacia la puerta corrediza situada delante de la escalera.

Allí, unas manos calzadas de guantes negros, empezaron a trabajar. Un instrumento de acero, delgado y flexible, brilló opaco a la luz borrosa.

Chirrió un resorte secreto y la puerta corrediza se deslizó a un lado. La Sombra, entró en el cuarto empapelado con un papel de grotescos dibujos.

Luego permaneció inmóvil y silenciosa.

Arriba, Enrique Zayata, el inválido, estaba reclinado en un riquísimo diván.

A su lado, hallábase sentada Margarita Glendenning. La muchacha lucía un vestido lujoso que había encontrado en el

armario de la habitación reservada, para los huéspedes. Había disfrutado grandemente su estancia en la magnífica y misteriosa mansión de Enrique Zayata. Y al pensar que, algún día, debería abandonar aquella fantástica morada, exhaló un profundo suspiro.

Zayata oyó el suspiro y, con aire de inquietud en el rostro, volvióse hacia la muchacha, dirigiéndole una mirada interrogante y llena de simpatía.

Margarita sonrió y dijo:

-Pensaba cuán maravilloso es vivir aquí y cuanto me desagrada la idea de marcharme.

-¿De marcharse? -interrogó el inválido, suavemente.

-Desde luego. Verdaderamente no debería haberme quedado. Mas no pude marcharme después de haber sabido la verdad... Ahora... sería una equivocación permanecer más tiempo aquí...

-Mi querida muchacha, sería imposible que usted se marchase ahora. Seguramente debe gustarle vivir aquí...

-Desde luego, me gusta una enormidad. Es maravilloso vivir en estas hermosas habitaciones que usted me ha dado. Las horas que hemos conversado fueron maravillosas también. Pero he estado pensando que tal vez sería preferible volver al lado de mi tío...

-No puede usted volver ahora. Es imposible.

-Pero cuando Larkin venga...

-Larkin tardará mucho en volver.

-¿Por qué?

-Se lo diré -respondió, y luego hizo una pausa al ver entrar al criado.

Chandra llevaba la pizarra que mostrara a Chispa Donegan.

Margarita miró con curiosidad cuando Zayata cogió la pizarra y cuidadosamente borró con una esponja el mensaje. No vió a Zayata escribir aquella misiva después de leer la carta que Chandra le trajera.

-Chandra -ordenó el inválido-, tráeme los periódicos.

El birmano hizo una profunda reverencia y se dirigió a una mesa situada en un rincón del aposento. Levantando la tapa, sacó algunos diarios que llevó a su dueño.

Este, después de seleccionar uno, lo dio a Margarita.

La muchacha contuvo el aliento al leer los titulares. El periódico anunciaba la detención de su tío calificándole de monstruo. Glendenning era acusado del asesinato de dos hombres: de Carlos Blefken y del detective Hasbrouck.

La muchacha dirigió una mirada frenética a las columnas. Un párrafo llamó su atención. Decía:

"El hallazgo del cadáver del detective Hasbrouck ha revelado que Clinton Glendenning es un monstruo. Pero la prueba más convincente contra el ex fabricante la ha presentado el detective José Cardona. Las huellas dactilares de Glendenning son idénticas a las señales descubiertas en la garganta de Carlos Blefken. Una comparación de las reproducciones fotográficas no deja ninguna posible duda.

"El testimonio de Larkin ha sido valiosísimo. El secretario ha declarado que la noche que Hasbrouck visitó la casa de Glendenning, éste se retiró a su dormitorio antes de que el detective abandonara la casa. Larkin permaneció en el piso superior mientras Hasbrouck se marchaba.

"Se cree que Glendenning descendió a la planta baja por una escalera interior y asesinó a Hasbrouck, estrangulándole con sus manos férreas que han sorprendido por su fuerza a la policía.

"El detective Cardona no ha revelado el contenido de los diarios de Glendenning. Declara que se enteró de la existencia de dichos diarios por mediación de Larkin, quien manifestó que su dueño hacía algunas anotaciones secretas en ellas. El secretario ignoraba el lugar donde guardaba los diarios.

"Cardona los descubrió tras una larga y penosa búsqueda y ahora están depositados en Jefatura. El famoso detective manifiesta que las anotaciones de los diarios están hechas en la escritura de Glendenning y que facilitan informaciones que pueden conducir al descubrimiento de otros crímenes.

"Cardona declaró, con ciertas reservas, que Roberto Buchanan puede haber sido una de las víctimas del estrangulador. No obstante, no quiere hacer ninguna declaración sobre la desaparición de la sobrina del asesino".

Margarita dejó caer el periódico, ocultó el rostro entre las manos y empezó a llorar convulsivamente.

Para consolarla, en un gesto de protección, Zayata rodeó con su brazo los hombros de la muchacha.

Poco a poco cesó la crisis y con ojos húmedos por las lágrimas, Margarita miró a su nuevo amigo. La bondad de éste dábale ánimos y trató de sonreír; luego cerró los ojos y descansó la cabeza en el brazo de él.

Durante el silencio que sucedió, Chandra se aproximó y formuló una pregunta en lengua extranjera.

-No vendrá nadie más -dijo el inválido-. Cierra el ascensor y súbelo.

El birmano salió al pasillo.

Zayata habló suavemente:

-Sufre usted mucho, ¿no es verdad, Margarita?

-Sí -respondió la muchacha como en sueños-. Pero el dolor no puede durar mucho aquí...

-¿Se quedará?

-Debo quedarme unos días, después...

-Después ¿qué?

-Debo marcharme...

-¿Por qué ha de marcharse?

La muchacha no respondió.

-¿Por qué habría usted de marcharse nunca, Margarita? -insistió el inválido-. ¿Por qué ha de abandonar jamás... a quien le ama?

Los ojos de la muchacha se dilataron.

-Si, Margarita, la amo -declaró Zayata-. Quiero que se quede aquí... siempre... conmigo...

La muchacha apretó los labios A pesar del timbre seductor de la voz de Zayata, sus palabras la turbaron. El recuerdo de Roberto Buchanan la obsesionaba.

-¿Me ama usted, Margarita? –preguntó Zayata.

-No puedo saberlo todavía -respondió ella-. Por favor, déjeme pensar. Permaneceré aquí unos días, luego...

-. . . ¿me contestará?

-Sí.

-¿Cuándo?

Margarita reflexionó. Había observado cierta ansiedad en la voz del inválido, lo cual le dio de repente una sensación de inseguridad.

-Dentro de tres días –respondió-. Entonces le diré si me decido a quedarme aquí para siempre o me marcho.

-¿Promete darme su contestación entonces?

-Lo prometo.

Margarita levantó la cabeza y suavemente rechazó el brazo de Zayata. Este sonrió y señaló con una mano hacia la puerta que conducía al pasillo.

-Ha visto usted solamente parte de la casa –declaró-. ¿Por qué no va más de ella, puesto que puede ser suya, dentro de tres días?

Zayata palmoteó las manos y ordenó:

-Chandra, enseña el templo a la señorita Glendenning. Lo siento, Margarita -su voz se tornó triste-, pero no puedo acompañarla.

La alusión a su estado de invalidez excitó la compasión de la muchacha, e iba a contestar bondadosamente cuando observó que estaba reclinado con los ojos cerrados. Evidentemente estaba cansado. Entonces Margarita se levantó y siguió al birmano.

Este la condujo al pasillo, lo cruzó y empezó a inclinarse delante de una puerta de bronce que brillaba entre unas cortinas rojas.

Debía ser alguna ceremonia, pensó la muchacha. La puerta le recordó la entrada del vestíbulo, la barrera tallada en roble que ostentaba la cabeza de león.

Miró en aquella dirección y, ante su asombro, observó que la puerta corrediza se cerraba.

¿Podía ser producto de la imaginación que la puerta se cerrase por sí misma? Observó una negrura junto a la puerta, cerca de un florero grande y oscuro. Luego oyó a Chandra hablar.

Miró a su alrededor y al ver la visión que se presentaba ante sus ojos, olvidó la puerta que se cerraba.

La puerta de bronce estaba abierta y al otro lado veíase una habitación magnífica, un diminuto templo de aspecto fantástico. Todas las otras habitaciones de la mansión de Zayata resultaban insignificantes comparadas con esta.

Margarita avanzó suavemente. Chandra estaba a su lado, cuando ella avanzó entre montones de cojines y se acercó a un sillón que parecía un trono, situado en el extremo lejano de la habitación.

-Es el trono de Charn -cuchicheó el birmano-. No lo toque.

Margarita miró las tallas de oro del trono. Luego observó una caja grande y vertical que había a la derecha de la sala. Parecía una caja para una momia.

Encima de ella había tallada una representación del rostro de una mujer, un rostro solemne, con ojos que miraban con fijeza.

-La caja de Kali-cuchicheó el birmano en tono temeroso.

Margarita observó que la caja estaba rodeada de barras y cierre de plata.

-No debe abrirse nunca -comunicó Chandra, en tono solemne-. Nunca... hasta...

Su voz convirtióse en una sucesión de palabras pronunciadas en una lengua extraña.

-Venga -dijo el birmano, cuando Margarita seguía contemplando los maravillosos objetos del santuario,- venga. El señor no quiere que nos detengamos mucho tiempo aquí.

La muchacha siguió al criado hacia la puerta. De repente se detuvo. Dentro del marco de la puerta, junto a un tapiz oriental, los ojos de la muchacha vieron a una figura humana.

Era la figura de un hombre vestido de negro; una forma alta y envuelta en una flotante capa negra. La cabeza estaba cubierta con un sombrero de alas anchas que le ocultaban hasta los ojos.

¿Era una extraña estatua o un ser viviente?

-Venga -Chandra hablaba desde el vestíbulo.

Margarita pasó entre las cortinas y se volvió para ver la puerta de bronce deslizándose en la abertura.

Chandra la condujo a la habitación de Zayata.

-¿Ha visto el templo? -preguntó este, esbozando una sonrisa.

-Sí -respondió la muchacha-. Es maravilloso.

-Se llama el Templo del Silencio

¡El Templo del Silencio! El nombre era gráfico.

-Los que entran en él deben guardar silencio -sonrió Zayata.

"¡Los que entran en él!" La frase quedó grabada en la mente de la muchacha. Ella había entrado y también Chandra. Pero había alguien más allí; alguien que, cuando ellos salieron, permaneció dentro.

Recordó vivamente la extraña figura envuelta en una capa negra. ¡Una figura silenciosa en el Templo del Silencio! ¿Quién podía ser aquel hombre?

Zayata hablaba ahora sobre otros temas.

La muchacha se sentó en los almohadones junto al diván. Pensaba aún en la sombra viviente, en el extraño ser que viera, en el silencioso templo. Mas no dijo nada a su nuevo amigo.

CAPÍTULO XIV
EL HOMBRE DE LA PISTA

José Cardona sonrió de satisfacción al hablar con el inspector Klein, en Jefatura. El caso Glendenning iba desarrollándose satisfactoriamente. Aunque el anciano declarase ser inocente, no habría dificultad en demostrar su culpabilidad.

-Poseemos toda clase de pruebas contra él -declaró el famoso detective-. Le arrancare una confesión antes de que hayamos terminado.

-Es un hueso, José -comentó su superior.

-Lo reconozco. Pero pierde la serenidad cuando mencionamos a Buchanan o a Hasbrouck. Reconoce que odiaba a Buchanan y que jamás simpatizó con Hasbrouck.

-¿Qué dice de Blefken?

-Pretende no haberle visto nunca en su vida. Supongo que es debido a las huellas dactilares. Conoce que por ahí no tiene escape posible.

Klein asintió en silencio.

-Vamos a localizar el cadáver de Buchanan -declaró Cardona, con énfasis-. Esos diarios señalarán el camino. Remitieron una caja, según declaró Larkin, a unas señas en Filadelfia. La policía investiga en el lugar y espero un informe esta noche, de un momento a otro.

-Es usted una maravilla. Busca usted una pista de un asesinato y encuentra tres. Ojalá tuviese una docena de hombres como usted.

-No pretendo ser una maravilla -observó Cardona-. Simplemente uso la cabeza, eso es todo. No soy uno de esos superhombres, como...

-Como La Sombra-sugirió el inspector.

Cardona esbozó una sonrisa y luego se tornó pensativo.

-Es extraño-murmuró-, que La Sombra no haya intervenido en este misterio. Quizá sea porque los acontecimientos se han desarrollado con demasiada rapidez... La Sombra es una buena persona. Quizá no emplea los métodos policíacos, lo reconozco, pero me ha ayudado a salir de más de un aprieto.

-Bien, pero podemos olvidarle en esta ocasión.

Los dos hombres cesaron la conversación cuando entró Williamson. El detective de rostro solemne se aproximó al inspector Klein.

-Uno de nuestros confidentes fue asesinado anoche-comunicó.

-¿Dónde? ¿Quién?

-Luis Snunk. Luis "el chiflado", solían llamarle. Vigilaba a un par de pistoleros, llamados Tony Caprona y Gringo Butz. Aseguraba que ignoraban que los vigilaba, pero deben ser ellos quienes lo mataron. Se encontró el cadáver hace una hora, en Harlem.

-Hum-murmuró el inspector-. ¿Dispone usted de otro confidente que pueda vigilarlos?

-Sí, señor.

-Mándelo, pues, y tome todas las precauciones. Cuide de que un policía de paisano no pierda de vista al confidente. Ese Caprona y Butz son pájaros de cuidado.

-Exacto-asintió Cardona-. Son los que iban a trabajar con Bush Helman. Los hemos estado vigilando desde entonces.

-Usted debería ocuparse de este asunto, José-sugirió Klein.

-Lo haré en cuanto pueda-respondió Cardona-. En este momento tengo bastantes casos que resolver.

Repicó el teléfono y Cardona respondió:

Los otros le observaron atentamente. Vieron que su rostro se iluminaba de una expresión de alegría. Sus respuestas fueron breves y rápidas exclamaciones.

-¿Volveréis a llamar dentro de un cuarto de hora?-fueron sus palabras finales.

AL recibir una respuesta afirmativa, colgó el receptor y se volvió hacia el inspector.

-Han encontrado el cadáver de Roberto Buchanan-anunció-. Está en Filadelfia. Volverán a telefonearme, dándome todos los detalles. Esto es estupendo. Ya está todo resuelto, excepto...

-Jerry Middleton...

-Exacto. Eso y el cadáver de Buchanan. Middleton debe conocer el misterio de todo esto. Aunque, en verdad, no sé cómo. Quizá Glendenning trató de asesinarlo. Si no se hubiese marchado aquella noche de casa de Blefken...

-Usted lo encontrará, José.

El inspector Klein habló infundiéndole ánimo. Conocía que el asunto de Middleton era un punto delicado.

Cardona había realizado verdaderas maravillas en este caso. Olvidaron su primer error hasta los periódicos, y el inspector no quería recordar el incidente.

Pero quedaba el hecho de que Middleton sería un testigo importante contra Clinton Glendenning.

-Estoy haciendo cuanto puedo-declaró Cardona-. Estamos buscando al chófer, que podría ayudarnos mucho. Es extraño que no se haya presentado. Supongo que tuvo miedo; no encuentro otra explicación.

-Bien - interrumpió Williamson-. Voy a ponerme en marcha. Seguiré sus instrucciones, inspector. Vigilaré a ese confidente y

veré lo que resulta. Si encuentro la pista de Caprona y de Butz, haré que Higby siga adelante.

El detective salió de la habitación.

Antes de que Klein y Cardona empezaran a hablar, sonó el timbre del teléfono.

El famoso detective respondió a la llamada y su rostro mostró cierta decepción, al observar que no se trataba de la conferencia que esperaba.

-¿Burke?-preguntó-. Sí, Williamson se ocupa del caso... ¿Qué?... Pues... no... ¡Ah! ¿Ha oído hablar de eso? ¿Lo sabe alguien más? Quiero decir algún otro periodista... Bien.

"Si, Luis "el chiflado" trabajaba para nosotros. Vigilaba a un par de pistoleros... Si, por eso no quiero que publiquen nada los periódicos. Seria levantar la liebre. No publique nada al respecto y tendrá usted una historia sensacional más tarde...

"Oiga, eso me recuerda que puedo facilitarle alguna noticia importante para esta noche. ¿Dónde está usted? En El Noticiario. .. Muy bien, no se mueva de ahí hasta que reciba noticias mías.

Cardona colgó el auricular y se volvió hacia el inspector.

-Ese muchacho Burke trabaja rápido-dijo-. Ya está investigando la muerte de Luis "el Chiflado". Ha averiguado que Luis era un confidente. Usted oyó lo que le dije. No publicará ni una palabra sobre el caso, especialmente después de que le facilite la noticia de Filadelfia.

El detective se sentó y tamborileó los dedos en el borde de la mesa.

Esperaba con impaciencia la conferencia de Filadelfia.

El inspector Klein mordía una punta de su puro.

De pronto se oyó un ruido en la puerta y Cardona volviéndose al instante, vió a un individuo con uniforme de chófer.

-¿Es usted el detective Cardona?-preguntó el recién llegado.

-Sí-respondió Cardona, mirando atentamente al individuo.

-Bien-dijo este-. Supongo que es usted la persona que busco. Pero, escuche, no me detendrán ¿no es cierto? Puedo indicarle dónde vivo. No tengo mucho que contarle...

-¿Es usted el hombre que llevó la carta a Carlos Blefken?-exclamó Cardona.

El hombre asintió en silencio.

-¿Dónde se la entregaron? Dígame todo cuanto sepa.

-No me detendrán ¿verdad?-suplicó el chófer.

-No, si contesta todas las preguntas que le haga. Lo dejarán en libertad. ¿Cómo se llama usted?

-Dung Miller-respondió el conductor.

Evidentemente esperaba la pregunta, pues sacó un carnet de un bolsillo.

-Tengo el taxi fuera-continuó-. No mencioné a Blefken todo cuanto sabia del hombre que me dio la carta, porque éste me dijo que callase al respecto. Se me acercó en la calle 125, cerca de la octava Avenida. Me dio la carta y un billete de cien dólares.

-Bien. ¿Qué aspecto tenia?

-Era un hombre de buena presencia. Hablaba muy nervioso. Vestía un traje oscuro. Tenia el rostro pálido. Parecía como si alguien le persiguiera.

-Middleton, no cabe duda. Continúe.

-Eso es todo. Cuando leí el asesinato de Blefken, me figuré que el individuo de la carta era el que ustedes buscaban. Pero pensé que huiría y tuve miedo de presentarme. No quiero toparme con ningún pistolero.

"Esta tarde he leído los periódicos y he visto que lo buscaban únicamente para que sirva de testigo y que han echado el guante al verdadero asesino.

"Yo pensaba presentarme a declarar cuanto sabía, pero ignoraba si sería de alguna utilidad, hasta que esta noche... esta noche... he vuelto a ver al individuo.

-¿Dónde?

-Cerca de la misma esquina. Le seguí y observé que entraba en una callejuela. Se detuvo delante de una casa vieja y entró. Continué vigilándole y poco después vi una luz en la habitación trasera del segundo piso.

"Aquí tiene las señas-El chófer metió la mano en un bolsillo y sacó un papel-. Mire, he dibujado la casa. Aquí está la puerta...

-Magnifico-exclamó Cardona. Mostró el papel al inspector Klein-. Voy allá al instante. Si Middleton está aún allí, lo atraparemos.

-Será mejor que se lleve a este hombre con usted-sugirió Klein.

-Creí que no me detendrían -protestó el chófer.

-Haré algo mejor-dijo Cardona-. ¿Estará usted aquí un rato, señor Klein?

-Sí.

-Bien. Iré en el coche de este hombre. Me apearé en distrito cuarto y recogeré a Clark. Si llaman de Filadelfia, que esperen. Ya telefonearé desde la comisaría del distrito.

Cardona y el chófer salieron al instante. El detective subió al taxi que partió veloz. Apenas habían pasado una esquina cercana, cuando un automóvil empezó a seguirles.

Chispa Donegan iba en el volante; a su lado, estaba, Cliff Marsland.

Chispa y su compañero vieron al taxi detenerse delante de la Jefatura y luego a Cardona cuando salía con el chófer. Era evidente que el gangster tenía un propósito determinado al seguir al taxi, a cierta distancia.

Cliff no tenía idea de las intenciones de Chispa. Era ahora un miembro de la banda recién formada. Fue presentado a Chispa la noche que Dip Riker sugirió su ingreso en la pandilla.

Esta noche había sido llamado para un servicio urgente. Chispa no despegaba los labios, pero Cliff conocía que el jefe de la banda se dirigía a cumplir una misión importante. Chispa le escogió porque le pareció que era el mejor tirador de la pandilla.

Donegan habló mientras se dirigían a la parte alta de la ciudad. Era una de las veces que el gangster se mostraba comunicativo.

-Prepárate, Marsland – avisó-. Vamos a trabajar con rapidez, una vez que hayamos empezado. He estado espiando a ese pájaro. Yo hablaré si hace falta. Tú te ocuparás del resto. Dip me dice que sabes meter una pistola en las costillas de un individuo y hacerle cantar. Lo creo.

El taxi perseguido se paró a media manzana de distancia de la comisarla del distrito. José Cardona se apeó y habló al chófer.

El pistolero paró su coche a corta distancia detrás. Cliff admiraba la serenidad del gangster. Se acercaron lo suficiente para oír las palabras de Cardona.

-Aguarde aquí-dijo el detective-. Voy a entrar. Si no regreso enseguida, saldrá alguna otra persona. Después que nos acerquemos al lugar, su trabajo habrá terminado por esta noche. ¿De acuerdo?

El chófer gruñó una respuesta afirmativa. Cardona desapareció.

Chispa Donegan tocó con el codo a Cliff y se apeó. Cliff Marsland le siguió cuando el jefe se aproximó al taxi y apareció de repente al lado del chófer.

-En marcha-ordenó el gangster, al abrir la portezuela del coche.

El chófer no respondió. El gangster tenía una mano en el pomo de la portezuela y con la otra empuñaba una pistola. La pistola hurgó las costillas del sobresaltado conductor.

Cliff saltó al taxi y Chispa le siguió, sin dejar de encañonar al chófer.

Ahora la pistola hurgaba la nuca del chófer, a través de la ventanilla del asiento trasero.

El taxi arrancó y, al doblar la esquina, Chispa habló con rapidez dando instrucciones y formulando preguntas al mismo tiempo.

-Da la vuelta a la manzana-ordenó-. Ahora, habla. ¿Qué dijiste al detective?

-Le dije... le dije...--tartamudeó el espantado chófer.

-No me engañes-tronó el gangster-. Habla presto o te levanto la tapa de los sesos.

-Le dije que había averiguado donde vive un señor llamado Middleton. . .

-Bien. Eso es lo que quiero saber. Habla deprisa. Escribe esto, Cliff.

Este garabateó rápidamente las señas que dio el chófer.

Chispa continuó el interrogatorio, pero cuando terminaron de dar la vuelta a la manzana, era evidente que el conductor había agotado su información.

Chispa se inclinó y cuchicheó al oído de Cliff.

-Dame ese papel. Voy a apearme. Quédate en el taxi. Hazle que te conduzca a alguna callejuela y dale el pasaporte al otro barrio. Escoge un lugar cerca del club Yama y espérame allí... ¿Cuánto tiempo necesitas?

-¿En cuánto tiempo debe terminarse?

-En media hora.

-Bien.

Chispa ordenó al chófer que parase y saltó del vehículo al final de la manzana donde estaba la comisaría.

Cliff le vió dirigirse a su coche. Cardona no había reaparecido.

-En marcha-gruñó al chófer.

Pensaba intensamente mientras el conductor obedecía. El objetivo de esta noche era Jerry Middleton. Cardona se dirigía a buscar al desaparecido. Era evidente que Cardona se entretuvo en la comisaría.

Habría un retraso y Cliff ignoraba de cuanto tiempo, cuando el detective encontrase que el taxi había desaparecido.

Chispa Donegan buscaba también a Middleton y tenía más probabilidades de llegar a la casa primero. Pero no tenía la intención de ir personalmente, pues se había dado cita para encontrarse con Cliff dentro de media hora en el club Yama.

Se trataba de una verdadera carrera entre las fuerzas de la ley y las hordas del crimen.

Cliff tenía que encontrar una solución. Alguien debía ir en representación de La Sombra... y esa persona debía llegar al lado

de Middleton antes que los otros. Mas él no podía realizar esa misión.

Conocía que no podía comprometer su situación con Chispa Donegan.

Debía acudir a la cita. No había más solución que avisar a La Sombra.

Acercábanse a una esquina alumbrada y vió un establecimiento abierto.

Inclinándose hacia delante, hurgó con su pistola la espalda del chófer y, cuando éste se estremeció, le ordenó que parase junto a la acera.

-Escucha-le dijo, en voz baja-. Tengo la orden de darte el paseo. ¿Comprendes? Pero voy a dejarte escapar. Voy a tratarte decentemente.

El conductor balbuceó las gracias.

Cliff no prestó atención. Debía darle al individuo la sensación de que le amenazaba un peligro constante.

-Tengo un motivo para obrar de esta manera-continuó en voz baja y rápida-. Tengo el presentimiento de que te necesitaré más adelante. Pero si este hombre que me acompañaba sabe que estás vivo, será tu fin, te liquidará sin compasión. Tu única salvación consiste en huir y ocultarte. Si lo denuncias a la policía, tu vida no valdrá un céntimo. Toma un poco de "pasta"-depositó un billete en las manos del estupefacto chófer-, pero no vivirás mucho para gastarlo, si olvidas mis instrucciones.

-Haré lo que me diga-tartamudeó Miller-. ¡No quiero morir!

El hombre estaba petrificado de espanto y se agarraba a esta última tabla de salvación.

Cliff tenia la seguridad de ser obedecido ciegamente,

-Lleva tu coche a una callejuela y abandónalo-le ordenó-. Por el lado del Este. Escoge un lugar donde haya algunos solares o casas desiertas, de forma que dé la sensación de que he escondido tu cadáver. Luego lárgate para Búfalo.

"Pasa por la lista de Correos y recoge tu correspondencia a nombre de Willard Wilson: Recibirás noticias mías. Este asunto terminará y podrás volver a Nueva York. Me cuidaré de que recuperes tu coche. ¿Comprendido?

-Sí-respondió el chófer, tomando el fajo de billetes.

-Entonces, en marcha-ordenó Cliff-. Y no lo olvides, sigue mis instrucciones, sin que se te vaya la lengua ni des el soplo a nadie, pues, de lo contrario, te achicharraré con esta.

Como recuerdo, hurgó la nuca del chófer con el cañón de la pistola automática.

El chófer se estremeció al sentir el roce del frío metal.

Cliff saltó a la acera. El taxi arrancó en dirección a la avenida más cercana.

Marsland se dirigió con la mayor rapidez al establecimiento, que antes viera abierto, entró, y fue a la cabina telefónica y llamó un número.

Burbank le respondió.

En frases breves y rápidas, Cliff dio su informe. La voz calma y paciente de Burbank tomó la información. Cliff colgó el receptor; ya había avisado y ahora debía encontrarse con Chispa Donegan en el club Yama.

Cuando salía del establecimiento, repicaba el timbre de un teléfono en una habitación del hotel Bolban, cerca de la calle 99.

Harry Vincent respondió. Se había mudado a dicho hotel para substraerse a la vigilancia de los sicarios de Chispa.

La voz serena de Burbank respondió a Vincent.

-Urgente-fue el aviso del agente de Bolsa-. Vaya inmediatamente a la calle 125 y vuelva a telefonear pidiendo instrucciones.

Tres minutos más tarde, Vincent subía a un tren subterráneo en dirección a la parte alta de la ciudad.

Las ruedas ocultas de la organización secreta de La Sombra estaban en marcha. El agente de La Sombra participaba en la carrera para llegar al lado de Jerry Middleton, e iba a la cabeza de los corredores.

¡El chófer que poseía la pista visitó a Cardona y su información la utilizaba ahora La Sombra!

CAPÍTULO XV
MIDDLETON VUELVE A HABLAR

La entrada de la casa se destacaba negra cuando Harry Vincent llegó ante ella. Brillaba una lucecilla arriba, en la parte trasera del segundo piso; el resto de la casa parecía estar deshabitada.

Probó abrir la puerta y la encontró cerrada con llave. Sacó entonces algunas llaves del bolsillo, probó una y abrió. La cerradura era sencilla.

Una vez dentro de la casa proyectó los rayos luminosos de su linterna sorda.

Divisó una escalera y ascendió al segundo piso. Al escuchar atento a la puerta de Middleton, percibió la respiración pesada de un hombre.

La puerta estaba cerrada con llave. Introdujo una de su manojo y encontró que había otra insertada en el interior. El leve chirrido del metal no produjo, al parecer, ninguna alarma.

Siguió oyendo la respiración de Middleton y comprendió que dormía.

Hurgando con la llave maestra, percibió un ruido sordo en el interior indicando que la llave interior saltó de la cerradura y cayó sobre un suelo alfombrado.

Abrió la puerta y entró. Junto a una ventana vió a un hombre reclinado en un sillón. No había más que una luz en el aposento.

Acercóse y posó un brazo en el hombro del durmiente. El joven abrió los ojos y profirió una exclamación de sorpresa; luego su cabeza cayó hacia atrás, al parecer agotado.

-Middleton-cuchicheó Vincent-. He venido a avisarle. La policía vendrá de un momento a otro. Soy un amigo. Debemos salir de aquí al instante.

-¿La policía?-interrogó Middleton-. Estoy dispuesto a entregarme. Ya no tengo miedo de que me detengan. Espero que llegue pronto.

-Venga-insistió Vincent.

Trató de ayudar a Middleton a incorporarse.

El joven se desplomó hacia atrás.

Vincent comprendió que el hombre había llegado a un estado de agotamiento nervioso y le sería imposible sacarle de allí. Mas esto es innecesario.

Tenia otro plan que resultaba arriesgado; sin embargo, estaba dispuesto a ponerlo en ejecución. Dentro de un momento, comprobaría si era factible.

-No haga ruido-advirtió.

Apagó la luz, levantó la cortinilla de la ventana y escudriñó la oscuridad.

Apenas distinguió el perfil de una azotea sobre el pórtico trasero. Asomando la cabeza al exterior, miró arriba. La parte superior de la ventana se proyectaba hacia fuera y encima estaba la azotea del edificio.

Sí, el plan era viable.

Fuerte y ágil, comprendió que podría encaramarse encima del pórtico y ascender a la azotea en menos de medio minuto.

El techo del pórtico se extendía y los edificios situados en la parte de atrás estaban envueltos en la densa oscuridad. Podría escapar sin ser observado.

Una vez en la azotea, el resto era fácil. Había varias casas unidas y esta era la última. Podrían huir fácilmente por la azotea.

Entre tanto Cardona y sus compañeros buscaban a Middleton.

Vincent abrió la ventana. La puerta estaba un poco más abajo y por ahí se acercaría Cardona. Junto a la ventana, pues, podía hablar a Middleton.

También estaría cerca para proteger a Middleton, caso de que los pistoleros de Chispa Donegan acudieran al lugar antes que la policía.

Cuando Cardona llegase, podía quedarse con Middleton, pues sus declaraciones llegarían a manos de La Sombra por mediación de Vincent.

-Está usted preocupado, Middleton-empezó-. He venido a ayudarle. Háble me.

-¿Es usted un amigo?

-Sí.

El tono impresionó favorablemente a Middleton y la oscuridad fue un sedante para sus nervios. Comprendió que sus enemigos ya conocían el terrible secreto. Tan sólo un amigo desearía conocer su historia.

-Le hablaré-dijo-. Le contaré todo. No me interrogue. Tengo que hablar, pues de lo contrario me volveré loco. Yo conocía todo lo concerniente a estos asesinatos, antes de que sucediesen. Todos, excepto el de Hasbrouck. El de éste no me sorprendió cuando leí los periódicos.

"Yo tengo la culpa, pero me metí en esto sin saberlo. Ingresé en esa secta. Creí que era justo. Llevé allí a Buchanan, pues quería que fuese uno de los nuestros. Luego vi el libro.

-¿Qué libro?

-El libro de la Muerte. Todos estábamos inscritos en él. Cada uno de nosotros tenía asignada una página, una sentencia mortal. Mas los que pertenecíamos a la secta, estábamos inmunes, a menos que violásemos algunos mandamientos.

"Supe eso y averigüé que Buchanan no era uno de nosotros. No pasó satisfactoriamente la prueba secreta. ¡Fue condenado al sacrificio!

"Tuve miedo entonces, cuando Charn me llamó a solas y me enseñó el libro. Pero tomé un poco más de la bebida que el birmano me dio y desaparecieron mis preocupaciones. Consentí

en el sacrificio. ¡Me encontraba allí y presencié la muerte de Buchanan!

"Esto produjo un cambio profundo en mí. Había bebido. Sabía que era una droga, haschich, me pareció. Huí de Nueva York el día siguiente, buscando olvidar. Todo fue bien hasta que desaparecieron los efectos de la bebida. Luego tuve la horrible impresión de volverme loco.

"Traté de conseguir un poco de haschich y no lo encontré. Probé otros narcóticos y no pude resistir ninguno de ellos. Entonces empecé a tener sueños terribles, en los cuales aparecían los nombres de los inscritos en el libro.

"El nombre de Dale Wharton figura entre ellos. Le escribí desde Connecticut y trató de venir a verme secretamente. Charn le vigilaba y le asesinaron. Jorge Andrew era otro. Fui a verle y llegué demasiado tarde. Lo encontré colgado, muerto. Luego, Carlos Blefken. Tenía que avisarle.

"Creí que él estaba seguro cuando lo encontré en su casa. Mas cuando salí del cuarto, sentí miedo de permanecer allí. Encontré su cadáver. No esperé ni un instante más y huí como alma que lleva el diablo y me vine aquí. Ahora tengo miedo de salir... tengo miedo...

La voz de Middleton se apagó en un cuchicheo lento y ronco. Su cabeza se desplomó hacia atrás.

Vincent escuchó junto a la ventana y no oyó nada. Sabía que Cardona haría algún ruido y había, sin duda, otros datos importantes que averiguar.

-La señal de Charn-murmuró Middleton.

-La marca de Charn. La vi imprimirla en la frente de Buchanan. La marca.. .

Vincent esperó que Middleton volviese a hablar.

Percibió un ligero siseo del joven, como si exhalara entre dientes.

Luego lo vio deslizarse hacia la derecha y vió la blancura de su rostro cuando caía hacia adelante.

Obedeciendo a un impulso desconocido, corrió la cortina de la ventana, cruzó de un salto la habitación y, luego descorrió los visillos de la otra ventana. Encendió la luz y observó a Middleton, echado de costado en el sillón.

Se aproximó y le levantó le cabeza.

¡Middleton estaba muerto!

En la frente tenía una marca pequeña y redonda.

Comprendió lo que significaba aquel siseo. Algún asesino invisible en la oscuridad había matado a Middleton y dejó su señal en la frente.

¡La señal de Charn¡

Cuando la cabeza de Middleton cayó hacia atrás, vió otra señal: una línea blanca y leve que rodeaba la garganta del muerto. La víctima fue estrangulada con un lazo delgado. ¡Lo que era más, el lazo estaba allí!

Sobre el suelo divisó un hilillo rojo, que recogió y examinó atentamente.

Era delgado pero fuerte, de un material parecido al catgut.

El joven agente tardó un rato en comprender lo ocurrido. EL procedimiento del asesinato era evidente. El criminal atacó por la ventana que estaba a oscuras. Invisible en las tinieblas, ejecutó su terrible crimen.

Más ¿por qué dejó aquella prueba del crimen? ¿Le asustó la presencia de Vincent? No; los otros asesinatos fueron perpetrados de una manera tan audaz como en esta ocasión; y sin embargo, no dejaron ninguna pista tan marcada ....

Entonces de pronto comprendió. El asesino no esperaba que él, Vincent, encontrase el cordón de la muerte; lo dejaría allí para que fuese hallado por la policía.

¡El criminal esperaba que ésta lo encontrase a él, junto al muerto! ¡Para que acaso lo tomasen por otro monstruo; Quizá por un discípulo de Glendenning!

El joven agente obró con rapidez. Apagó la luz y escudriñó por la ventana.

Vió la calle, a cuarenta metros de distancia, y a una figura que vigilaba.

¿Era Cardona, preparando un ataque? No esperó a averiguarlo. Suavemente descorrió la cortinilla de la ventana y saltó a la azotea del pórtico.

Luego ascendió a la azotea de la casa y, una vez allí, se dirigió hacia el otro extremo de la hilera de casas.

Al llegar a su objetivo, se detuvo junto a una chimenea,. Estaba agachado y su figura casi no se destacaba al resplandor procedente de las calles iluminadas. Mientras estaba allí, surgió otra figura que el joven no vió. Era la figura de un hombre agazapado cerca del borde de la azotea, el cual aproximóse con paso felino y luego extendió los brazos. Vincent seguía sin darse cuenta de la presencia de aquel enemigo.

Algo cayó sobre el hombro del joven agente; un objeto ligero, semejante a un cordón. En aquel instante, el joven, absorto en su huída, divisó una cornisa en el borde posterior de la azotea, se alejó de un salto y brincó por el borde, cayendo sobre la azotea del pórtico inferior.

EL otro hombre le persiguió cautelosamente. Se detuvo al borde de la azotea y poco después se oyó un silbido peculiar, que apenas percibió Vincent en el lugar donde se encontraban.

El perseguidor se deslizó hacia abajo.

Vincent aguardaba en el pórtico, sin darse cuenta de la amenaza que se cernía sobre él. De nuevo le salvó otro impulso.

Vió un medio excelente para salir de la casa; a través de un estrecho pasaje que había entre los edificios de la calle trasera.

Dirigióse hacia allí con la mayor rapidez. Llegó a una callejuela que conducía hacia la derecha, mas resultó ser un callejón sin salida que terminaba de una manera brusca. Dio media vuelta y, entonces, en la pared, a su lado, apareció un hombre.

El joven agente vió el brazo levantado y trató de esquivar el golpe. Fue demasiado tarde. Sintió un porrazo terrible en la nuca y se desplomó inerte sobre el pavimento.

Al recobrar el conocimiento, se encontró subiendo en la oscuridad de un ascensor. Oyó unas palabras y volvió a perder el conocimiento.

*****

En la casa vieja, José Cardona y otro detective contemplaban el cadáver de Jerry Middleton.

Cardona tenía en las manos el cordón rojo, que contemplaba perplejo. El y su compañero estaban demasiado absortos en aquel momento para pensar en la negra ventana que había al lado de ellos.

Mas aunque la hubiesen mirado, no habrían visto nada, pues la figura que espiaba desde el exterior era tan negra como la noche misma. Y en un abrir y cerrar de ojos desapareció hacia arriba.

Siguiendo por la azotea, la misteriosa figura se detuvo junto a la chimenea, donde Vincent estuviera poco antes. Avanzó luego hacia el borde de la azotea y un leve destello de su linterna sorda se posó sobre la cornisa.

La luz se apagó y la figura misteriosa se deslizó de la azotea y cuando reapareció con la luz, estaba en el callejón sin salida.

Llegó al lugar donde Vincent fue aporreado. No había nada allí ahora; mas la luz escudriñadora debió revelar algunos vestigios de la pelea, pues en medio de la oscuridad, resonó una risa siniestra, un sonido vago y misterioso que habría aterrado a cualquier oyente.

La Sombra llegó demasiado tarde, pero su clara intuición le indicó lo que había ocurrido.

La Sombra estaba enterada y su risa era un presagio de mala suerte, un mal augurio para los aprehensores de Harry Vincent.

CAPÍTULO XVI
EL CULTO DEL CRIMEN

La noche siguiente, Margarita Glendenning estaba sentada en la sala de su nueva morada, en el magnífico aposento destinado a los invitados de la lujosa mansión de Enrique Zayata.

La muchacha se sentía intranquila y preocupaba, con motivo. Esa noche esperaba Zayata su respuesta.

Se levantó, y abrió la puerta y entró en el recibidor. El lugar estaba desierto.

Sabia que el dueño de la casa debía estar en su silla giratoria, empujada por Chandra, el birmano.

El inválido había hablado de una habitación, un estudio, donde él solía ir, mediante la silla y el ascensor. Ella no había estado nunca allí.

El problema que debía resolver la muchacha, era grave. Sentía cierta simpatía por Zayata y le inspiraba confianza, pero no podía creer que ella le amaba. Conocía tan poco de su vida.

El inválido había viajado mucho por todo el mundo; pasó muchos años de su vida en la India. Chandra entró a su servicio allí. Aparte esto, lo que conocía de anfitrión, era muy vago.

Se sentó en los almohadones junto al diván y levantó la cabeza de repente.

Le pareció haber visto una sombra cruzar el cuarto. Miró recelosa hacia las cortinas y no vió a nadie.

Se quedó de nuevo sumida en sus pensamientos. El lugar que tanto la entusiasmaba, se volvía demasiado fantástico.

Miró hacia la puerta, entre las cortinas, y le pareció ver que aquella se había cerrado. Se acercó y probó abrir, mas la barrera no se movió. Mirando a su alrededor, observó la mesa de Zayata

y la curiosidad la impulsó a levantar la tapa. Después de todo, pensó, era lógico que investigase el lugar; podría encontrar alguna cosa que la ayudase a tomar una decisión.

Dentro de la mesa había un libro negro. Miró el titulo en letras de oro de la gruesa cubierta de cuero:

EL LIBRO DE LA MUERTE

Lo abrió y volvió unas cuantas páginas en blanco. De pronto los ojos se le dilataron de asombro. El libro no estaba impreso. Sus páginas ostentaban unas bellísimas inscripciones.

En una de ellas vió el nombre de "Roberto Buchanan", como titulo.

Contuvo el aliento y disponíase a leer las palabras escritas debajo, cuando percibió un leve sonido a su lado.

Allí, en su silla giratoria, con Chandra detrás, estaba sentado Enrique Zayata.

-Deme el libro-ordenó el inválido.

Margarita apretó el libro contra su pecho.

Los ojos de Zayata chispearon amenazadores.

Asustada, la muchacha le entregó el libro.

El inválido sonrió y dijo en tono suave:

-No es mío. De lo contrario, se lo dejaría leer.

-¿Por qué?-interrogó la muchacha, de repente-, ¿por qué está el nombre de Roberto en ese libro?

-Es un libro de recuerdos de amistad-explicó Zayata.

En respuesta a una señal de su dueño, Chandra empujó la silla hacia el rincón extremo, deteniéndose junto al diván, pero Zayata no salió de ella.

La silla fue girada en forma que su ocupante quedase de frente a Margarita.

Esta se aproximó y se sentó en los almohadones. No sentía el menor resentimiento, ahora, pues al inválido tenia una expresión bondadosa.

Comprendió que ella había cometido una falta.

-Esta noche -recordó el inválido-, es la noche de su respuesta, Margarita.

Esta asintió en silencio.

-¿Está dispuesta a darme la contestación? -preguntó Zayata.

Margarita volvió a hacer un movimiento afirmativo con la cabeza.

El inválido la observaba con la mayor atención y parecía leer sus pensamientos. Sabía que, cuando formulase la pregunta, la respuesta seria negativa. No hizo la pregunta y llamó a Chandra, que apareció con una mesita de té.

Ofreció a la muchacha unas pastas deliciosas y luego un vaso lleno de un líquido blanco y espeso.

-Beba-invitó, levantando su propio vaso-. Es un néctar. Le gustará.

Margarita no había probado nunca una bebida tan exquisita. Tras los primeros sorbos, bebió con avidez. Luego depositó al vaso en la mesita y observó al dueño de la casa.

El tiempo le parecía extrañamente nuevo y los momentos se prolongaron.

No comprendía su reacción mental. Ignoraba los efectos del haschich, la droga que Zayata había introducido en el liquido.

Transcurrieron unos momentos largos y ardientes.

Zayata extendió las manos y levantó con suavidad las muñecas de la muchacha.

-Margarita-murmuró tiernamente-, ahora es el momento de la respuesta.

La joven tenia la respuesta en los labios. Todas sus dudas se habían desvanecido. Tenia la sensación de que amaba a este hombre.

Mas antes de pronunciar la palabra decisiva, recordó de repente la página del Libro de la Muerte.

No alcanzaba a comprenderlo, mas le asaltó un pensamiento siniestro. Miró con fijeza en los ojos de Zayata y, por primera vez, observó un destello que la llenó de horror.

-¿Mi respuesta?-preguntó.

-Sí-repuso Zayata.

-Es: no-declaró la muchacha-. Ahora lo comprendo todo. Ha estado usted engañándome, tratando de ocultar su carácter perverso.

Los ojos centelleantes del inválido demostraron que las palabras de la joven eran verdad.

Margarita, presa de una súbita furia, alargó la mano y golpeó con fuerza el rostro de Zayata. Luego, se puso en pie de un salto y trató de dirigirse hacia la puerta, mas las piernas la flaquearon y cayó exhausta al suelo.

-Le doy otra oportunidad-dijo el inválido, con frialdad-. El tiempo apremia. Debe contestar ahora mismo. ¿Quiere usted casarse conmigo?

-¡No!-gritó la muchacha-. ¡Jamás! Le odio. Ahora lo comprendo. No era usted amigo de Roberto; era usted su enemigo...

-Deme su respuesta-ordenó Zayata, fríamente.

-¡No!-volvió a gritar la joven-. ¡No!

-Entonces pronto conocerá su suerte-replicó el inválido, palmoteando las manos.

Chandra se aproximó, y empujó la silla a través de la abertura y la pared se cerró.

Margarita Glendenning quedó sola. Perdió la noción del tiempo. Le pareció que las paredes de la habitación estaban llenas de vida. Unas serpientes de unos tapices se retorcían.

El humo de unos incensarios ascendía hacia el techo. Un dragón fantástico clavó los ojos en ella. Hallábase imposibilitada para moverse.

Chandra apareció en ese momento.

Ayudada por él, se levantó y avanzó lentamente, paso a paso, con un esfuerzo, hacia el extremo de la habitación, y luego a través de la puerta secreta por donde Zayata desapareciera. Abrióse otra puerta secreta y se encontró de repente en el Templo del Silencio.

Chandra la condujo hacia el trono de oro, sobre el cual hallábase sentado un ser fantástico y sobrenatural, que parecía ser un ídolo viviente.

Los ojos de ser extraordinario centelleaban y tenían un color verde.

Margarita intentó gritar, pero había perdido la voz. Los ojos verdes y centelleantes eran los ojos de Zayata, reflejando los tonos de la luz que brillaba directamente desde encima.

-Soy Charn-dijo en una voz extraña y diferente a la de Zayata-. Ha venido usted a conocer su suerte. Mire.

Por vez primera Margarita Glendenning se dio cuenta del ambiente que la rodeaba. La luz del templo silencioso estaba concentrada en torno al trono.

El resto de la sala permaneció envuelto en la oscuridad; mas la muchacha distinguió unas figuras que estaban sentadas, unos seres humanos inmóviles.

Pero lo que le impresionó más fue el objeto hacia el cual apuntaba Charn: La caja propia para una momia, con las barras y cierres de plata.

-La morada de Kali-dijo la extraña voz-. El templo dentro del templo. La tumba que no se ha abierto nunca. Espera un alma.

Los ojos del extraño monstruo se clavaron en la muchacha. Ella siguió su mirada en otra dirección, al parecer acompañada de una luz.

La suave iluminación mostró el cuerpo atado de un hombre que yacía tendido en el suelo.

-La víctima del sacrificio-anunció el ser que había en el trono-. La víctima del sacrificio en honor de Kali. Morirá... a manos de Charn, con el lazo delgado...

Exhibió un cordón rojo y finísimo.

Mas antes de morir-la voz era la de Zayata-, tendremos un Kali viviente; un alma para la tumba, para que permanezca allí eternamente.

Dos figuras vagas surgieron del fondo y, aproximándose a la muchacha, la condujeron hacia la caja de las barras y cierres de plata.

Margarita no pudo resistir y dirigióse a su muerte.

Chandra levantaba la tapa desabrochando los cierres de plata de la caja para una momia.

Abría la caja solemnemente, cual si cumpliese una misión sagrada. Con el monstruoso ser observando en silencio la escena, el birmano se dispuso a abrir la caja, del todo. Esperaba la palabra final.

-La morada de Kali-anunciaron las palabras pronunciadas en tono solemne-. Será su morada. Ahora y para la eternidad. Una vez abierta, se cerrará con un ser viviente en su interior. Entonces celebraremos el sacrificio, mientras el ocupante de la tumba vive. Tras una pausa sepulcral, se oyó la voz:

-¡Abre la morada de Kali!

Chandra avanzó para obedecer.

CAPÍTULO XVII
CARDONA ATACA

Cliff Marsland y Dip Riker estaban sentados en el suelo de cemento de una habitación. Hallábanse en el almacén de enfrente de la entrada secreta de la mansión de Enrique Zayata desde hacía más de dos horas.

Cliff conocía que se encontraban en un rellano situado en un pozo de ventilación. Un agujero en la entrada del cuarto formaba

el rellano que conducía a la escalera por la cual descendieron a este sitio, a unos seis metros por encima de la callejuela.

Por qué estaban allí, y qué iba a suceder, eran dos misterios que Cliff no había aclarado aún.

La habitación estaba envuelta en una espesa oscuridad. La única abertura, aparte de la escalera, era un angosto orificio en la pared, a poco más de un metro sobre el suelo. El lugar se encontraba totalmente a oscuras.

Alguien subía por la escalera de mano. Instintivamente, Cliff echó mano a su pistola, pero Dip Riker le asió el brazo.

-Es Chispa-cuchicheó éste-. Viene a darnos instrucciones.

Un instante después, Chispa Donegan se reunía con los dos hombres.

Dip Riker respondió en voz baja al saludo de su jefe. Cliff estaba tenso ahora. Presentía que el jefe de la banda iba a dar una explicación de las extrañas operaciones de la noche.

Él tenía la misión de simular que trabajaba para esta banda, hasta cierto momento critico; y tenía la sensación de que el momento culminante se acercaba.

-Estamos todos preparados-anunció el jefe de la banda-. Pronto van a desarrollarse los acontecimientos y todos tenemos señalado un cometido. Escuchad:

"Lanza está en un extremo de la callejuela; Gringa Butz, en el otro y Tony Caprona en el centro. Han dejado salir a todos los que dieron la señal. Ahora va a empezar la danza; ahora se acerca el momento decisivo y vamos a darles la batalla.

"Hace unas noches, Lanza y sus compañeros dieron el paseo a un pájaro llamado "el Chiflado". Anoche suprimieron a otro, llamado Perry. Os diré quienes eran estos pájaros: eran confidentes de la policía, que Cardona mandó para vigilara Butz y a Caprona.

De los labios de Dip Riker brotó una exclamación de sorpresa.

El jefe de la banda continuó:

-Anoche, tú y yo, Marsland, ejecutamos una faena de importancia. Llamé al jefazo, el hombre que está detrás de todo esto, y le informé. Me contestó que fuese a buscarlo.

"El y yo hicimos el trabajo. Él, personalmente, dio el pasaporte a un individuo y yo eché el guante a otro. Escucha, Dip: el sujeto que yo atrapé era el mismo que tú dejaste escapar.

-¿Vincent?-inquirió Dip, asombrado-. ¿Este confidente de La Sombra?

-El mismo. Se lo entregué al jefazo. Quizá lo ha mandado al otro barrio ya. Por esto te llamé, Dip, y te encargué que encontrases a Marsland en el club Yama. Yo no pude llegar allí.

Cliff iba comprendiendo la situación. Extrañó que Chispa Donegan no acudiese a la cita y que Dip Riker, su lugarteniente, fuese en su lugar.

La situación de Vincent le dejó helado de angustia. ¿Estaba cautivo o muerto? ¿Lo sabía La Sombra?

Continuó Chispa, el jefe de la banda:

-Entretanto, Lanza y sus bravos acechan aquí y suprimieron a Perry, quien fue el que descubrió a Cardona en esta callejuela.

Tras una pausa, prosiguió:

-Esta tarde recibí una noticia importante y por esto te he llamado, Dip y también a Marsland.

-Comprendo-observó Dip Riker-. Cardona vendrá a hacer un registro de la casa ¿eh?

-Exacto-declaró Chispa, con énfasis-. Y el individuo que me informó, me comunicó algo más.

"Cardona recibió una llamada telefónica de alguien. Este alguien le sugirió que sería conveniente registrar el almacén que hay enfrente de esta casa. Sabe que guardamos una de las entradas a él.

-¿Quién informó a Cardona?-preguntó Dip-. ¿La Sombra?

La pregunta hizo estremecer de esperanza y alegría a Cliff Marsland.

Conocía que nadie más que el misterioso personaje conocido por el nombre de La Sombra pudo haber conseguido tan importante información: y que el detective Cardona no actuaría obedeciendo a un aviso de origen anónimo.

-Ignoro quién le informó-respondf6 Chispa Donegan-, pero tengo órdenes concretas del jefazo. Vamos a actuar en serio. Al primer policía que muestre la jeta, lo mandaremos al otro barrio.

"Escuchad: yo voy al otro extremo de la callejuela, junto al garage y permaneceré allí. Tú, Dip, vas al otro extremo y vigila desde detrás de la puerta de hierro.

"Lanza y Butz estarán en el centro. Tony Caprona permanecerá en el coche. Cuando los policías vayan a entrar en esta callejuela, recibirán una sorpresa.

"Creo que el jefazo se largará, después de esta noche. Vamos a barrer a Cardona y su pelotón. Eso es todo. Cuando la policía empiece por mi lado, daré una señal. Tú haces lo mismo por tu lado, Dip.

"Tu cometido está aquí, Marsland. Puedes meterte en este agujero de la pared. Serás el paco de la pandilla. Deja que Lanza y sus bravos se encarguen de la banda policíaca. Tú simplemente tumbas a cualquier agente descarriado que veas. ¿Entendido?

-Si-gruñó Cliff.

Sólo, Cliff Marsland fue a la angosta ventana y encontró que era bastante ancha para introducir su cuerpo. Consiguió entrar escurriéndose y quedó encima de la callejuela.

Aguardó varios minutos y de pronto oyó un leve murmullo debajo. Sabía que Lanza y Butz se habían reunido con su compinche, Tony Caprona.

No distinguía lo que ocurría, pues reinaba una profunda oscuridad, Sabía que Lanza y sus compañeros tenían un difícil cometido: detener el avance de la policía y de los detectives.

Transcurrieron unos minutos. Reinaba un silencio profundo. Observando desde su ventana, escudriñó la oscuridad. En un extremo, apenas pudo distinguir un coche que se detenía en la entrada de la callejuela.

Mirando rápidamente en la dirección opuesta, divisó otro coche parado también.

Empuñó sendas pistolas y esperó en su puesto de observación.

¡Crac!

Sonó una fuerte detonación en un extremo Seguidamente sonó otro disparo en el lado de la callejuela. Era la señal de Dip Riker. Seguidamente sonó otro disparo en el lado opuesto. Chispa Donegan había señalado.

La callejuela quedó de pronto inundada de una luz deslumbrante. Los faros de los coches de la policía proyectaban sus rayos luminosos sobre el escenario.

Una docena de hombres penetraron al trote en la callejuela, seis por cada lado. La policía atacaba en masa, disparando bajo y a lo largo de las paredes y hacia el centro de la callejuela.

Si Chispa Donegan hubiese confiado en unos cuantos pistoleros, la ventaja habría estado de parte de la policía. Pero el astuto gangster había tendido una trampa mortal a las fuerzas de la ley.

Escudriñando el escenario con ojos penetrantes, Cliff lo vio todo.

Dos hileras de sacos terreros formaban una sólida trinchera en medio de la callejuela. Lanza y sus secuaces, con dos ametralladoras, que apuntaban una a cada lado, estaban apostados entre las líneas de defensa.

Barrerían a la policía, había dicho Chispa Donegan. Lanza tenia a su cargo una ametralladora y Tony Caprona la otra. Butz quedaba de reserva, con las municiones.

Los policías vieron las barricadas pero cargaron sin sospechar el peligro que les amenazaba.

Lanza y Butz esperaban fríamente, reteniendo el fuego hasta que los agentes no pudiesen batirse en retirada.

Cliff Marsland entró en acción al instante. Desde su observatorio, abrió el fuego con ambas pistolas automáticas, no sobre la policía sino sobre las hordas del crimen.

Apuntó a las manos que estaban sobre las ametralladoras. Lanza había proferido un gruñido brutal, que expresaba la alegría del asesino.

Sin embargo, antes de que Tony Caprona pudiese responder, antes de que Lanza mismo entrase en luego, con su ametralladora, Cliff atacó enérgicamente.

Gringo Butz entró en acción rápidamente también. No sospechando el peligro que se cernía desde el observatorio, saltó a la ametralladora de Tony Caprona.

El tableteo no empezó jamás. Cliff Marsland vació sus pistolas sobre Butz y su arma mortífera. Las balas se estrellaron contra la ametralladora y Butz se desplomó al suelo.

La policía siguió avanzando, sus revólveres escupiendo fuego. Oyeron los disparos, pero no vieron de donde provenían.

Lanzáronse al asalto sobre la emboscada, disparando, y se detuvieron pasmados de asombro al ver a los tres gangsters tendidos en el suelo.

Lanza y Butz estaban muertos. Los tiros de la policía terminaron lo que Cliff Marsland iniciara. Tony Caprona quedó gravemente herido.

Mientras la policía sacaba a sus victimas, se oyeron más disparos de ambos extremos de la callejuela.

Ocho agentes respondieron. Cliff oyó un fuerte tiroteo. Las fuerzas de reserva de la policía, apostadas fuera, habían abierto el fuego contra Dip Riker y Chispa Donegan, emboscados en ambos extremos del almacén.

Reforzados por los atacantes que estuvieron en la callejuela-hombres de Chispa y Dip que creyeron muertos-los representantes de la ley luchaban a muerte contra los sitiados gangsters.

Cliff Marsland se agazapó debajo de la ventana y, oía a los policías gritar en la callejuela. Estaba seguro en su observatorio;

el escondite era un pozo de ventilación en desuso, con una salida secreta abajo. Desde ese lugar seguro, escuchó el tiroteo y también a los agentes cuando asaltaban el almacén.

La victoria quedó en manos de los representantes de la ley, pero Cliff Marsland, oculto y alerta, fue el hombre que ganó la batalla.

¡La verdadera victoria la ganó el poder de La Sombra!

CAPÍTULO XVIII
EL FIN DE UN MONSTRUO

Al templo silencioso no llegó el ruido de los humeantes revólveres. El lugar semejaba una tumba cuando Chandra abrió la tapa del ataúd para una momia-la morada de Kali-para revelar su tétrico interior.

-¡Ella tiene que entrara-ordenó Chandra. De los almohadones que había alrededor del templo, brotó una especie de cántico. Margarita Glendenning fue conducida hacia el ataúd que Chandra había destinado fuese su tumba.

Antes de que los hombres silenciosos que había al lado de la muchacha pudiesen moverse, sucedió una cosa sorprendente.

Los rayos de la luz del techo se proyectaron sobre la abierta caja ataúd, mostrando su interior como una masa de sólida negrura.

De aquel lugar brotó un sonido, el sonido de una risa burlona. Luego la negrura avanzó adoptando al instante el aspecto de una figura humana.

!La Sombra surgió de la morada de Kali!

Había venido en carácter de vengador viviente, para salvar a los condenados a muerte. Apareció a plena luz, su rostro oculto por el cuello de su flotante capa negra y las anchas alas de su chambergo.

Sus manos, calzadas con guantes negros, empuñaban sendas pistolas automáticas; y las amenazadoras armas se movían lentamente, cubriendo palmo a palmo la fantástica habitación.

No se movió nadie. Los hombres que había al lado de Margarita Glendenning, estaban paralizados de sorpresa y espanto.

Las figuras borrosas del fondo, no se atrevían a moverse, acobardadas por la amenaza de aquellos ojos ocultos.

Chandra temblaba de pies a cabeza. EL hombre del trono permaneció inmóvil como una estatua.

Margarita Glendenning estaba pasmada de asombro. Conocía que este hombre era su salvador y, en su aturdimiento, recordó la noche que viera a la misteriosa figura en el templo, casi invisible, junto a la pared. Para Harry Vincent, amarrado y esperando su muerte, la llegada de La Sombra constituía uno de los maravillosos episodios que había presenciado en múltiples ocasiones.

-La morada de Kali-dijo la voz lenta y ominosa de La Sombra-. Una morada dispuesta para la muerte. La he convertido en la morada de la retribución. Su fin ha llegado, Enrique Zayata. Esto señala el fin de su culto del crimen y de los sórdidos adoradores de Kali.

"¿Por ventura creía que estaba inactivo mientras usted desarrollaba sus diabólicos planes?-La voz de La Sombra se tornaba burlona-. No. He penetrado en los secretos de su secta monstruosa. Vine aquí una vez y he vuelto a venir.

"He leído su Libro de la Muerte y he buceado en sus páginas. Vivió usted en la India, hace años, y allí aprendió el credo de la secta de los thugs, de uno de los supervivientes de esa secta infernal.

"Introdujo usted ese culto en América y encontró discípulos a quienes convirtió y quienes están en este momento reunidos con usted.

"Adora usted el asesinato, pero solamente mediante el lazo. Las mujeres están inmunes del cordón estrangulador. Y así usted dispuso la morada de Kali para la muchacha que no quiso ser su esposa.

"Usted, Enrique Zayata, simula ser un inválido. Es, en verdad, usted un hombre extraño, de piernas lisiadas pero dotado de unos brazos fuertes. Ha matado usted a muchos.

"Asesinó usted a Roberto Buchanan, no sólo porque es usted un fanático criminal, sino porque deseaba suprimir a su rival respecto de la mujer que usted buscaba. Mató a Hasbrouck, para silenciarle, y hacer recaer la responsabilidad del crimen sobre un anciano inofensivo, sobre Clinton Glendenning.

"Es usted culpable de otros asesinatos y todos cuantos murieron fueron traicionados por los que simulaban ser sus amigos.

"Larkin, es uno de ellos. No se encuentra aquí esta noche. Él traicionó a Roberto Buchanan. Él le llamó a usted, para que acechase a Hasbrouck y lo estrangulase.

"Conozco a los otros que están aquí. Winthrop Morgan, que traicionó a su amigo Carlos Blefken-uno de los hombres que

había al lado de Margarita Glendenning se estremeció al oír las palabras-es uno de ellos. Y podría nombrar a los restantes. Pero el tiempo apremia.

Silenciosamente, La Sombra avanzó hacia Zayata, el hombre que estaba sentado en el trono figurando ser Charn. La Sombra no se detuvo allí; continuó hacia el lugar donde yacía Harry Vincent.

Agachándose, soltó las ligaduras que aprisionaban a su agente.

Entre tanto, mantenía, levantada la cabeza y una sola pistola desafiaba el que intentase huir.

Luego se irguió empuñando sendas pistolas. Harry Vincent se había incorporado y se encontraba a su lado.

El misterioso personaje conocido por el nombre de La Sombra, habló en tono de finalidad:

-Este es el fin. Escuchad y oiréis las pisadas de vuestros aprehensores.

Hubo un memento de pausa. Luego se oyó un fuerte golpear en la puerta de bronce. ¡Cardona y sus agentes habían llegado y pronto invadirían el templo del culto del crimen¡

El hombre del trono de oro, alargó mano hacia un costado y oprimió un conmutador. Las luces se apagaron al instante

Las dos pistolas de La Sombra escupieron fuego a través de la densa oscuridad. Fueron unos disparos de advertencia que aterraron a los secuaces de Zayata.

Mas La Sombra no disparó inútilmente. Un solo tiro-el primero-fue disparado sobre un blanco determinado: sobre el cuerpo de Enrique Zayata.

El templo quedó de pronto inundado de luz. La Sombra hallábase junto al trono; Enrique Zayata había caído de bruces al suelo. Con una mirada despectiva a la figura que se retorcía en los últimos estertores de la agonía, La Sombra tomó asiento en el trono.

¡Fue el misterioso personaje quien dio las órdenes ahora!

Aterrados por las pistolas, los otros hombres obedecieron la orden de alinearse de cara a la pared. Allí, con los brazos en alto permanecieron en pie, inmóviles, desde Chandra, el birmano, hasta Winthrop Morgan, el abogado.

Los adoradores de Kali habían encontrado a un nuevo jefe.

A una señal de La Sombra, Harry Vincent condujo a Margarita Glendenning a un lado de la sala.

La Sombra oprimió un resorte que había en el trono y la puerta secreta se abrió. Vincent y la muchacha salieron, el resorte fue oprimido de nuevo y la puerta se cerró de nuevo.

Los que estuvieron a punto de perecer victimas de la maldita secta, salieron por un ascensor secreto que La Sombra hizo funcionar desde el trono.

El misterioso personaje había descubierto la salida secreta a otra calle, lejos del pasaje donde se desarrollara la cruenta batalla entre la policía y los gangsters.

Los redoblados golpes en la puerta de bronce armaban un enorme estruendo.

Con una risa suave y burlona, La Sombra tocó otro resorte. La puerta deslizóse hacia arriba y las luces se apagaron cuando Cardona y sus agentes irrumpieron en el templo.

Los rayos luminosos de sus linternas revelaron a los adoradores de Kali, alineados de cara a la pared. También mostraron el cuerpo postrado de Zayata, gimiendo pero inmóvil.

Las luces no descubrieron la presencia del hombre de la flotante capa negra.

La Sombra, rey de las tinieblas, abandonando el trono, había desaparecido.

Zayata hizo un poderoso esfuerzo para incorporarse y, no consiguiéndolo, emitió un grito agudo y fantástico. Fue su última orden a las víctimas de su engaño, la señal de que luchasen hasta la muerte.

Libres de la amenaza de La Sombra, los adoradores de Kali, se precipitaron sobre la policía, en obediencia a la llamada de su moribundo jefe.

Algunos esgrimieron pistolas; otros saltaron hacia la pared para empuñar armas improvisadas.

El templo se llenó de lenguas de fuego, cuando Cardona y sus agentes resistieron el ataque en masa. El esfuerzo desesperado fue asombroso pero fútil.

La policía llevaba ventaja, pero el frenesí de los criminales no les ofrecía otra alternativa que disparar a matar. Cuando cesó el fuego, tres de los agentes de Cardona yacían heridos en el suelo y Cardona mismo tenía un brazo inutilizado.

Ningún agente resultó herido de gravedad, pero sus adversarios lucharon hasta el fin.

En el suelo, en medio de almohadones ensangrentados, estaban los miembros de la secta del crimen. Tres de ellos agonizaban; el resto había muerto.

Tendido en el suelo, delante del trono de Charn, yacía Enrique Zayata, atravesado el pecho por una bala certera. A su lado, hallábase el cadáver de Chandra, el birmano.

CAPÍTULO XIX
RETRIBUCIÓN

El fin del culto del crimen de la monstruosa secta, causó enorme sensación el día siguiente. Los neoyorquinos se asombraron al conocer que había existido una secta tan diabólica en el corazón de la ciudad.

Desde un principio, la irrupción de Cardona fue espectacular. Sus hombres lucharon abriéndose paso a través del fuego de las ametralladoras, antes de que los gangsters pudiesen organizar la resistencia.

Actuando a base de una información confidencial, el famoso detective asaltó el almacén conduciendo sus fuerzas a través de un laboratorio para irrumpir en el templo de la secta criminal.

Encontraron de un modo inexplicable el camino libre, lo cual atribuyeron a una negligencia de parte de Zayata.

Nadie sospechaba que La Sombra, el misterioso personaje, familiarizado con el funcionamiento de los ascensores de la guarida, había dispuesto el mecanismo secreto de forma que la policía pudiese entrar inmediatamente.

Fuera, Chispa Donegan y su lugarteniente, Dip Riker, dieron una batalla que tenían perdida. El fracaso de los gangsters encargados de las ametralladoras, colocó a los jefes de la banda en una situación de inferioridad.

Ignorando lo que había sucedido, resistieron hasta el fin. Ambos gangsters murieron acribillados por los tiros de la policía.

Nadie se dio cuenta de la presencia de Cliff Marsland, quien permaneció en el edificio, hasta después de retirarse la policía.

Luego se marchó tranquilamente. Tampoco supo nadie de los tres que abandonaron el templo antes de la llegada de la policía: Margarita Glendenning, Harry Vincent y La Sombra.

El punto más importante del caso fue el descubrimiento de la secta del crimen. Cardona dirigió personalmente el registro de la lujosa mansión de Enrique Zayata.

El detective encontró el Libro de la Muerte y otros documentos que revelaron los secretos de la misteriosa secta.

La culpabilidad de Zayata quedó probada de una manera categórica, sin ningún género de dudas. Se descubrió que estaba en relación con el famoso gangster Chispa Donegan y se identificaron todos los miembros de la secta.

Winthrop Morgan era el más importante de los afiliados. Otros tres eran conocidos personalmente de Nueva York; el resto eran personas sin importancia.

Faltaba uno -Larkin- y ya estaba detenido. El nombre del secretario de Clinton Glendenning estaba complicado en los crímenes de la infernal secta.

La Sombra se cuidó de desenmascararlo y también previó que Larkin no resistiría un interrogatorio.

Cuando el secretario de rostro pálido supo que su jefe había muerto, que no quedaba nadie más que él de la secta, y que la policía lo había descubierto casi todo, confesó sus culpas.

De no haberlo hecho, La Sombra sin duda se habría preocupado para que la policía lo hubiese averiguado todo; mas fue innecesario.

Después de la confesión de Larkin, la policía aclaró finalmente todo el misterio. Zayata, descubrieron, se educó en la India, conoció las doctrinas de los thugs y las adaptó para sus fines particulares.

Los que lograba catequizar, se convertían en miembros activos de la secta; los que no pasaban la prueba, eran destinados a ser víctimas.

En el extraño papel de Charn, había dominado despóticamente a un grupo de creyentes.

Como jefe de la secta, tenía la misión de ejecutar el rito de los thugs, estrangular con el cordón rojo, como ejemplo para los secuaces que tal vez algún día pudieran llegar a substituirle.

Como señal de su proeza.-declaró Larkin -Zayata solía dejar una marca en cada víctima, una señal semejante a un punto pequeño y redondo, en la frente.

Zayata llevaba consigo un tubo mecánico generador de calor, al cual aplicaba la superficie suave de una sortija-sello. Con este sello marcaba la frente de los estrangulados.

Se encontró el tubo junto al trono y el sello en un dedo de Zayata. Las pruebas efectuadas demostraron que el metal se calentaba en menos de medio minuto.

Los periódicos publicaron largas columnas sobre el caso e incluyeron una descripción de los cordones estranguladores hallados en las ropas de Zayata.

No obstante, dejaron de publicar lo que sin duda habría causado la mayor sensación: el hecho de que en la última reunión de la secta, tenían una víctima, dispuesta para el sacrificio.

Harry Vincent escapó al cordón rojo y al sello sólo porque intervino La Sombra.

Clinton Glendenning habría sido una víctima inocente de la secta criminal, que habría sido castigado en lugar de Enrique Zayata.

Las pruebas demostraron su inocencia, excepto sobra un punto: las huellas dactilares halladas en la garganta de Carlos Blefken.

Larkin, abrumado por el interrogatorio, reveló haber ayudado a elaborar una pista falsa. Había obtenido unas impresiones de las huellas digitales del anciano.

Este solía dormir a menudo y el secretario utilizó un trozo de arcilla para sacar un duplicado de las huellas. Gracias a estas impresiones, Zayata hizo unos moldes y con los cuales dejó impresas las huellas digitales de Glendenning en el cuello de Carlos Blefken. La declaración fue suficiente.

El secretario confesó también que arrancó el trozo de tela del abrigo de Glendenning, para completar las pruebas acusadoras contra el anciano.

Clinton Glendenning fue puesto en libertad y volvió a su casa.

Su sobrina volvió aquel mismo día. No interrogaron a Margarita Glendenning respecto de su ausencia. Larkin no mencionó en sus declaraciones que había llevado a la muchacha a la casa de Zayata.

Todo esto constituyó un enorme triunfo periodístico para Clyde Burke.

La prensa calificó de héroe a José Cardona y el famoso detective recogió los honores y la gloria de haber suprimido a la monstruosa secta del crimen.

No se mencionó en los periódicos al misterioso personaje cuya risa infundía terror y cuyo poder aniquiló a las fuerzas del monstruo.

Nadie supo, excepto sus colaboradores, que La Sombra fue el autor de la proeza.

¡Nadie más vió -ni siquiera José Cardona- la mano de La Sombra y quedó vivo para contarlo!

¡Solo La Sombra sabía!

FIN